

# HUELLA y PRESENCIA

EDITORA RESPONSABLE:

*Amanda Fuller*



UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE MEDICINA

# HUELLA Y PRESENCIA



UNIVERSIDAD DE CHILE

**50**  
AÑOS

© UNIVERSIDAD DE CHILE, 1992  
Inscripción N° 84.139

Derechos reservados exclusivos para todos los países  
Textos compuestos con matrices *Linotron Baskerville 10/12*

Se terminó de imprimir esta primera edición  
en los talleres gráficos de Editorial Universitaria, S.A.  
San Francisco 454, Santiago de Chile  
en el mes de octubre de 1992

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

# HUELLA *y* PRESENCIA

EDITORA RESPONSABLE:

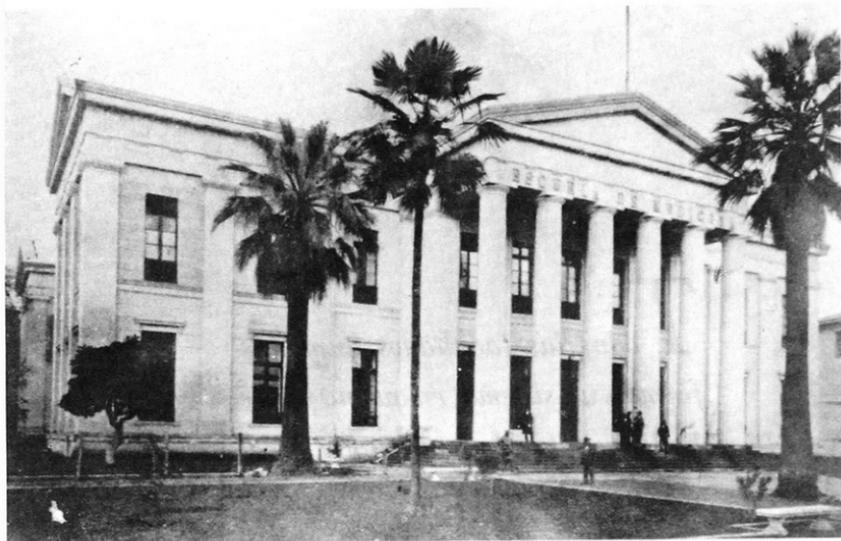
*Amanda Fuller*



UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE MEDICINA

*T*odas las facultades humanas  
forman un sistema, en que no puede  
haber regularidad y armonía sin el  
concurso de cada una.

Tomado del discurso  
pronunciado por Dn. Andrés  
Bello, en la inauguración de  
la Universidad de Chile el día  
17 de septiembre de 1843.



La Escuela de Medicina del Presidente Balmaceda.

## A MANERA DE PRESENTACIÓN

**L**A UNIVERSIDAD DE CHILE, vinculada a lo mejor de las tradiciones de la nacionalidad, vertiente continua y transparente del hacer científico, del pensar en el hombre como expresión superior de la naturaleza, ha cumplido ciento cincuenta años de acción universitaria. Bajo la inspirada y visionaria concepción que de ella tuviera el sabio humanista y primer Rector Dn. Andrés Bello, nos hemos atrevido a izar esta bandera que no pretende, sin embargo, elaborar un escrutinio totalizador de todo lo que ha sido, de lo que es y de lo que será esta Universidad, verdadera alma mater de la nación chilena.

El presente libro, compilación racional y emotiva de una de sus facultades que más entrañablemente está vinculada a su historia, a su desarrollo, a la ejecutoria de este espíritu humanista, aporta esa visión que en su trasfondo no es sino la reafirmación de la lealtad y el amor entrañable de quienes laboran en la Facultad de Medicina.

Entregamos la palabra vital de este selecto grupo de académicos, a los que sin duda podríamos haber sumado otros miembros de su comunidad, de no mediar los imperativos que una publicación de esta naturaleza implica. Los participantes en este libro recorrieron el velo en aquellos álbumes que se atesoran como piezas fundamentales de toda estructura humana. Y como por arte de magia fueron formando una unidad de variados matices que, sin duda, iluminan las páginas de la historia de nuestra Universidad, cada cual en aquello que más impacto o mejor avenencia haya provocado en su espíritu. Antiguos frontispicios se vuelcan desde el sol de su ocaso hacia el rostro del progreso, ríos que viajan armoniosos por la historia, reminiscentes luminarias en los detalles de una convivencia amistosa y coloquial, osados héroes gastándose sin reservas en la vehemencia de su incursión investigadora. Como una línea paralela inseparable aquel sentimiento de hacer prevalecer una Medicina Humanista, surge como el arco iris esperado en medio de la tempestad vertiginosa de un mundo dominado por el tecnicismo.

Más, esta lámpara del sentimiento —inherente a todo ser humano— y que guiara los propósitos de esta publicación, debería igualmente incursionar en funcionarios y colaboradores representativos de las diversas actividades que fusionan el quehacer universitario. En crónicas breves estos afluentes más bien silenciosos, enriquecen el caudal académico y otorgan esa mirada integral y humanista que deseamos cultivar.

Creemos en el irremplazable mecanismo biológico que distingue al hombre y amerita su condición de Ser Pensante para unir a la secuencia histórica y a la disciplina de la investigación que a diario remece los tratados iniciales en frutos del descubrimiento. De esta ecuación simbólica cimentada en el respeto al conocimiento, a la huella y presencia de connotados profesionales, surgirá sin duda el oro de un legado perdurable en la proyección de la nueva generación que inaugurará el Tercer Milenio.

Estas palabras liminares no tienen otro objetivo que hacer el necesario enlace entre el lector y los protagonistas de esta hermosa aventura editorial. Irreverente nos pareció sintetizar cada uno de los testimonios aquí recogidos, ellos por sí tienen el gran valor de reafirmar nuestra fe en el destino de la Universidad.

AMANDA FULLER  
Editora Responsable

# SOBRE EL PASADO Y PRESENTE DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Dr. *Alejandro Goic G.*  
DECANO

**E**N CADA ÉPOCA HISTÓRICA los universitarios nos vemos enfrentados a nuevas realidades, surgidas en el medio social y cultural que nos rodea, las que nos plantean variados desafíos. En un escenario siempre cambiante, lo que importa es que seamos capaces de adaptarnos con renovadas ideas, que nos permitan cumplir mejor nuestro objetivo de favorecer el progreso del conocimiento biomédico y de la educación superior en el país.

De acuerdo a las circunstancias de su época y adoptando políticas institucionales adecuadas, nuestros antecesores lograron hacer progresar a la Facultad, fortalecieron su desarrollo académico y le dieron un gran prestigio nacional e internacional.

Al cumplirse siglo y medio de la fundación de la Universidad de Chile y de la Facultad de Medicina como tal, nos enfrentamos a condiciones difíciles. Éstas derivan de un largo período de inestabilidad institucional, que se inició con los profundos cambios en el concepto de Universidad y en su organización, introducidos a fines de los años 60, y, luego, por la intervención gubernamental de la Corporación, que se prolongó por casi dos décadas. Se produjo, así, una acumulación de problemas en el orden institucional, académico, administrativo y financiero, que es necesario resolver. De ahí que tengamos por delante la compleja tarea de ordenar y reformar la Facultad.

La Facultad de Medicina, a dos años del restablecimiento de la autonomía universitaria, me parece que muestra una clara revitalización. Ha recuperado su dignidad institucional, prevaleciendo en ella un clima de respeto mutuo entre autoridades, académicos, estudiantes y funcionarios, lo que se refleja, también, en la limpieza de sus muros y el embellecimiento de su entorno. Todo esto contribuye a hacer más grato, estimulante y fructífero el trabajo académico.

Han quedado atrás los graves y a veces dramáticos enfrentamientos y conflictos del pasado reciente, prevaleciendo hoy un clima de orden y tranquilidad, que es condición indispensable para un quehacer académico productivo.

Identificados están los principales problemas que nos aquejan y definidas las acciones requeridas para resolverlos, cuyo éxito estará condicionado por factores favorecedores o restrictivos, tanto internos como externos a la Facultad.

La nueva estructura y organización de la Facultad, despejará situacio-

nes irregulares y debiera contribuir —es una hipótesis— a facilitar la cohesión y el trabajo académico disciplinario y una mejor utilización de los recursos disponibles. Para lograr el desarrollo académico, se está trabajando sostenidamente en varios proyectos y programas específicos. Tal vez, tímidamente aún, se han reiniciado actividades culturales programadas, con el fin de que la Facultad, además de escuela profesional, sea un centro que contribuya al desarrollo intelectual y humano de sus miembros.

Sin duda que persisten muchos problemas y se requerirá de dedicación y perseverancia para superarlos, pero podemos ser optimistas, a juzgar por los logros alcanzados hasta ahora y la disposición al compromiso con la Facultad y su destino de la inmensa mayoría de sus académicos.

La historia de esta Facultad es hermosa y estimulante. Hay en ella mucho sacrificado esfuerzo de numerosos profesores ilustres durante mucho tiempo. Ellos hicieron posible que tengamos hoy la Facultad que tenemos; en su origen muy modesta y, actualmente, con gran prestigio académico y social. La decisiva contribución que la Facultad ha hecho al país en la formación de profesionales de la salud y en investigación biomédica, es innegable, así como lo es su aporte al desarrollo de la Salud Pública.

Tal vez, medidos en tiempo histórico, 150 años no es mucho tiempo, pero lo es medidos en tiempo humano. Es en la historia de la Facultad y sus actores en la que nos inspiramos y apoyamos para seguir avanzando.

Sin embargo, las instituciones educacionales no pueden vivir sólo de su pasado, por brillante que él sea. Requieren actualizarse permanentemente, incorporar nuevos conocimientos y tecnologías de avanzada, capacitar a sus académicos, idear programas educacionales innovadores, organizarse mejor, utilizar más eficiente y eficazmente sus recursos humanos y económicos e incorporar mentes y energías nuevas y renovados liderazgos. En otras palabras, modernizarse, so pena de caer en el anquilosamiento institucional que, en materia educacional, equivale a morir.

El libro *Huella y Presencia* constituye un hermoso testimonio de la Facultad de Medicina y su comunidad. Mayormente escudriña en el pasado de la Facultad, en su historia institucional y humana, lo que es loable como muestra de fidelidad, respeto y homenaje a nuestra herencia intelectual y moral. Es la huella del pasado, de los hechos y personas que guardamos y respetamos en nuestra memoria.

Hoy día, a nosotros nos corresponde continuar la tarea, abriendo nuevas avenidas al progreso de la ciencia y el saber médicos. Es la riqueza de nuestro pasado la que nos permite explorar hoy nuevos horizontes de desarrollo académico.

Presencia no es sólo lo que somos como institución y como personas, sino que, también, el modo como nos ven los otros y lo que estamos construyendo para el mañana.

Más aún: como comunidad educacional, somos parte del incesante

caminar del saber y la cultura y, también, de la lucha incansable —y a veces dolorosa— de la humanidad por alcanzar niveles ascendentes de bienestar y felicidad Y sobre todo, y fundamentalmente, para avanzar hacia valores éticos y espirituales compartidos que hagan posible la libertad, la paz y la justicia para todos los seres humanos.

# RASTROS Y ROSTROS DE LOS PREMIOS NACIONALES DE CIENCIA EN LA FACULTAD DE MEDICINA

Dr. *Eduardo Rosselot J.*  
VICEDECANO FACULTAD DE MEDICINA

El relato de experiencias e historias  
humanas ayuda al médico a cultivar la  
empatía y a conservar su apasionamiento.

H. SPIRO

**A**MANDA FULLER ha andado estos meses con una inquietud inusitada, tañendo en cada rincón y acechando en cada puerta, de sentirse responsable de revelar parte del rostro de la Universidad en sus 150 años. Se siente, como tantos otros bajo este alero, llamada a traslucir y dar testimonio del ser institucional, no tan sólo como un homenaje, sino como una oportunidad concreta de conocernos mejor y, a través de nosotros, asir el espíritu que impregna y se ha encarnado en esta alma mater de sesquicentenario existencia.

De perseverante, me ha hecho dar una mirada al rastro de algunos que en la Facultad de Medicina han sido su refinado producto pero, a la vez egregios autores; simultáneamente, expresión de su fecundidad y artífices de mucho de lo que ella ha poseído, es y promete; por ello, la nación les ha otorgado su reconocimiento como Premios de Ciencia: Danko Brncic (1987), Gustavo Hoecker (1989), Jorge Mardones (1977), Hermann Niemeyer (1983).

Pero, más que escudriñar sus obras y sus logros científicos, pese a que en ello se ha sustentado la mayor apreciación de la comunidad erudita nacional, nos ha interesado, particularmente, indagar su naturaleza en algunos de sus discípulos; en quienes han convivido y compartido con ellos su deambular en las aulas y los laboratorios, o aun entre quienes les han visto, si bien más de lejos, desde diferentes perspectivas. Es porque creemos que el hombre es más esencia que acción, que lo que produce y expresa al exterior de sí mismo es remembranza de su ser interior y éste se traduce mejor en la forma de relacionarse con otros que en la comprobación de sus logros concretos, aunque parezca que lo primero sea efímero y que sólo lo obrado deja huella perdurable.

Puede parecer osado y pretencioso, por otra parte, ubicarlos en el nivel de la vivencia cotidiana; pero, a veces, es allí donde se hacen presentes los rasgos más profundos del hombre, los más genuinos, los que se transparentan en la experiencia y en los sentimientos compartidos, los que

pueden ser percibidos detrás de la adjetivización y pese a que nuestras pinceladas, deslustradas con el tiempo, se afirman también en descripciones sesgadas. ¡Intentémoslo, sin embargo!

En 1949 la Escuela de Medicina había trasladado su campo a la franja ribereña, opuesta a la Estación Mapocho, en la calle Borgoño. Allí, en un laberinto de casetas, pasillos y escaleras, nuestros primeros devaneos universitarios se topan con Danko Brncic y Gustavo Hoecker. ¿Algo hacía presumir que estos dos colaboradores del profesor de la Cátedra de Biología, Dr. Gabriel Gasic, llegarían tan alto?

Brncic se había titulado de Médico Veterinario en 1946 e ingresado prontamente a la carrera académica. En los pasos prácticos y el laboratorio, 3 años después, tenía ya una prestancia y un reconocimiento de sus pares que transcendía a los alumnos que llegábamos un poco deslumbrados, siempre críticos, a descifrar los secretos genealógicos de sus "drosophylas". Ya estaba involucrado en esa línea de investigación que le ha sido tan propia y personalizada, y a través de la cual se introdujo de lleno, sembrando inquietudes y prodigando información, en el campo de la genética. Recordando su estampa, no podríamos distinguir transformaciones rotundas respecto a su figura de 1987 al recibir el Premio Nacional, o a la actual. Me atrevería a apostar que tampoco las hubo en sus rasgos personales, como lo perciben hoy o lo recuerdan de ayer, sus compañeros de trabajo.

Dicen que el día que lo llamaron al Ministerio de Educación, para darle la noticia del Premio, que él debe haber, con certeza, presentado, salió a la calle y tomó un taxi como para cualquier otra diligencia intrascendente. Tal vez aceptó compañía para que lo ayudara a cargar con una sensación de honor desmesurado. Porque un rasgo suyo transparente ha sido la modestia, de la mano (¡arriesgo!) de una insuperada timidez. Nada, sin embargo, de blando; quizás por ello mismo, comprometido con sus ideales, vital y compasivo con la experiencia humana, exigente y riguroso con los demás en concordancia con su propia honestidad.

¿Qué se premió en Danko Brncic?: los atributos científicos no surgen de una personalidad plana. Al contrario, son los relieves polifacéticos de rica humanidad los que proliferan, entre otras expresiones, en singulares aportes al saber universal. ¿No se advierten tales señas en el rigor que imprime también a su pensamiento y a su actuar?, ¿en la generosidad con que comparte su acervo intelectual hasta traspasar las fronteras, para irlo a derramar en otros ambientes y formar discípulos en otras latitudes?, ¿en la amplitud de sus intereses y aficiones capaces de llevarlo y traerlo entre el escenario tal vez ficticio de la ciencia y el ámbito, quizás más genuino, del teatro por el cual se ha interesado ávidamente? y ¿no se destacan, por último, en la solidez temperamental con que sufre el dolor, no simulado, de verse desgajado un día de la Universidad y le permite reinsertarse luego

con raíces más hondas para seguir trabajando, en el medio donde mezquinos criterios intentaron cercenar su despliegue?

Gustavo Hoecker nos pareció distinto. Algo de premeditada arrogancia, tal vez para mantener distancia con los alumnos que intentaban, en una pueril audacia, rebasar sus dominios del laboratorio de biología. Tal vez había allí algún atisbo de la concepción que bullía en su mente y que plasmaba en modelos biológicos de trasplantes, para escudriñar los mecanismos de protección en moléculas y células, tejidos y órganos, en diversas especies animales y en el hombre. ¡Cómo no recordar, a propósito de esta ubicuidad conceptual, los esquemas fractales que hoy emergen en la teoría del caos y que vinculan niveles del universo tan disímiles!

La verdad, mi mayor aproximación a Gustavo Hoecker en la época de alumno fue experimentando en un protocolo de aprendiz con trasplantes cutáneos que resistían su integración en los dorsos peludos de conejos oji-rojos. Tardes lentas en la atmósfera de éter y colodión sobre los mesones de trabajo, los injertos rebeldes, quizás más por impericia (quirúrgica) que por incompatibilidad celular, como nuestras relaciones personales incipientes. Recuerdo más de él un impulso estimulador que de reproches, su optimismo radical sobre los resultados más que un tono temeroso de fracaso, juntos un hacer y dejar hacer, madurador y ejemplarizador, que cogía a los demás y era capaz de aglutinar tirios y troyanos. Seguramente no cambió con los años, porque en una reunión de colaboradores del proyecto Chagas, del que fuera iniciador, al rendirle homenaje se destacaba su creatividad, su inteligencia y su sentido común “para haber tenido la visión de reunir un conjunto tan heterogéneo de científicos y proponerles una tarea común”. Y se agregaba que poseía, en reconocimiento enfático de su naturaleza, “una buena dosis de valentía, considerando la fuerte personalidad de cada uno de los integrantes del grupo y la común indisciplina del conjunto”. Huelga reconocer en ellos, sus discípulos en más de un concepto, a Werner Apt, Antonio Atías, Norbel Galanti, Antonio Morello, Francisco Rothhammer, Aldo Solari, revelados por uno de esos tantos...

No sólo para proyectos de esta índole ha sido Gustavo Hoecker convocante: impulsor de Sociedades, como las de Genética e Inmunología en Chile y la Internacional de Trasplantes, de Facultades como la de Ciencia, de la que fue su primer Decano, y de Academias, como la de Ciencia del Instituto de Chile, de la que fue miembro fundador y Secretario, por más de 10 años, y la de Ciencias del Tercer Mundo que lo eligió miembro como investigador destacado internacionalmente. No dejaremos de recordar sus llamados a los académicos de Chile a combatir la carrera atómica en una muestra más de su entrega a misiones difíciles, resueltas y trascendentes. Es que en Gustavo Hoecker se ha dado una extraña configuración —quizás no tan escasa entre quienes sobresalen manifiestamente en sus

artes específicas— donde se ayuntan tenacidad y dedicación, generosidad y extraversión, y lo que es más notable, un aprecio por vivir la vida con la gente y hacerla factible para todo ser humano.

Jorge Mardones en la mitad del siglo tenía ya una posición decollante. Había llegado a ocupar la cartera, que mantuvo entre 1950 y 1952, del Ministerio de Salud, Previsión y Asistencia Social, desde la secretaría de la Facultad de Medicina que desempeñó entre 1947 y 1950. Se había iniciado como ayudante al lado de Eduardo Cruz-Coke de donde pasó a desempeñarse como profesor en varias cátedras afines, de la Universidad de Chile, y transformándose en el abanderado de la Farmacología, que venía de despegar como disciplina y a la cual Cruz-Coke lo enlazó para contribuir eficazmente, desde ese momento, a su desarrollo en el país. No inexplicablemente aparece así Jorge Mardones en la huella de la incursión sociopolítica de Cruz-Coke, e inscriben así, juntos, su recorrido por organismos como el Seguro Obligatorio y el Consejo Nacional de Alimentación, donde se gestionaron y aplicaron planes trascendentes para el progreso y la consolidación de un sistema de salud pública que fue modelo y garantía de atención médica universal.

El interés por el hombre y su servicio, cuando es una característica de la personalidad humana, no puede dejar de mostrarse, por cuanto por esencia no se satisface en lo contemplativo sino en la acción; y su efecto es multifacético. Jorge Mardones ha puesto en todos sus actos y en todas las áreas en que ha participado el matiz profundo de su interés por el individuo y por su grupo. Lo muestran así sus opciones y logros, lo perciben sus compañeros y amigos, en ello se confían sus discípulos. Quienes lo han tenido o buscado como colaborador o consejero, lo aprecian receptivo, intuitivo y generoso, capaz de captar lo medular tanto en un planteamiento científico como en un conflicto de conciencia o afectivo. Los que acuden a él pueden reconocer su solidez en su lenguaje de autoridad, no autoritario; en su perseverancia, no porfía, en lo que estima verdadero; en su apasionamiento por buscar lo que es demostrable, lo que es trascendente y lo que constituye progreso.

Con tales rasgos, ¿cómo no reconocer en él un patriarca de nuestra Facultad? Si es uno de quienes se ha identificado más con su espíritu, no sólo cuando ha intervenido en la inspiración de su currículum o en la promoción explícita de normas universales para el convivir universitario, tales como la libertad de expresión, el pluralismo y la excelencia académica, que entiende como inseparables y de cuyo equilibrio depende la normalidad académica. También porque es refugio y bastión para muchos que en momentos críticos recurren a su sabiduría.

Es que, de igual modo, en su vivencia personal ha habido una escuela de familia —que Jorge Mardones extiende a su ámbito público— de seguro inculcada y propagada ancestralmente.

Así, al promediar el siglo, antes de oír hablar de Jorge Mardones, nos parecía un paradigma el núcleo de los Mardones Restat, conjunto genealógico que le dio nido y que él replicó en su propia stirpe.

Los herederos de su sangre y de su espíritu llevarán por generaciones las señas de su carácter y de los valores que sigue prodigando a su alrededor con tanta pasión como vigencia.

La ciencia y la medicina se tienen como disciplinas en que la racionalidad y la búsqueda de lo demostrable, dejan fuera la emocionalidad y la intuición, la pasión y la imaginación. La enseñanza despersonalizada, la acumulación exigente de información junto a la sobrecarga de trabajo, y el anhelo de protección frente al compromiso emocional a que expone, específicamente, el acto médico, contribuyen plausiblemente a tal marginación. Afortunadamente, hay quienes quedan inmunes o salvados de tal coraza, constituida a fuerza de competitividad, indiferencia, cálculo y equilibrio, distanciamiento, egolatría y mentalidad tecnocrática.

Esto es, talvez, el común denominador de nuestros Premios Nacionales de Ciencia. En ello han sido hermanados y se tocan, pese a su enorme y rica disimilaridad: surgieron contradiciendo clásicos estereotipos, conservan e incluso cultivan la solidaridad, el reconocer la dignidad personal, el valor del cuidado del otro, el compartir y el conmoverse, el vivir con pasión la experiencia propia para ser capaces de contagiarla y encender en los demás el entusiasmo, el compromiso profundo y el amor por la vida y por quienes viven. Gracias a Dios no están solos y han dejado ese rasgo indeleble en quienes los siguen.

Hermann Niemeyer también fue de este grupo selecto. Compartió con Mardones su nacimiento en el grupo de Cruz-Coke, pero a diferencia de aquél se mantuvo apegado al tronco y a la postre, surgió como el heredero en la disciplina en que fue formado. Quizás su característica más propia haya sido que, junto con emular al maestro en la formación de muchas generaciones de médicos en el campo de la biogenética, consagró una escuela infundiendo al grupo una mística y un amor a la investigación en las ciencias que se ha traducido en un impulso de desarrollo cuyos frutos no terminan de manifestarse. Talvez ha sido, entre los científicos más genuinos, el que vivía con mayor exterioridad su emoción por todo lo que emprendía. Alguien, que estuvo muy cerca de él, lo retrata con fidelidad y sensibilidad en una pincelada en que irrumpe su humanidad a través de su ciencia, y da validez a ésta por el testimonio de su involuación personal:

“Niemeyer estaba lleno de pasión; hacía que cada día fuera un desafío; nada permanecía impasible en su presencia. En su laboratorio fui profundamente feliz y a veces también profundamente infeliz; no existían términos medios.

Debía recorrer un camino hacia adentro cada día para purificar una enzima; llegué a conocer su comportamiento, sus características, predecir en qué tubo comenzaba a aparecer una nueva situación, llegué a conocer la glucoquinasa como jamás podría llegar a conocer al mejor de mis amigos. Luego la experiencia hermosa de saber que se ha aislado una proteína o dos o tres, de tres mil o más proteínas del hígado; comprender el concepto de unidad, de unicidad y de soledad, porque en ese camino por el cual la proteína se iba purificando también iba cambiando yo, llegada como estudiante medio volada, pensando que todo era fácil, especulando en forma poco rigurosa y lanzándome luego al otro extremo, en el cual purificar la enzima era imposible, llegar a saber realmente todo lo que necesitaba también era imposible y pensar y crear en forma certera y limpia era más imposible todavía.

Trabajar con Niemeyer era un camino hacia adentro y hacia afuera y estas pequeñas iluminaciones uno sabía que las compartía con él, con sus ideas afiladas, con su pasión por la perfección, con su corazón. Creo que tuve el privilegio de trabajar con un "Maestro" en el gran sentido de la palabra, que exigía siempre más, aunque duela; él obligaba a ejercer el pensamiento, a adiestrar los actos, exigiendo la precisión depurada, quedando yo a veces como una esfera sensible, alma y pensamiento, enfrentando un problema, ideando una y mil soluciones; y cuando huía (porque a veces huí) aparecía el padre amoroso y los regalos; porque Niemeyer también era eso, el hombre que me hizo leer por primera vez a Jorge Amado y su "Teresa Batista cansada de guerra", el que me regaló "Versos de Oficina" de Benedetti o las "Ninfas de las Praderas", o tantos otros; el que me envió una muñeca y flores para que volviera de alguna de mis huidas, al trabajo."

Estoy cierto que palabras similares podrían ser referidas a cualquiera de los otros maestros porque, aunque inspiradas por Niemeyer y su personal capacidad de entrega, calan en los rasgos ejemplares de un Científico, como los que nuestra Facultad ha sido magnánima en producir al nivel más alto de calidad técnica y humana.

## REFERENCIAS

1. SPIRO, H. *What is empathy and can it be taught?* Am. Int. Med. 1992, 116 (10) 843-846.
2. TORO, C. *Hermann Niemeyer: Ciencia, Alquimia y Pasión*. Trabajo aceptado para su publicación. Arch. Biol. Med. Exper. 1992.
3. NIEMEYER, H. *Veinte años de trabajo en Hexoquimasas*. Arch. Biol. Med. Exper. 1982, 15:15-35.
4. GALANTI, N. *El Club de Chagas. Un homenaje a su fundador*. Discurso en la Sociedad Chilena de Parasitología. 1989. No publicado.

Agradezco muy especialmente a los Dres. Miriam Budnik, Norbel Galanti, Sergio Lecannelier, Jaime Pérez Olea y Cecilia Toro por sus testimonios personales en los cuales he basado parte de mis reflexiones y referencias.

# LA ALFOMBRA MÁGICA DE LA CIENCIA

Dr. *Jorge E. Allende*  
PROFESOR DE BIOQUÍMICA

**E**N CHILE SE ESTÁ REPRODUCIENDO un peligroso fenómeno mundial, pocos jóvenes brillantes optan por seguir carreras de investigación científica. Hay muchas posibles razones que podrían explicar este preocupante fenómeno.

Una de ellas es que hay un cierto desencanto con la ciencia y la tecnología con respecto a solucionar los grandes problemas mundiales del hambre, la pobreza y la contaminación ambiental. Especialmente con respecto a esto último, algunos grupos han tomado la línea de culpar al desarrollo científico-tecnológico del gravísimo deterioro de la biosfera de nuestro planeta. Esto es como seguir la línea de Otto en el famoso chiste alemán y pensar solucionar el problema vendiendo el sofá. La raíz de los problemas de nuestro mundo ciertamente no es el conocimiento científico-tecnológico sino la ignorancia, la avaricia, el egoísmo y la opresión de seres humanos por otros seres humanos.

Otra de las razones que claramente desincentivan a los jóvenes de embarcarse en carreras científicas en nuestro país es el hecho de que nuestra sociedad no valora a la ciencia y a los científicos. Este desprecio es fácilmente medible en los niveles de remuneraciones y de fondos para la ciencia y en el poco prestigio e importancia que se le otorga a los científicos nacionales.

Me parece muy importante, por lo tanto, que los científicos hagamos un esfuerzo de comunicarles a los jóvenes actuales la fascinación de la vida científica que compensa con mucho las dificultades y limitaciones antes mencionadas. Esta es una tarea difícil, pues encuentro imposible transmitir el gozo interior que surge cuando en un instante se nos descorre un velo y vemos claramente una pequeña verdad que hemos buscado con ahínco, o la felicidad que nos lleva a saltar cuando algún experimento nos da una respuesta clara. La vida científica está llena de aventura con sus alegrías y tristezas, triunfos y derrotas pero nunca es aburrida ni rutinaria ni apacible o descansada. Llama a espíritus inquietos que quieren abrir fronteras y descubrir otros mundos, a los nuevos Colón, Balboa o Magallanes.

Otro de los grandes atractivos de la ciencia es su carácter internacional. La ciencia nació "globalizada", sin barreras ni fronteras de naciones. El avance científico es una tarea de todos. Lo que hacemos en nuestros laboratorios en Chile interesa a científicos que trabajan en campos similares en Japón, Australia, Estados Unidos y la India y viceversa. Por esa razón es que una parte esencial del quehacer científico es la comunicación inter-

nacional. Comunicación que va desde leer las revistas internacionales en las que se publican los más recientes hallazgos científicos hasta las conversaciones personales con los colegas en las horas del café de los congresos y simposios pasando por acceso de nuestros computadores a los bancos de datos y el correo electrónico para vincularnos a los grandes centros internacionales. Esa necesidad de contacto internacional significa que los científicos viajamos mucho.

A mí, la alfombra mágica de la ciencia me ha llevado a 50 países en 6 continentes. Para poder viajar y conocer tanto del mundo hubiera necesitado ser un multimillonario y aun así no hubiera tenido acceso a algunas de las partes que he visitado en esos países. Ésta, para mí, es una de las grandes compensaciones de la ciencia. Pasaré a detallar brevemente algo de lo que he visto y experimentado gracias a la ciencia.

Mi madre, que tenía una licenciatura en arte, me inculcó desde niño el interés por el arte y cultura de las primeras civilizaciones. Ese interés fue acrecentado por el estudio de 4 años de Latín y 2 años de griego homérico que hice en el Jesuit High School de New Orleans. Por esa razón fue para mí un real deleite participar en una reunión del Consejo Ejecutivo de la Organización para la Investigación de la Célula realizada en Grecia. El Consejo de 12 miembros se reunió en Delfos y pudimos visitar los muy bien preservados templos a los dioses que se construyeron en el lugar donde acudían los grandes líderes a consultar las profecías del oráculo. En las noches aterciopeladas de Grecia sentimos la magia de los siglos y de aquella cultura de la que surgió tanto de nuestro pensamiento y de nuestras tradiciones. Mirar desde los acantilados de Platea el istmo de Corinto y las llanuras del Peloponeso hacia el sur fue algo sobrecogedor, pues se nos vinieron a la mente todos los personajes históricos que transitaron por ese istmo, las batallas que se dieron por su control y las ideas que se generaron a ambos costados de esa angosta y montañosa conexión entre dos ideales del mundo, los de Esparta y Atenas.

Después de Delfos, nos trasladamos a Atenas donde la Universidad de Atenas organizó un Simposio en el que me tocó dar una conferencia. Cómo no recordar que el primer simposio fue descrito por Platón y se desarrolló también en Atenas. En este simposio Sócrates disertó sobre el amor en la casa de Agatón. Muy pocos científicos saben la etimología de la palabra simposio que en griego significa beber juntos. A pesar de esa ignorancia, los científicos definitivamente cumplen con la definición y los simposios son bien regados, aunque obviamente, en general, no alcanzan los niveles intelectuales que les confirió Platón.

En Atenas, el director del Departamento de Arqueología de la Universidad abrió el Acrópolis para nosotros después de las 5 de la tarde, cuando se cierra al público, y nos dio una disertación de dos horas sobre el Partenón, mientras caminábamos con un recogimiento casi religioso entre esas maravillosas ruinas y pisábamos trocitos de mármol blanco que

habían sido moldeados por las manos expertas de los artesanos del siglo de Pericles. Mirar, sentado sobre una columna, la puesta de sol desde el Acrópolis y ver cómo el Mar Egeo tomaba los colores del vino descritos por Homero es sin duda uno de mis recuerdos más preciados.

Después de Atenas, volé a Rodas donde pude ver el sitio a ambos lados de la entrada del antiguo puerto donde posaba sus pies el Coloso y en la ciudad amurallada pasé una velada tomando uzzo y bailando como Zorba con unos parroquianos con quienes me entendía en italiano y a quienes se les metió en la cabeza que yo era un general sudamericano.

En otro viaje, en que el Consejo de las Redes Internacionales de Biología se reunió en Amman, Jordania, pasé por Egipto. No me atreví a montar en camello pero me di el gusto de recorrer a caballo el perímetro que circunda las grandes pirámides y la esfinge de Giza. Mucho más impactante fue viajar a Luxor y recorrer las sobrecogedoras ruinas de los templos de Luxor y Karnak. Evito participar en "tours", pues en general los acompañantes tienen otros intereses y los guías tratan de pasar lo más rápido posible por su itinerario. Sin embargo, como sólo disponía de unas pocas horas en Luxor para visitar el Valle de los Reyes que está en una extensa zona al otro lado del Nilo, me resigné a inscribirme en un tour de Cooks. Tuve una gran suerte, pues éramos sólo 4 personas y nuestro guía resultó ser Peter, un viejito con bastón y una gran cruz que lo identificaba como un cristiano copto. Peter, cuando niño, había sido el aguatero de Charles Carter, el descubridor de la tumba de Tut-Ank-Amon. Él nos contó, por lo tanto, todos los detalles de esa hazaña y nos dio ricas descripciones de las otras tumbas de los faraones que se encuentran en ese extraordinario paraje.

No creo que deba seguir contando cada viaje, pero la ciencia me ha permitido visitar la Gran Muralla China y la Ciudad Prohibida en Beijing, el templo de Borobudur en la jungla de Indonesia, las ruinas de Uxmal en Yucatán y las alturas de Machu-Picchu en Perú. He seguido los pasos de Jesús en la Vía Dolorosa de Jerusalén y he cenado en el templo romano que sirve como sede de la Academia Pontificia en los jardines del Vaticano.

El único deporte que practico con cierta regularidad es la natación. He nadado en la playa del puerto de Aqaba en el Mar Rojo y he visto los corales multicolores del Pacífico en Tahiti y en Key West a la salida del Golfo de México. He sido acariciado por el sol en California y he jugado en las olas de las playas de Perth en el occidente de Australia. He tomado el vaporeto de Venecia para bañarme en el Lido y he admirado las mulatas de Copacabana en Rio.

Gusto de la música y el ballet. He escuchado la Sinfonía "Júpiter" de Mozart en Salzburgo, su ciudad natal, y he presenciado "Aída con la Tebaldi en el Metropolitan de Nueva York. He aplaudido a Nureyev en "Romeo y Julieta" en el Covent Garden de Londres y he vibrado con el piano de Vladimir Ashkenasi en el Concert Gebau de Amsterdam.

Me interesa mucho la historia contemporánea y sus personajes. He asistido a una conferencia de prensa de John Kennedy cuando era candidato a la presidencia. Me tocó estar en la histórica reunión de Naciones Unidas de 1959. Ahí vi a Khrushov, Nehru, Mac Millan y Sukarno juntos. He conversado con Fidel Castro en La Habana y he comido con el Presidente Herrera en Caracas. Le he dado la mano al príncipe consorte de Holanda y he dormido en el castillo Ringberg de los Hapsburgo en Baviera.

Todas estas experiencias se las debo a la ciencia que me ha abierto los mundos, tanto el interior como el externo, y me ha brindado muchas más satisfacciones que tristezas. Con estas líneas quiero invitar a los jóvenes que tienen curiosidad por lo desconocido y espíritu aventurero a embarcarse en las carabelas de la ciencia de hoy. Los mundos por descubrir nunca se terminarán y su vida será difícil pero plena e interesante.

## TE LLEVO DENTRO DE MÍ, QUERIDÍSIMA ESCUELA

Prof. Dr. *Claudio Costa Casaretto*

**Q**UIERO TRANSMITIR LAS VIVENCIAS de mi loca juventud (en un viejo como yo, caminando hacia los 78 años y sosteniendo más de 12 una hemiplejía derecha) exaltadas por los recuerdos de la Escuela de Medicina, fundada por el Presidente José Manuel Balmaceda el 14 de abril de 1889 e incendiada el 2 de diciembre de 1948.

En este mismo mes de 1930, después de haber aprobado mis exámenes de humanidades en el Liceo de Hombres de Iquique —a los 16 años— mis padres, Juan Costa y Ernestina Casaretto, decidieron venirse a Santiago (por mar hasta Valparaíso) para que yo postulara a Medicina en la Universidad de Chile, y mi hermana menor, María Mafalda, terminara sus estudios secundarios. Iquique, desde algunos años, iba cayendo en el subdesarrollo por la merma de las ventas internacionales del salitre natural, debido a la prosperidad del sintético extranjero.

¿Quién iba a pensar que, en sus buenos tiempos, a Iquique llegaba, después de estar en Santiago, las grandes compañías de espectáculos europeos?

En el Teatro Municipal de Iquique vi a la Opera Rusa interpretar *El Príncipe Igor* de Alejandro Borodín, obra póstuma, completada por Rimski-Korsakov. Su estilo novedoso, sus lindos trajes, su interesante presentación y su extraño lenguaje, me produjeron una tremenda impresión, al punto de ponerme inmediatamente a ensayar una jergonza incomprensible, pero con intención imitativa.

En casa estábamos acostumbrados a ir con nuestra madre a los espectáculos de música italiana. Nos obligó, a mí, aprender violín, y a la Mafalda se le encargó un piano a Alemania, que costó 4.000 pesos fuertes de antaño.

El recuerdo más antiguo que poseo es cuando mi padre, sosteniéndome en sus brazos, me dejó ver, entre una multitud inmensa que copaba la plaza Prat de Iquique, la figura del “León de Tarapacá”, Arturo Alessandri Palma, que tronaba contra la oligarquía dominante, y luego, en diciembre de 1920, fue Presidente de la República.

No olvido tampoco los incendios declarados ese día, mientras el “León” hablaba, en la parte alta de la ciudad. Se decía que sus enemigos los habían provocado para ahuyentar a la gente que estaba escuchándolo en la parte baja; pero nadie se movió.

Llegados a esta ciudad nos alojamos en una pensión de la calle Castro de la Alameda de las Delicias.

Mi padre sufrió allí una neumonía. Llamamos a un médico que vivía más adentro (nada menos que uno de los fundadores de la Clínica Santa María), el Dr. Luis Aguilar, quien nos dijo que era cirujano y nos recomendó a un internista, cuyo nombre no recuerdo pero que tuvo buen éxito con mi padre. Ordenó ponerle en el pecho y la espalda compresas de linaza caliente, y nada más. La neumonía era entonces una enfermedad cíclica, que en ocho días pasaba en el mejor de los casos.

El gran descubrimiento del Prontosil Rojo fue hecho por Domagk en 1932, y de ahí sacó Fournier las Sulfanilamidas en 1935, remedios contra las infecciones. Desde entonces la neumonía ha perdido su forma clínica clásica.

Recuperado mi padre, comenzó a buscar local, donde trabajar y vivir. Encontró el Emporio Santa Rita, un edificio de adobe de dos pisos, que estaba en la terminación de la calle Santo Domingo, haciendo punta con Monjitas, a la altura de Miguel de la Barra.

En la esquina de estas dos últimas calles estaba la Primera Comisaría de Carabineros.

Por Santo Domingo la manzana termina en la calle Mosquito. En esta esquina, al poniente, estaba la consulta del Dr. Luis Prunés, profesor de Dermatología y Sifilografía; y al oriente, todavía se encuentra la casona lúgubre del Dr. Aguirre Sayago. Entre ésta y la mía se hallaba la del Dr. Julio Bustos.

Al frente del almacén, había dos casas de médicos: la del Dr. Julio Schwarzenberg, distinguido pediatra; y haciendo esquina, una casa de dos pisos, con una verja en el segundo y reja metálica de separación con la plaza Bello. Dentro de la reja se hallaba una pileta, que ha quedado en la calle después de demolida la casa, que perteneció al Dr. Roberto Aguirre Luco, profesor de Anatomía y ex Decano de la Facultad.

Mi padre compró el Santa Rita, sin pensar que caería pronto, como la casa del Dr. Aguirre Luco y la Primera Comisaría de Carabineros, para dar lugar a la construcción de altura. El Santa Rita se convirtió en el edificio Turri.

En un accidente automovilístico (eran poquísimos los que usaban este medio) murieron el Dr. Luis Calvo Mackenna y Emiliano Figueroa Larraín, al parecer amigos del Dr. Aguirre Luco.

Figueroa Larraín fue Vicepresidente de la República después de fallecer el nombrado por el Presidente don Pedro Montt, que había viajado por barco a Alemania, a raíz de un infarto del miocardio, no diagnosticado aquí, y allá murió.

A pie, pues estaba cerca de mi casa, me iba siempre a la Escuela por la línea con vereda que limita el Parque Forestal por el sur y que parte desde el Palacio de Bellas Artes y termina en Recoleta.

Íbame, como dije, por el Parque a la Escuela.

A mi lado derecho, está el río Mapocho y frente a Recoleta había, y hay todavía, un puente.

Tres más existían desde Recoleta a la Estación Mapocho, de donde partían los trenes a Valparaíso.

Entremos por Independencia hacia la Escuela.

En las esquinas de Santa María con Independencia y La Paz hay un enorme edificio, la Piscina Escolar, que para los tiempos en que se construyó, siendo Ministro de Educación Pública Pablo Ramírez, era moderno, y llevaba la placa del Presidente General Carlos Ibáñez del Campo, que el año 1931, en que yo entré a la Escuela, huyó del país.

Este edificio de la entrada de la Av. Independencia se prolongaba hacia el poniente por la calle Borgoño. Todo era dedicado a la salud. Al fondo estaba el Instituto Bacteriológico, fundado por el Dr. Rodolfo Kraus. Tenía una escala doble al frente, donde estaban a cada lado los bustos metálicos de Luis Pasteur y Roberto Koch. Al incendiarse la Escuela de Medicina de Independencia en 1948, ésta se trasladó al Instituto Bacteriológico, mientras se construía el enorme palacio de la Nueva Escuela, por el arquitecto Juan Martínez Gutiérrez, el mismo de la Escuela de Leyes de la calle Pío Nono de la Escuela Militar y del Santuario de Maipú.

Yo utilicé el busto de Pasteur, junto a la cabeza de Roetgen, que hice en el taller de Samuel Román para el caso, en la colosal exposición a propósito de la apertura de la Nueva Escuela por avenida Independencia en 1975.

Qué diferente está la avenida Independencia hasta la calle Panteón (que desde 1931 se llama Profesor Zañartu, uno de los muertos por las jaurías de Ibáñez).

Cuando veo ahora los recientes cables para los "troleis", recuerdo que por ahí pasaban los carros, generalmente de a dos: uno adelante, cerrado, que arrastraba a un carrito abierto, acoplado.

¡En que mal estado se mantienen las casas que van por el lado oriente de la avenida! Fuera de que han arreglado la entrada de una iglesia que hay al comienzo (frente a otra que está en la esquina de Borgoño), una tercera iglesia, que por fuera parece estar en ruinas, hay en la esquina con Olivos. Junto a ella se conserva igual, con la misma pintura de hace más de medio siglo, con su torreón, que era la Compañía de Cervecerías Unidas.

Al otro lado de Olivos, en la esquina de Independencia, ésta sí que está en ruinas: estaba la Compañía de Electricidad. Más adelante, el Teatro Nacional, el que actualmente se encuentra cerrado.

Hay en esta avenida Independencia un gran ausente para los estudiantes de Medicina de hace más de 60 años; un salvador para muchos que, pidiéndonos algún tomo del Testut, texto de Anatomía, o peor aún, del Testut Latarget, obra en ocho volúmenes, nos dejaban, sin embargo,

trunca la valiosa colección, al no devolvérselo. Había en Independencia una Casa de Empeños, llamada “El Almirante Latorre”, cuya especialidad era el Testut por tomos sueltos.

La primera pieza humana que me tocó anatomizar era una articulación de hombro, putrefacta, que me dejó el olor en los dedos por mucho tiempo.

Fue nuestro profesor el Dr. David Benavente, a quien he dedicado varios artículos en la *Revista Médica*, citándolo textualmente como cronista de ella.

Había sido nombrado en 1893 y comisionado en Europa dos años más tarde para estudiar Anatomía, Histología y Embriología.

Yéndonos por Independencia, desde Santos Dumont a Panteón, por supuesto que no estaban terminados el hospital José Joaquín Aguirre ni menos la Escuela de Salubridad, sino casas, derruidas hoy, entre las cuales, si mal no recuerdo, existía la del Dr. José Arnello, jefe del Servicio de Guardia del hospital San Vicente de Paul, que se hallaba más adelante, junto a la Escuela de Medicina.

A la Escuela y al Hospital los separaba un muro, que hacía un ángulo recto hacia Panteón. Es decir, el hospital San Vicente rodeaba la Escuela: su sección de hombres venía desde Independencia, recta hasta el fondo, e interrumpida en la mitad por su capilla, que se conserva todavía, y de ahí hasta Panteón la sección mujeres, que era más nueva.

El hospital San Vicente tenía un frontispicio modificado de dos pisos en Independencia. En el segundo, al medio, estaba la imagen de cuerpo entero del Santo. Abajo, a la entrada, un par de palmeras. Antes de la entrada, junto a la pared de la Escuela, estaba la Clínica Terapéutica del profesor Emilio Aldunate Bascañán, padre del cirujano y pintor Emilio Aldunate Phillips, artista creador de la sección correspondiente en el Colegio Médico de Santiago. Después, allí mismo, en un pequeño triángulo trunco, le tocó a Ramón Valdivieso Delaunay ser profesor de Terapéutica. Sacó un enorme tratado, que los progresos terapéuticos han dejado del todo obsoleto. Mientras era Ministro del Presidente Eduardo Frei, el año 1963 fue aprobado el Formulario Nacional de Medicamentos.

Llegamos, por fin, a la Escuela de Medicina.

¡Un palacio!

Su pórtico imitaba al frontispicio del Partenón. Su fachada se extendía a cada lado en un ala de dos pisos altos, donde pilastras empotradas alternaban con grandes ventanales que, doblando hacia el oriente en sus esquinas, se prolongaban hasta el fondo por los costados norte y sur del edificio.

El frontón estaba sobre una terraza con seis columnas jónicas, que salían de unas gradas de entrada.

Se ingresaba a un vestíbulo majestuoso, en que una escala central se dividía para subir al segundo piso, donde colgaba una lámpara con dos hileras de faroles.

El edificio tenía, si no me equivoco, dos o tres patios centrales. En el primero lucía una pileta, rodeada de columnas. El segundo era más desolado.

Al fondo (si edificio puede llamarse), pegado al muro que separaba el terreno de la Escuela del hospital de mujeres, había un galpón, con un anfiteatro muy amontonado y vertical, donde mi maestro, el Dr. Emilio Croizet hacía las autopsias del hospital San Vicente y enseñaba Anatomía Patológica.

Ese galpón lo había hecho construir el discípulo de Rudolph Virchow, Dr. Max Westenhoefer, quien fue contratado, la primera vez, por el Presidente Pedro Montt y, por segunda, el penúltimo año del Presidente Ibáñez siendo Ministro el Dr. Ricardo Puelma Laval.

Muchos años después, en 1959, el Dr. Emilio Croizet se retiró de la docencia, con cerca de 50 años en funciones.

El discurso que pronunció en la Facultad al ser designado su Miembro Honorario es una pieza histórica, donde rinde homenaje a su cátedra, fundada por el Dr. Francisco Puelma Tupper en 1883, al que reemplazó el internacionalmente conocido antropólogo y folklorista Dr. Aureliano Oyarzún Navarro. Hizo también el elogio del Dr. Max Westenhoefer.

Yo sentí la necesidad de comunicar a Chile su ejemplo y publiqué en la página editorial de *El Mercurio* de Santiago un pequeño artículo en honor de Croizet.

Ya estábamos en el hospital nuevo José Joaquín Aguirre.

Yo me había recibido en diciembre de 1940.

El Dr. Oscar Avendaño Montt fue profesor de Introducción al Estudio de la Medicina. Como era cátedra nueva se necesitaban ayudantes. El Decano Alejandro Garretón Silva y la Facultad acababan de aprobar una reforma a los exámenes, teórico y práctico, de los aspirantes a ayudantes, en público. Nos presentamos mi compañero Renato Eulufi Marín y yo en el anfiteatro del Dr. Lucas Sierra. Ambos fuimos nombrados ayudantes.

En la pieza del primer piso de la Escuela, que daba a su esquina izquierda, estaba la oficina del profesor de Biología del primer año, Juan Noé Crevani, "el bachicha Noé" para todos. Infundía respeto y miedo en los exámenes, pues él era el presidente de la comisión que integraban Gostling (el mismo en cuyos tres libros de Física pasamos las Humanidades, y que los repasaba en Medicina) y García Latorre, de Química.

El examen se daba en la sala que Noé tenía acomodada en el segundo patio de la Escuela.

Si se salía mal en un ramo se perdía el año.

Noé, fue contratado en 1912 como profesor de cátedra de Zoología Médica en la Escuela de Medicina de Chile, siendo ayudante del célebre biólogo Juan Bautista Grassi.

Al llegar, hizo peticiones respecto de su ramo al Director de la Escuela, pero no fueron atendidas. Al cabo de “dos meses y médio”, su “corta experiencia” lo hizo escribir al Decano, que era Vicente Izquierdo Sanfuentes (a quien Noé sucedería como profesor de Histología) para “que se ponga término a un estado de cosas que hace en extremo difícil mi enseñanza y que impide que los alumnos obtengan todo el provecho deseable”. Proponía hacer dos cátedras de Zoología Médica: Biología General y Parasitología. Así se hizo. Estos ramos nos tocaron a nosotros.

Neghme fue ayudante de Noé y sucesor de Parasitología. Así como Walter Fernández Ballas, René García Valenzuela, Ottmar Wilhelm, Ramón Páez, Enrique Acevedo Davenport, Francisco Beca, Ignacio Matte B., Federico Phillipi, Gabriel Gasic y éstos u otros que tomaron diferentes especialidades.

Mientras lo era, lo reemplazó mi querido compañero Héctor Ducci Claro, con él hacíamos apuntes de las clases de Hernán, y que murió en los brazos de éste, en plena juventud.

Yo escribí un réquiem a Ducci en 1964, al cumplirse un lustro de esta irreparable desgracia. Los apuntes que con él sacábamos eran complicados, como todos: pasar a maquina lo recogido en clases y luego, poner la hoja sobre una gelatina, que después de algunas copias era necesario renovar.

No había por esos años las máquinas repetidoras al infinito.

Fueron ayudantes del profesor Noé también otros dos, de quienes guardo un entrañable recuerdo: Hugo Vaccaro de Bacteriología e Inmunología y Eduardo Cruz-Coke Lassabe de Química Biológica (Fisiológica y Patológica).

Vaccaro fue el primer profesor que me demostró su confianza: me nombró ayudante *ad honorem* de su cátedra en 1934.

Tenía un cuerpo de ayudantes notable: Abraham Horwitz, que después fue jefe de la Organización Panamericana de la Salud; Julio Meneghello, profesor y comunicador de Pediatría; Roque Kraljevich, a quien, junto con el profesor de Higiene Lucio Córdova y yo, en el Laboratorio, envié más tarde a Enrique Laval Manrique, que era Jefe en la Beneficencia Pública, a reorganizar el hospital Ramón Barros Luco, mientras se construía el Hospital de Infecciosos, que se tituló después “Dr. Lucio Córdova”.

Allí hice mi memoria a la que Noé y otros dos profesores pusieron distinción unánime.

Había que imprimirla.

Hernán Alessandri Rodríguez era Rector interino de la Universidad de Chile por ausencia del titular Juvenal Hernández Jaque.

Alessandri publicó su resolución de no cobrar el sueldo de Rector y darlo a las memorias con distinción unánime.

Fui con mi memoria donde el Rector, y Alessandri, me entregó un cheque por 700 pesos, que fue el precio de mi memoria.

Y ahora, que he nombrado al Dr. Lucio Córdova, me abruma el recuerdo de mi hermana Maruja.

En el segundo piso de la casa de la calle Monjitas, donde estábamos al echarnos a la calle la demolición del Santa Rita, casa que era propiedad del Dr. Lucio Córdova, quien vivía en el primer piso, murió mi hermana Maruja de una tuberculosis pulmonar galopante, que la tuvo un año en cama.

Allí falleció, sin haber gozado de la vida, a los 18 años de edad.

Aprovecho esta oportunidad, aunque todos están muertos, de agradecer a los doctores que, con suma generosidad (sin cobrarme nada) asistieron a mi hermanita: Anselmo Hammer, que hizo el diagnóstico mediante el examen microscópico del desgarró; Hernán Alessandri y mi maestro y amigo Arturo Scroggie Vergara, que eran cuñados entre sí, quienes apenas pudieron dar “Dagenán” por falta de un antibiótico contra la tuberculosis. Fue Sótero del Río el que iba a verla, consolándola, todos los días, durante un año, hasta que ella falleció el 26 de diciembre de 1941.

Cuando paso por Merced o por Monjitas, de lado a lado, ha quedado vacío el sitio donde estaba la casa que me trae tanto dolor.

Cierto año, no sé qué “aniñada” (no está en el *Diccionario de la Lengua Española* de 1970 el significado agresivo de esa palabra chilena) me echó el presidente de la Federación, que estaba en el baile de la Escuela (y cuyo nombre olvidé).

Subí rápidamente al laboratorio, amenazándolo, y saqué tres tubos de ensayo con el medio de cultivo para el bacilo de Koch (por supuesto que sin éste), bajé y haciéndome el enloquecido, se los mostré, gritándole que eran bacilos de Koch para tirárselos a su cara.

¡Locuras de juventud!

La obra más completa que hice en la Fiesta de la Primavera fue organizar la Feria de Arte y Humor Universitario y dirigir el Concierto de Organillos en la Escuela de Bellas Artes que está en el Parque Forestal.

Allí donde estaban las esculturas laterales había una exposición de pinturas de locos auténticos.

José Dvoresky presentó sus esculturas hechas con discos de vitrola, que no he visto después en nadie más.

Todas las tardes hablaba algún célebre escritor o poeta. Al único que

recuerdo, porque lo tuve que ir a buscar a su casa, que estaba dentro de la Quinta Normal, es a Alberto Rojas J., el amigo de Pablo Neruda, a quien éste dedicó su poema *Alberto Rojas J. viene volando*.

Todo terminaría en el Concierto de Organillos. Un amigo, Uribe Echevarría, me consiguió, todos cuantos pudo, los organillos de la calle. Los concentró al pie de la grande escala en que se desciende de la Escuela de Bellas Artes. Bajé y, a un momento dado, comencé a dirigir a unos 50 organilleros. Cada uno sonaba a ritmo de cueca, pero la cueca era diferente. Los monos brincaban y los loros, ahuyentados con la bulla, se sumaban a ella.

Julio Barrenechea, presidente de la Federación, ha dejado en uno de sus libros una emotiva semblanza de esas aventuras del "Loco Costa".

El Dr. Vaccaro me dio, además de la ayudantía *ad honorem*, el primer trabajo que tuve pagado.

El Dr. Vaccaro había salido del Laboratorio "Sanitas", que dirigía el Dr. Cruz-Coke, llevándose las fórmulas de los medicamentos biológicos al Laboratorio "Chile", que entonces estaba ubicado en la avenida Ecuador del barrio Estación Central. No sé en qué parte me puso, pero sí que saqué una revista, *La Farmacia*, que a modo de propaganda se distribuía gratuitamente en todas las "boticas", que así se llamaba a las farmacias del país.

Como tuve éxito en esto, al Dr. Vaccaro se le ocurrió publicar un libro sobre Bacteriología e Inmunología, y me encomendó redactarle algunas partes (a Ducci se le dio "Antígenos O y H") y acomodarle todo el texto. Salió su edición, y Vaccaro, con una señora amiga de él, me invitó a un restaurante italiano, que estaba al final de la línea de carros, en Macul con Quilín, a comer un plato de ravioles, *fatto in casa*.

Dije antes que el tifus exantemático era frecuente aquí. Más que frecuente. Recuerdo que al lado de las torres de la Universidad de Chile, en Portugal, hay todavía un edificio que antes era un mercado público, una recoba, y que hoy es alguna Escuela Universitaria. Pues bien, hubo de vaciar la recoba para poner en ella camas para los numerosos enfermos de tifus exantemático. Allí murió el extraordinario pintor de la generación del 28, que seguramente pocos lo recuerdan, Paschín Bustamante.

¿Y acaso un presidente de la Federación de Estudiantes, de apellido Fuentes, que era de Medicina, no se contagió en aquel tiempo de los exantemáticos que atendía? ¿No fue él, quien estando enfermo en uno de los pabellones del Barros Luco, terminó, en una de sus excitaciones, lanzándose a la calle desde una de las ventanas de la pieza en que lo aislaban?

El Dr. Cruz-Coke ha sido el más eximio Docente de la Facultad de Medicina: una inteligencia para el espíritu.

Tenía su Laboratorio en el segundo piso de la Escuela, allí conocí a José Calvo C., ya muerto, y a Jorge Mardones Restat, que creo reemplazó al contratado Van Eyck en Farmacología, a Héctor Croxatto Rezzio, sucesor

de Cruz-Coke en la Academia Pontificia de Ciencias, y otros cuyos nombres no recuerdo, por más que quiero.

Después estuvo Mario Plaza de los Reyes, Decano en el año 1975, cuando hice una exposición de pinturas, fotos y documentos y leí un discurso de Pasteur como parte de la apertura oficial de la puerta de Independencia de la nueva Escuela de Medicina.

Mientras el Dr. Cruz-Coke, era ayudante del profesor Noé, y sin ser todavía médico participó en Valparaíso en la Campaña contra el tifus exantemático.

Su actividad genuinamente histórica comienza el 15 de enero de 1937, cuando el Presidente don Arturo Alessandri Palma lo nombra Ministro de Salubridad, Previsión y Asistencia Social.

El Presidente Alessandri P., lo llamaba en broma, por sus ideas, "mi Ministro del Aire".

Muerto de una tuberculosis pulmonar don Pedro Aguirre Cerda, el Presidente que tuvo por lema: "Gobernar es educar", se presentó otro candidato en 1941: don Juan Antonio Ríos M., Aguirre Cerda, sucedió a Arturo Alessandri Palma en 1938.

Volvamos a la Escuela en 1931.

La recuerdo de noche, cuando todo el mundo se había ido, con una vela en los corredores, y la anuencia del nochero, se agrupaban los jugadores de crap.

"Robusto peso", gritaba Carlos Lund, que andaba sin dinero, por si alguien se lo prestaba.

Cuando no era posible jugar en los bancos de los patios de la Escuela, atravesábamos la calle Panteón y nos metíamos en una cancha de fútbol, destartalada, que sólo tenía una tribuna, recta e inconclusa, situada donde después estaría el hospital Roberto del Río.

Antes se llamaba así un antiquísimo local de un piso, estilo colonial, con veredas bajo techo y columnitas, donde hice mi Pediatría con el profesor Scroggie Vergara.

Allí, ahora, está el hospital San Juan de Dios, vendida su propiedad tradicional en Alameda entre San Francisco y Santa Rosa.

Al dejar el juego de la cancha nos íbamos en grupo a dos partes: una era "El quita penas", donde un compañero mío era hijo de los dueños; o, más frecuentemente, porque estaba más cerca de la cancha, a una casita que quedaba frente al hospital de mujeres, en la que se podía tomar desayuno u onces con pan amasado: era "la Laurita", mi Laurita. Ella conoce toda nuestra historia porque la ha vivido con nosotros los que aún no morimos.

Ahora tiene un local en la Escuela, a la entrada del que fue el hospital de mujeres, y donde todas las mañanas íbamos varios que trabajábamos

en el hospital José Joaquín Aguirre a tomarnos un cafecito para oír la aguda conversación del profesor Guillermo Brinck.

¡Laurita! ¡Laurita! ¡Qué tiempos aquellos!

Las palmeras que daban a la entrada de la Escuela todavía están, pero han perdido los asientos que rodeaban sus troncos.

Cuando, en julio de 1931, decidimos echar abajo al dictador Ibáñez, ciertos estudiantes (alentados por el Club de la Unión) se tomaron la Casa Central de la Universidad.

Desde entonces no está el paraninfo del Salón de Honor pintado por Courtois Bonnencontre.

Nosotros estábamos en la Escuela. Me conseguí un papel secante (que se usaba por todos, pues no existía todavía el lápiz "Bic") dibujé una cabeza de Ibáñez y la colgué de una palmera. En el fondo de la Escuela, junto al galpón de Anatomía Patológica estaba el corral de los animales de experiencias. Por el norte sacamos de ahí un carretón con fardos de pasto. Y comenzamos a lanzárselos a Ibáñez.

Afuera, en la calle, estaban los carabineros, montados a caballo, con lanzas.

Nadie les abría la puerta, y todos gritaban.

Hasta que llegó el Secretario General de la Universidad, Juan Gómez Millas, a pedirnos que disolviéramos la manifestación, pues nos correrían los carabineros.

Nos dispersamos corriendo. Sólo recuerdo que en la carrera caí al suelo y tuve que dejar botado mi sombrero, un calañés comprado "Donde golpea el monito". Desde entonces, no más calañés. Nunca.

En la puerta del lado, la del hospital San Vicente, estaba un interno, Jaime Pinto Riesco, que había sido apresado con los profesores Orrego Puelma y Arturo Scroggie, expulsado del país. A Pinto Riesco lo mataron.

Los médicos y estudiantes nos reunimos en la sala de operaciones del Dr. Lucas Sierra, bajo su presidencia, y en la Sociedad Médica. Se acordó nombrar una comisión para que fuera a hablar con Ibáñez. Encabezó la delegación el Dr. Armando Larraguibel.

El Decano de Medicina, Javier Castro Oliveira, se hizo humo.

Cuando subió el dictador Ibáñez, en 1927, puso tropiezos al Decano de entonces, Dr. Roberto Aguirre Luco. Lo reemplazó el Dr. Emilio Petit, que renunció y fue substituido por Castro Oliveira. Por tanto, en 1927, hubo tres Decanos de Medicina.

Siguieron los altercados y las víctimas.

¿Dónde está hoy el busto de Jaime Pinto Riesco, obra del escultor chileno Lorenzo Domínguez, de quien es igualmente la estatua de Ramón y Cajal en Madrid?

Quedaba oblicuo a la avenida Independencia, junto a la puerta de la nueva Escuela, que corresponde a la entrada del antiguo hospital San Vicente, pues allí la habían puesto originalmente.

¿Dónde está?

En los funerales de Pinto Riesco acabaron con el profesor Zañartu.

Fueron a ellos Alfredo Muñoz Salucci y Gustavo Rojas Mujica, compañeros míos. De vuelta vieron arder una Casa del Pueblo (institución formada por ibañistas). Entró Muñoz Salucci a salvar a alguien y desde fuera le dispararon, matándolo, e hiriendo a Rojas Mujica.

Nosotros le pusimos una placa honorífica a Muñoz S. en el asiento de primera fila que ocupaba en la clase del Dr. Noé.

También quisimos cambiarle el nombre a la calle Bezanilla (continuación, pasada Independencia, de Panteón o Profesor Zañartu). Tomamos una cartulina recortada y le puse Muñoz S. en la esquina. Hablé en la calle ante numerosos estudiantes. No sabía que había que consultar a la Municipalidad. ¡Cosas de niño!

El 26 de julio de 1931 escapaba Ibáñez, en una ambulancia, con el nombre de Domingo Aránguiz.

No se veía un solo carabinero.

Los civiles tuvieron que dirigir el tránsito.

Yo he comenzado mi carrera universitaria bajo una dictadura en 1931 y la he terminado con otra, la más prolongada de nuestra historia, en 1976.

Recuerdo un día de 1973 en que, bruscamente, entraron los militares al hospital José Joaquín Aguirre y nos concentraron a todo el personal en un sitio eriazo que estaba en la zona oriental del establecimiento. A todo sol. Uno de los invasores, algo levantado sobre la multitud, llamaba a uno u otro médico, como si fuera conscripto, por si estaba allí, para llevárselo.

Al Decano de la Facultad Dr. Alfredo Jadresic lo habían ido a buscar a su casa con engaños y de ahí al Estadio Nacional.

¡Misericordia para los médicos que cayeron! ¡Misericordia para los que fueron al exilio; ¡Misericordia para los muertos! Y los desaparecidos.  
¡Misericordia!

Santiago, 1992

# ASPECTOS CULTURALES Y SOCIALES DE LA MEDICINA EN EL SIGLO XVIII

Prof. Dr. *Ricardo Cruz-Coke*

**A** L CONMEMORARLOS 15 AÑOS de la fundación de la Facultad de Medicina de la U. de Chile, es una oportunidad para recordar el pasado y extraer de él ejemplos y experiencias que sirvan para orientar nuestro trabajo cotidiano. En efecto, al mirar el pasado podemos hacer comparaciones y valorizar las vivencias de los médicos en épocas pretéritas. Ellos al igual que nosotros, se enfrentaron con problemas similares dentro del contexto de la época histórica en que vivieron. La comunidad médica de esas épocas, esto es hace unos doscientos años, vivía en condiciones más difíciles que nosotros y sin embargo, pudieron sobrevivir y mantener la profesión médica dentro de los medios aceptables para proteger la salud de la población.

Hemos decidido investigar en forma global la historia de la medicina chilena durante la época más próspera de la vida colonial, como fue la segunda mitad del siglo XVIII, en pleno siglo de las luces o época de la Ilustración. De la visión que obtengamos de sus grandezas y miserias lograremos reconstruir la vivencia de esos tiempos, la cual enriquecerá nuestra cultura médica.

Los considerables progresos materiales y sociales que logró el Reino de Chile en el siglo XVIII transformaron la evolución de la medicina colonial en todo orden de cosas. En efecto, en la segunda mitad del siglo se produjo una declinación del sentimiento religioso, una disminución de la actividad militar, y la sociedad colonial comenzó a desarrollar significativamente sus actividades cívicas en el ambiente de la economía, el comercio, la política, la administración y la cultura general. De este modo la medicina se benefició directamente por este proceso, ya que con la apertura a los mercados americanos y europeos, se hicieron más frecuentes los viajes y se hizo posible la llegada de numerosos médicos extranjeros, los que venían atraídos por el gran desarrollo económico y por la era de la prosperidad. El aumento de la riqueza estatal y privada permitió la construcción de una buena ciudad colonial en Santiago que construyó nuevos hospitales y albergó a una clase médica heterogénea compuesta por americanos y europeos de diversas nacionalidades. De este modo, los progresos de la medicina europea pudieron aplicarse en Chile con cierta rapidez, como fue el caso de la vacunación contra la viruela. Así mismo los nuevos medicamentos eran traídos por los médicos extranjeros que se avecindaban en Chile. Sin embargo, dentro de este ambiente de progreso médico, el problema más importante fue el fracaso de la educación médica criolla y agravado por

las dificultades en el control sanitario de las sucesivas epidemias de viruela que azotaron implacablemente al pueblo chileno hacia fines del siglo y comienzos del nuevo.

A fines del siglo XVIII la aldea de Santiago ya se había transformado en una ciudad colonial española típica. En el censo de 1778 contó 24.318 habitantes y en 1802 tenía 2.169 casas más 800 ranchos distribuidos en un centenar de amplias manzanas cuadradas. Se había extendido hacia el norte del río Mapocho en el barrio de la Chimba, que estaba comunicado por el gran puente de Cal y Canto. Hacia el oriente, estaban los tajamares, y hacia el sur se había poblado más allá del hospital San Juan de Dios. Hacia el oeste, Santiago se extendía ocho cuadras desde la plaza de Armas. Las calles eran rectas y empedradas en el centro. El alumbrado público comenzó en 1795 y desde 1789 había un acueducto subterráneo para proveer agua potable a la pileta plaza de Armas. Pero lo que más destacaba eran los magníficos edificios públicos que se construyeron a lo largo del medio siglo, como la Casa de la Moneda, el Consulado, el Cabildo, los Tajamares, la Catedral, el Puente de Cal y Canto, el Templo de Santo Domingo, la Iglesia de la Merced, la Aduana y la Universidad.

Como era de esperar, con el cambio de las tendencias sociales y vivenciales de la época de la Ilustración, la influencia de la Iglesia Católica tuvo una gran decadencia, que se acentuó por la expulsión de los jesuitas en 1767. Sin embargo, a fines del siglo, Chile seguía edificando iglesias y capillas y aumentando el número de sacerdotes. Sin contar a los jesuitas, los sacerdotes de las órdenes religiosas (franciscanos, agustinos, dominicanos, mercedario y juanedianos) alcanzaban a 700 personas y las monjas a 350. El clero secular estaba compuesto por 220 sacerdotes en el Obispado de Santiago y 90 en Concepción. Chile tenía 95 parroquias extendidas desde Copiapó a Chiloé. De este modo la cultura religiosa más que decuplicaba en tamaño al cuerpo médico formado por apenas dos docenas de profesionales trabajando en 10 hospitales. Con la decadencia del sentimiento religioso también disminuyó el poder de la Inquisición que solamente perseguía a los bigamos y a los hechiceros, pero amonestaba a los empedernidos lectores de los libros prohibidos de los filósofos y reformadores franceses e ingleses. Los últimos inquisidores fueron americanos: el argentino Pedro de Tula Bazan (1702-1775) y el chileno Juan José de los Ríos (1716-1795) que actuaron moderadamente en el ámbito teológico sin llegar a los extremos represivos alcanzados en el siglo anterior. Ningún médico fue condenado en esta época.

En la segunda mitad del siglo XVIII la Guerra de Arauco declinó completamente y el poderoso ejército veterano de 1.976 soldados se dedicó a mantener el orden de la frontera y en el centro del país. Muchos médicos y cirujanos participaban en sus actividades. Al lado de este ejército profesional existían las milicias formadas por unos 15 mil hombres, que estaban

entrenados en el uso de armas, lo que permitió el desarrollo de las luchas por la Independencia en las décadas posteriores.

A pesar del gran progreso social y económico de la vida colonial, la comunidad médica era todavía muy pequeña comparada con esas grandes subculturas religiosa y militar que dominaban sin contrapeso a la sociedad chilena. Los escasos médicos importantes que disputaban los altos cargos de la Cátedra de Prima Medicina y la presidencia del Tribunal del Protomedicato tenían sin embargo un cierto estatus de poder técnico frente al Gobernador y al Cabildo. Eran consultados por estas autoridades y debían dar informes sobre los problemas de la salud, desde las epidemias, hasta de las enfermedades, los medicamentos y las normas sanitarias de agua potable y aseo y limpieza de la ciudad. Los médicos estaban completamente subordinados a las autoridades. Eran autorizados a ejercer su profesión por el Cabildo, fijando sus salarios y controlados sus desplazamientos dentro del país y fuera de él. Por ejemplo, en 1791 el Dr. Llenes hubo de solicitar permiso al Cabildo para viajar a España.

Más aún, en 1787 el Cabildo celebró varias sesiones el 29 de marzo, 22 de mayo y 28 de junio para dar autorización para inocular viruelas; ordenar formar junta de médicos para control de viruelas; para aumentar dotación de Casa de Huérfanos y para juntar recursos para mejorar el funcionamiento del nuevo hospital San Borja.

Con respecto a la Iglesia, los médicos eran controlados por la Inquisición en la lectura de los libros de Montesquieu y Rousseau. Pese a que las órdenes religiosas tenían sacerdotes médicos y frailes que ejercían la profesión sin tener título, también consultaban a los grandes médicos laicos. El Dr. Nevin y el Dr. Zambrano fueron médicos de los jesuitas antes de su expulsión. Así mismo el ejército y la marina española en Chile tenían suficientes cirujanos en sus ciudades fortalezas de Valdivia y Concepción. Los salarios de los médicos eran del orden de 150 pesos anuales y de los cirujanos sólo 80 pesos. Contrastaban estos bajos salarios con el sueldo del gobernador que alcanzaba los 10.000 pesos al año.

El médico colonial "latino" clásico usaba un traje negro con una larga capa y golilla con guantes verdes. Circulaba a caballo y no podía llevar espada. Sus honorarios por visita simple eran 4 reales; visita a medianoche 1 peso; operación quirúrgica simple 2 pesos, pero una amputación costaba 4 pesos. Las visitas al campo se contaban a 1 peso la legua. Entre sus obligaciones debían asistir obligatoriamente a los enfermos a toda hora y dar noticias de un contagio. El castigo por no dar informe de contagio era de 30 días de cárcel. La visita médica consistía en entrar a la pieza del enfermo, escuchar la historia, tomar el pulso y recetar en latín. Se le pagaba al contado la moneda de 4 reales. Había juntas médicas, en que generalmente participaba el protomédico, aunque había un poco donde elegir, ya que los médicos practicantes de Santiago a fines del siglo XVIII no pasaban de cinco a siete disponibles para consultas privadas. La atención médica

oficial llegaba sólo a las clases superiores. El pueblo virtualmente seguía su medicina tradicional de yerbas medicinales y sahumerios de meicas y chamanes.

Durante el siglo XVIII el cuerpo médico en el Reino de Chile creció considerablemente. Al hacer un recuento al término del siglo, podemos decir, con los datos aportados por Ferrer y Laval, que poco más de 100 facultativos actuaron en el país, de los cuales unos 50 avendados en forma normal. La otra mitad pasaron como visitantes de las expediciones europeas. En todo caso, casi un tercio de ellos fueron extranjeros; de ellos 17 franceses, 5 ingleses, 2 alemanes, 2 italianos y 3 de otras nacionalidades. Ya vimos que ejercieron 6 chilenos, 2 peruanos y 2 argentinos. Los otros dos tercios fueron españoles de todas las regiones de España. Ejercieron como médicos 16 frailes, muchos de ellos con títulos de las universidades americanas y europeas. De este modo se puede afirmar que en esta época Chile tuvo una amplia apertura a la medicina europea que benefició considerablemente la mejoría de la atención médica y quirúrgica, en comparación con el siglo anterior.

El acontecimiento médico más trascendental del siglo XVIII fue la fundación de la Universidad de San Felipe por el rey Felipe V, el 23 de julio de 1738. En 1740 el Cabildo compró una manzana frente a la calle San Antonio, donde está actualmente el teatro Municipal y construyó ahí la sede de la nueva Universidad. Sus actividades fueron inauguradas el 19 de mayo de 1757 por el gobernador Amat y Junient. El primer catedrático de Prima Medicina fue el Dr. Domingo Nevin (1722-1770), nombrado el 5 de agosto de 1756. Asumió en 1764 el cargo de Protomédico del Reino de Chile. Los primeros alumnos de medicina fueron los frailes Matías Verdugo y Manuel Chaparro y el laico José Antonio Ríos. Sucedió al Dr. Nevin el médico peruano Ignacio de Jesús Zambrano que llegó a Chile en 1755. A la muerte de Zambrano en 1776 lo sucedió el joven médico chileno José Antonio Ríos, quien asumió el cargo de profesor de Prima Medicina y Protomédico y lo ejerció durante 40 años hasta la época de la Independencia, falleciendo en 1817.

Durante el reinado de Carlos III, el Reino de Chile tuvo grandes cambios administrativos internos y externos que le permitieron independizarse del control directo del Virreynato del Perú el cual solamente sostenía a las guarniciones de Valdivia y Chiloé. Como Capitanía General, Chile trataba directamente sus asuntos con el Rey de España en comunicación directa a través de la ruta del Cabo de Hornos que lo comunicaba en 100 días. (La noticia de la muerte de Carlos III el 14 de diciembre de 1788 se conoció en Santiago el 2 de abril de 1789). El Gobernador se transformó en el Presidente de Chile, que a la vez presidía la Real Audiencia, era Intendente de Santiago y presidía la Junta de Temporalidades que manejaba los bienes de los jesuitas. La Real Audiencia se transformó en un Tribunal de Alzada. Los deseos de la colectividad se expresaban a

través del Cabildo compuesto por 12 regidores que elegía 2 alcaldes. Dentro de este contexto administrativo, el Protomédico del Reino, nombrado por el Rey, era presidente del Tribunal del Protomedicato, independiente del Virreynato del Perú, y a la vez era profesor de Prima Medicina de la Universidad de San Felipe. Tenía un sueldo anual de 500 pesos, al igual que los otros catedráticos, pero por ser médico no podía ocupar el cargo de Rector, el cual siempre fue ejercido por abogados o teólogos.

Debemos destacar el rol que jugó el Rey Carlos III en modelar y dirigir directamente el desarrollo de la vida médica de su más distante colonia durante su largo reinado. En efecto, dicho rey creó la Junta de Temporalidades en 1768 que confiscó bienes de los jesuitas para construir hospitales; creó el Tribunal de Protomedicato chileno en 1786 que junto con la Cátedra de Prima Medicina de la Universidad de San Felipe, permitieron independizar la medicina chilena del Virreynato del Perú. De este modo el Protomédico Dr. Ríos tuvo todos los poderes para dirigir la enseñanza médica, resolver los asuntos gubernativos de medicina, cirugía y farmacia del Reino; administrar la justicia y la ética para corregir los excesos de los facultativos sometidos a su jurisdicción y recaudar, administrar e invertir los fondos obtenidos por los derechos de exámenes. Así Carlos III concentró todos los poderes absolutos de la Medicina chilena en un tribunal único, mientras que en España, bajo la presión de las Facultades de Medicina españolas se veía obligado a independizarlas del protomedicato, por la célebre ordenanza de 13 de abril de 1780. Por otra parte, Carlos III pedía al protomédico chileno que le enviara informes sobre el funcionamiento de los hospitales, de las boticas y que le enviara los nuevos medicamentos de la farmacopea de hierbas americanas.

Carlos III pudo desarrollar su política de beneficios médicos en Chile en base al despojo de los bienes de los jesuitas. Entre 1767 y 1771, la venta de las propiedades de la Compañía por la Junta de Temporalidades rindió un total de 491 mil pesos, de los cuales 30 mil fueron destinados para la construcción de hospitales. En efecto, la venta de la Ollería (Hospicio) rindió 7.963 pesos; el Noviciado (San Borja) 13.333 pesos y la mitad de las propiedades en Valparaíso, 8.300 pesos. Estas cifras son considerables y casi igualan al presupuesto anual del Reino de Chile, como veremos a continuación.

Si bien Chile le debe mucho a Carlos III, también le reprocha hasta hoy la expulsión de los jesuitas como un acto despótico e inhumano que afectó gravemente el desarrollo cultural de la nación chilena por casi un siglo. Las consecuencias culturales fueron la depresión de la educación médica y de las ciencias, ya que fue desmantelada la botica y la biblioteca y expulsados los mejores elementos humanos chilenos del siglo XVIII. Basta con enumerar los grandes personajes exiliados y sus obras. Juan Ignacio Molina (1740-1829), naturalista e historiador, primer científico chileno quien intentó por primera vez clasificar las plantas y animales de Chile

fundando la botánica y la zoología nacionales, en obras escritas fuera de país y que ya describimos en el capítulo 28: “Saggio sulla storia natural del Cile” (1778) y *Saggio sulla storia civile del Cile* (1787). Las *Memorie e storia naturale* (1821) corresponden al siglo XIX. Miguel de Olivares (1715-1793) historiador, autor de la *Historia militar, civil y sagrada de Chile*, terminada en 1767 que fue publicada un siglo más tarde. Felipe Gómez de Vidaurre (1737-1818) historiador, que escribió *Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile*, compuesta en 1776 y publicada un siglo más tarde en Chile. En todas estas obras se describían las condiciones de vida de pueblo chileno y sus costumbres, a la vez que la flora y fauna del país. Son las obras básicas chilenas en las ciencias naturales y humanas, las cuales virtualmente no fueron conocidas por los chilenos en ese siglo, salvo algunos libros de la traducción española de Molina en 1788 y 1795, que llegaron al país.

Esta depresión cultural tuvo su contrapartida con la creación de la Academia de San Luis, propuesta por don Manuel de Salas (1755-1841) fundada por un decreto del Presidente Avilés el 6 de marzo de 1797. En esta Academia se enseñaban todas las disciplinas tecnológicas y científicas de aritmética, geometría, química y física y sus disciplinas aplicadas para la minería, construcción, metalurgia y otras. Fue la base del comienzo de la educación superior que faltaba en la Universidad de San Felipe. Desgraciadamente, los alumnos de Medicina, naturalmente que no pudieron estudiar aquí los ramos básicos de química y física, ya que ni siquiera tenían enseñanza formal de Anatomía. Más tarde don Manuel de Salas iba a fundar el Hospicio de Santiago a comienzos del siglo XIX y ser un gran benefactor de los pobres y los viejos. Salas sería uno de los grandes hombres de la época de la Independencia, además de ser el principal de los precursores intelectuales de ella.

La mejoría de las comunicaciones y la apertura comercial aumentaron el flujo de pasajeros que entraban y salían del país por los puertos desde Coquimbo hasta Castro en Chiloé. Esta movilidad permitió el desencadenamiento de sucesivas epidemias de viruela, chavalongo y gripe que se alternaban afectando casi todos los años a las ciudades y puertos de Chile. Además eran endémicas la sífilis y la tuberculosis. De este modo, las enfermedades infecciosas epidémicas aumentaron gravemente la morbilidad y mortalidad de Chile, y fueron la preocupación constante para las autoridades públicas, particularmente los cabildos y el gobernador. La comunidad toda a través del Cabildo se defendió decretando cuarentenas, aislamientos, variolización y hospitalizaciones de los enfermos más graves. Como ya vimos, hubo grandes epidemias de viruela con altas mortalidades en los años 1711, 1765, 1779 y 1793. Para mostrar la frecuencia y gravedad de la situación de la higiene y salud pública y la importante participación del Cabildo en este período contrastante de tanta prosperidad material para la sociedad chilena.

Es de advertir la alta tasa de letalidad en las grandes epidemias. En 1779 en el Hospital San Juan, de 1.604 enfermos, la letalidad fue de 21% y en el San Borja de 1.232 variolosos la letalidad alcanzó al 23%. Estas tasas eran más de tres veces superiores a las corrientes de la época. En 1789-90 en Concepción murieron en total 1.500 variolosos.

Afortunadamente estas grandes tragedias de salud pública se iban a solucionar parcialmente con la introducción de la vacunación contra la viruela en la primera década del siglo XIX con el trabajo del padre Chaparro y la expedición de la vacuna de Manuel Grajales.

El aumento de la mortalidad por las epidemias y la acumulación de cadáveres con el progreso de los años produjo un problema de falta de cupos en los pisos de las iglesias, que era el lugar donde se enterraban los devotos y personas principales. El gobierno y las autoridades eclesiásticas decidieron limitar los entierros en las iglesias, y se decidió crear cementerios para pobres en las afueras de la ciudad como el de la Caridad y la Pampilla. Sin embargo, el Cementerio General laico, no sería creado sino hasta la Independencia en el siglo XIX.

Al terminar el siglo XVIII la medicina colonial en Chile había llegado a un modesto nivel en su desarrollo, pero siempre muy inferior al alcanzado por sus hermanos peruanos y mexicanos. En comparación con el siglo anterior, evidentemente se habían logrado solucionar los problemas más apremiantes de asistencia hospitalaria y de beneficencia pública, pero no se habían resuelto sus graves problemas de la insuficiencia de la educación médica, de la dependencia profesional externa y de la falta del control de las epidemias de viruela, tifus, las endemias de la sífilis y de la tuberculosis. Estos y otros problemas iban a ser combatidos en mejores condiciones en el período de la Independencia al amparo de la época del Romanticismo, durante la cual se iba a forjar la identidad y el espíritu creativo de la medicina republicana.

## CONCLUSIONES

De regreso de nuestra visita al pasado de la vida colonial médica durante el período de la prosperidad del siglo XVIII, hemos podido formarnos una buena idea de la situación en que vivían los médicos en esa época. En relación al contexto histórico de esos tiempos se trató de una época comparable a la nuestra en que se alternaron aspectos positivos de progreso con los aspectos negativos de violencia y represión. Pero la medicina chilena colonial no logró levantar cabeza para formar una cultura médica criolla como sus hermanos mexicanos y peruanos que tenían universidad, escuelas de medicina, imprentas, libros médicos y grandes maestros criollos de la medicina. La vida de los médicos coloniales fue opaca y sin relieves, totalmente dominada por el despotismo ilustrado. Esa es la explicación por la

cual durante la Independencia no hubo medicina chilena destacada y que hubiera de fundarse una escuela de medicina completamente nueva en 1833 y finalmente fundarse la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile en 1842, cuyo sesquicentenario estamos celebrando, para lograr asentar sólidamente las bases del desarrollo de nuestra medicina nacional.

# RECUERDOS DE LA VIDA ACADÉMICA DE MEDICINA

Dr. *Luis Hervé Lelievre*  
PROFESOR EMÉRITO

**M**E ES MUY GRATO DEJAR CONSTANCIA, en esta modesta exposición sobre recuerdos universitarios, que en el mes de abril recién pasado, he cumplido una estada de 67 años de permanencia en la Universidad de Chile, que conmemora sus 150 años de vida. Este largo período, me ha servido mucho, tanto para aprender la Medicina como para ejercerla y enseñarla. La labor universitaria, la atención de enfermos han sido para mí las actividades más apreciadas. Han acompañado mi armoniosa vida familiar, formada por mi esposa, dedicada a las letras y a la educación de nuestros cinco hijos, los cuales han sido todos alumnos y profesionales formados en la Universidad de Chile. Uno de ellos es médico-cirujano, así como una de mis nietas, también formada en esta Casa de Estudios.

Estas líneas sólo se referirán a algunos aspectos de mi convivencia en el ambiente Universitario de la Medicina, en los Centros Asistenciales y Científicos, sin desconocer la influencia de las medidas económico-sociales sobre mantención de la salud en la población. Todo ello influye en la actividad formativa y el ejercicio profesional de los médicos.

Durante 80 años, la Universidad de Chile fue la única que enseñó a ejercer la Medicina en el país. Desde 1924, la están acompañando en esta tarea otras Universidades, primero la de Concepción, y posteriormente la Católica de Chile en 1930, la Austral de Valdivia en 1970, Valparaíso y La Frontera de Temuco en 1981, y Los Andes en 1990, todavía en organización. Las de Valparaíso y de La Frontera fueron dependientes de la Universidad de Chile hasta 1981, fecha en que adquirieron su autonomía. Los programas de enseñanza de todas las nombradas, excepto la última, fueron supervisadas por la Universidad de Chile hasta 1981, año en que quedaron en libertad de acción.

Mi formación médica fue un tanto diferente de la que impera en nuestros días. Antes, como ahora, se persigue la formación de un médico general dispuesto a perfeccionarse. Logré ingresar a la Escuela de Medicina de Santiago, en abril de 1925, fecha en que se iniciaban los cursos Universitarios. Tres meses antes, había alcanzado, con los exámenes de rigor rendidos ante Comisiones de Profesores de Educación Secundaria, ubicadas en el Edificio de la Universidad de Chile, la calidad de Bachiller en Humanidades, condición indispensable para ingresar a la Escuela. La que ahora llamamos Prueba de Aptitud Académica, reemplazó al Bachillerato muchos años después.

La carrera de Medicina duraba siete años, como actualmente. Los estudios se distribuían en dos años de ramos básicos, uno de ramos preclínicos, tres de ramos clínicos, y uno de Internado intrahospitalario, programa instaurado a comienzos del siglo, y que, en principio, perdura hasta hoy con algunas modificaciones, producto del avance científico, docente y económico social. En ese tiempo, el curso de primer año era numeroso, algo más de 200 alumnos, al cual se agregaban muchos repitentes. Se entraba a la Escuela sin selección, la que sólo comenzó tres años después para limitar el ingreso al primer año a 130 alumnos. Esta medida redujo considerablemente el número de repitentes, que se hizo insignificante. Las clases de los cursos de los dos primeros años se desarrollaban en los auditorios y en algunos laboratorios de la antigua Escuela, en la Avda. Independencia, construida en tiempos del Presidente Balmaceda para reemplazar a los locales docentes situados en el antiguo hospital San Juan de Dios. La Escuela de 1888 tenía un bello pórtico de templo griego, tal vez en homenaje a Hipócrates. Fue destruida por un incendio en diciembre de 1948, y fue reconstruida lentamente en el mismo sitio, pero agrandada en los terrenos vecinos del hospital Universitario San Vicente de Paul, que estaba en demolición. Sus Servicios Docente-Asistenciales estaban siendo trasladados al nuevo hospital José Joaquín Aguirre, regido por la Universidad, y que todos conocemos.

En la antigua Escuela predominaba en la enseñanza la información teórica sobre los conocimientos adquiridos por prácticas personales. Había algunas excepciones, por ejemplo el aprendizaje de la Anatomía en los dos primeros años, con gran participación práctica de los alumnos. Se estimaba fundamental que conocieran muy bien el cuerpo humano, sitio de las enfermedades. Teníamos que efectuar 25 preparaciones o disecciones personales en el primer año, y otras tantas en el segundo. En el Instituto de Anatomía, que todavía persiste, teníamos clases teóricas, rara vez con cadáveres presentes. Sin embargo, no faltaban en las amplias salas de disección para nuestro trabajo. Los instrumentos para disecar eran personales, y los guardábamos, junto con nuestras disecciones en preparación, en casilleros con llave propia que se nos repartía para usarlos durante el año. Teníamos que disecar articulaciones, grupos musculares, trayectos arteriales, venosos o nerviosos, o también mostrar órganos en su ambiente. Debíamos presentar nuestra preparación a algún Ayudante de la Cátedra para que apreciara el trabajo efectuado. Nos hacía un interrogatorio para juzgar nuestro conocimiento de la región presentada, colocando una nota que serviría para autorizar el examen final del ramo. Los trabajos de anatomía se basaban en el célebre tratado del Prof. francés Testut, que estaba formado por cuatro gruesos volúmenes, llenos de descripciones y figuras, y un volumen pequeño, llamado "el Testut chico" que era un resumen sin figuras y en letra chica de los cuatro mayores. Actualmente y desde más de 30 años, los alumnos no saben de los libros de Testut. E

estudio de la Anatomía sólo dura un año y se consultan libros empleados en el enseñanza norteamericana. Para la práctica, actualmente, no hay cadáveres para disecar, por disposiciones económico-sociales que facilitan la sepultación. La Anatomía se estudia en láminas y piezas de Museo del Instituto. En nuestros días, parecen más importantes los problemas funcionales del organismo, como fisiología y fisiopatología, que las realidades anatómicas. Algunos detalles de ella se analizan en relación con las especialidades que se han formado en el curso del siglo.

En algunos ramos básicos y en los preclínicos, como Bacteriología, Parasitología, Patología General, se hacían algunos pasos llamados prácticos, en que los Ayudantes mostraban algunas preparaciones microscópicas o algunas pruebas experimentales, en sus laboratorios de trabajo, las que servían para fijar objetivamente los conocimientos teóricos que se impartían en las frecuentes clases. Los alumnos de esos años, para no olvidar lo que oían en ellas, y por no poder adquirir textos de estudio habitualmente escritos en otras lenguas que el castellano, se dedicaban a tomar apuntes de las clases, o bien a adquirir los efectuados, y bien presentados, por alumnos de cursos anteriores. Había algunos impresos y corregidos por profesores o ayudantes. Las materias de un año a otro no tenían variaciones importantes y era fácil modificarlas por el lector que asistía a las clases.

En los ramos clínicos, entre tercero y sexto años, primaban también las exposiciones teóricas, como sucedía en Patología Médica o Quirúrgica y en Terapéutica. En cambio, en Semiología, había numerosos pasos prácticos en las salas hospitalarias para aprender a interrogar y examinar a los enfermos. Se aprendía a diferenciar los signos normales de los patológicos. No sucedía lo mismo en las clases de Terapéutica, en las cuales se hablaba de numerosos medicamentos y de sus combinaciones para hacer tabletas, papelillos, pociones, píldoras o gotas o su administración por inyecciones. Sin embargo, solíamos oír que bastaba con aprender bien las acciones y las indicaciones clínicas de una docena de medicamentos, que eran realmente útiles por su acción bien definida, para hacer tratamientos eficientes. ¡Cuánto ha cambiado la terapia de esos años! Hoy cada especialidad, y son muchas, tienen numerosos medicamentos útiles. En la década del cuarenta, se cambió la Cátedra de Terapéutica por la de Farmacología que funcionaba en un Instituto de Investigación.

En las clases de clínica médica o quirúrgica, los Ayudantes presentaban enfermos, habitualmente en el auditorio, ante el profesor, quien hacía, en presencia de los alumnos, la discusión diagnóstica y el esbozo terapéutico. Lo mismo sucedía en Anatomía Patológica, en el Hospital Universitario, en cuyas clases se presentaba un cadáver en el auditorio con el objeto de comparar los hallazgos de la autopsia con los caracteres clínicos y diagnósticos efectuados en las salas hospitalarias.

La Psiquiatría se enseñaba en la Casa de Orates, luego Hospital Psi-

quiátrico, en la ubicación que tiene actualmente pero que está completamente renovado con nuevas salas y estructuras, apartando la Sección que dirige el Departamento Universitario. Se enseñaban en clase, donde se veían raramente enfermos, las grandes psicosis, y en segundo término los cambios de carácter y las pequeñas neurosis, que por lo menos ahora, son las que se enseñan de preferencia. No se hablaba todavía de Medicina psicosomática.

Los cursos de Obstetricia y los de Pediatría eran también predominantemente teóricos, viendo los alumnos de vez en cuando algunos enfermos durante las clases. Obstetricia se cursaba en la Maternidad vecina al hospital Universitario de San Vicente, edificio que ahora está destinado a otros usos, y la Maternidad funciona en el hospital José Joaquín Aguirre. Pediatría se podía cursar en dos hospitales, Arriarán en la calle Santa Rosa donde aún se encuentra, o en Roberto del Río, en la calle Matucana, donde fui alumno. Fue destruido pocos años después y trasladado a uno nuevo en la calle Profesor Zañartu, frente a la Escuela de Medicina donde todavía se encuentra. En el terreno que ocupaba en Matucana, se edificó el actual hospital San Juan de Dios, que también tiene un Servicio de Pediatría.

Los cursos de especialidades ya reconocidas con Cátedras que las enseñaban, como la Neurología, la Oftalmología, la Otorrinolaringología, la Urología, la Ginecología y la Dermatología, se podían efectuar en el hospital Universitario y en otros en que el Servicio respectivo estaba dirigido por un profesor de la Universidad de Chile. Fui alumno de Neurología y de Otorrinolaringología en San Vicente de Paul, de Urología en San Juan de Dios, la Oftalmología y la Ginecología las cursé en el Salvador, y la Dermatología en el hospital San Luis, hoy dedicado a otras actividades, pero no a enfermedades de la piel como entonces.

Llegado al último año de formación médica, se efectuaban las prácticas de Internado en Medicina, Cirugía, Obstetricia y Pediatría, esta última no obligatoria, pero luego lo fue. El Internado se podía efectuar en cualquier hospital que tuviera Cátedras y Servicios de Patología o de Clínicas Médicas o Quirúrgicas, de adultos o de niños, o una Maternidad Docente. Elegimos con varios compañeros, el hospital San Francisco de Borja, situado en la Alameda, hoy desaparecido de esa ubicación, pero nuevamente construido en la década del 70, en sitio vecino al hospital Arriarán, en la calle Santa Rosa. Comencé por Medicina, donde tenía que atender alrededor de diez camas, que estaban bajo la tuición de un Médico Hospitalario. El Servicio era dirigido por el Prof. Alejandro Garretón Silva. Él me indicó el tema de mi tesis de grado sobre detección de la creatina y de la creatinina, que realicé con la colaboración del Laboratorio Central del Hospital. Mientras la efectuaba, cumplí reglamentariamente con los internados de Cirugía y Obstetricia del mismo hospital. El profesor de Obstetricia prefería que los alumnos que no se iban a dedicar a esa especialidad, asistieran lo menos posible a la Maternidad. Mi tesis, con un tema novedoso en esa época, fue

aprobada por la Comisión que nombrara la Facultad de Medicina. Pude rendir el examen final de grado, junto a 4 compañeros, el día 18 de diciembre de 1931, a las 10 de la noche, ante la Comisión de cuatro miembros nombrada y presidida por el señor Decano, reunida en una de las salas del segundo piso del decanato de Medicina, situado entonces en el edificio de la Universidad de Chile. Después de responder nerviosamente a las preguntas, no siempre fáciles de cada uno de los miembros, fui aprobado con un voto de distinción, como figura en el título oficial de Médico Cirujano, que permite el ejercicio profesional de la Medicina. La Tesis de Grado está suprimida desde 1951, y el examen de Grado también desde 1972. El sistema para titularse de Médico Cirujano se ha simplificado. Desde esa fecha se recibe el diploma administrativamente por haber rendido y aprobado los exámenes teóricos y prácticos de todos los ramos del programa de pregrado, incluso los de Internados. Se dice que es así más democrático. La Universidad aún no reconoce la calidad de Médico-Especialista. Se estudia la manera de obtenerla.

En posesión de mi título profesional, tuve la suerte que el Prof. Garretón Silva, de quien había sido alumno de su primer curso de Patología Médica en los años 1927 y 1928, y en cuyo Servicio me había desempeñado como Interno, me encontró suficientes condiciones para nombrarme Ayudante segundo de Planta en su Cátedra de Patología Médica, con 22 horas semanales, a contar del 1 de marzo de 1932. Constituiría mi primer sueldo como médico. Desde entonces hasta ahora, en que luzco desde diciembre de 1977 el rango de profesor Emérito —no he dejado de ser Académico de la Universidad de Chile hasta hoy. Junto con la Ayudantía, tuve también mi nombramiento como Médico Hospitalario ad honórem del Servicio de Medicina del hospital San Francisco de Borja.

Desde mi entrada al Servicio de Medicina tuve a mi cargo alrededor de 10 camas en la Sala San Borja, destinada a mujeres. Tenía que dirigir además el trabajo clínico del Interno de Medicina allegado a esas enfermas. Tuve también que atender el funcionamiento del electrocardiógrafo portátil recién llegado al Servicio, el primero en su género introducido en el país. Había que mostrar su utilidad clínica, estudiando los trazados que producían los enfermos, y cuyo significado no era todavía bien conocido en Santiago. Sin embargo, ya había uno o dos antiguos aparatos fijos en las Cátedras del hospital Universitario, cuyo empleo era excepcional. Trabajamos en efectuar la aplicación sistemática del método en todos los enfermos cardíacos hospitalizados y aprendimos el significado de los trazados por lectura de libros y revistas extranjeras. Me fui transformando en un experto en una especialidad cardiológica, sin olvidar la Medicina Interna, cuyos enfermos veía en la sala y en la consulta privada.

Fueron numerosos los médicos jóvenes de otros centros Universitarios o Asistenciales que acudieron al Departamento de Electrocardiografía para informarse sobre la utilidad del método en el conocimiento del estudio

cardiovascular. Su permanencia de algunos días o semanas contribuyeron a difundir su necesidad en otros servicios, y algunos consiguieron su instalación. Había nacido entre nosotros la formación de cardiólogos, especialidad del porvenir.

La labor universitaria ha tenido siempre varias maneras de darse a conocer para cumplir su labor docente. El trabajo científico estaba impulsado en parte por la necesidad que algunos Internos tenían de hacer una tesis de prueba para obtener el título profesional. Durante los 20 años que permanecí en el hospital San Borja, dirigí alrededor de 50 tesis de internos. Todo este trabajo sirvió para hacer presentaciones a las reuniones clínicas del Servicio y a la Sociedad Médica de Santiago, que en esa época eran semanales, los días viernes en la noche. Algunas fueron importantes y merecieron el honor de ser publicadas en revistas nacionales y a veces en las extranjeras. Esto sucedió por primera vez con el trabajo sobre "El electrocardiograma en el tifus exantemático", hecho en los años 1932 y 1933, aprovechando la gran epidemia de esos años, por el interno Antonio del Solar, después eminente médico. Los trazados tuvieron correlación clínica y anatomopatológica y el estudio constituyó una presentación a las Primeras Jornadas de Medicina efectuadas en 1933, para conmemorar el primer centenario de la creación de la Escuela de Medicina en Santiago la que en 1842 ingresaba con sus cinco profesores y diez alumnos, a la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Con el patrocinio del profesor Garretón Silva logró ser publicada en marzo de 1935 en la Revista francesa "Archives des Maladies du Coeur", una de las más famosas del mundo. Por este hecho, el trabajo chileno figuró en algunas bibliografías sobre corazón en infecciones. No fue la única vez que sucedería.

El profesor Garretón me dio la tarea de efectuar algunas clases sobre arritmias en el curso de Patología Médica del año 1936. Después me fueron asignados otros temas de Cardiología. En 1942 me indujo a solicitar en la Facultad la categoría de Profesor Extraordinario de Patología Médica. Presenté como tesis mi monografía "Electrocardiografía Práctica", recién publicada. Su aprobación me permitió rendir el examen correspondiente el 2 de diciembre de ese año, ante una comisión de profesores presidida por el Decano profesor Armando Larraguibel, en un auditorio de Clínica Médica del hospital Universitario, vale decir hace 50 años... Con esta nueva jerarquía, se me encargó dictar la mayoría de las clases del curso de Patología durante tres períodos de dos años cada uno, con excepción de algunas que le correspondieron a algunos especialistas del Servicio. Lo mismo sucedía en otras cátedras médicas de la Universidad.

Cuando se da una mirada al trabajo realizado durante una vida profesional ligada a la Universidad, lo que más llama la atención es el cambio que se produce poco a poco entre el período en que se estudió la carrera y la realidad actual. Se estudian las mismas cosas, pero de manera diferente. Son las mismas enfermedades, pero su conocimiento es mayor. El examen

anamnésico y físico de los enfermos es el mismo, pero está complementado por una serie de metódicas explorativas, biofísicas y bioquímicas, que agregan permanentemente nuevos conocimientos en la causa, los mecanismos y la evolución de las enfermedades, agregando cambios en la fisiopatología, y por tanto en las terapéuticas médicas o quirúrgicas, e insistiendo en medidas preventivas. Lo señalado influye en la enseñanza de la Medicina, debiendo aceptar las novedades, suprimir otras nociones que pierden importancia, y modificar los programas docentes para modernizarlos. Recuerdo que cuando inicié mi profesión, la neumonía era frecuente y se trataba con reposo en cama prolongado, cataplasmas en la espalda, aspirinas, poción pectoral con digital, por lo menos ocho o diez días, y las muertes eran frecuentes. Quince años después, la misma enfermedad sólo se trataba con reposo en cama y algunas inyecciones de penicilina, con lo cual la fiebre terminaba en dos o tres días, siendo escasa la mortalidad. Así puede apreciarse el progreso médico. La formación de especialistas en todas las grandes orientaciones de la Medicina, han producido grupos de investigadores especializados, base de los especialistas clínicos, que son los que difunden entre los colegas y en el público sus ventajas. Desgraciadamente los instrumentos que deben emplear aumentan los costos de las atenciones médicas. Para hacerlas más asequibles, se han ideado medidas socioeconómicas.

La aparición en Chile de los especialistas coincide con una época en que las conexiones de nuestros médicos con la Medicina norteamericana se hizo intensa en pocos años. Las dificultades de las relaciones con Europa, inspiradora de nuestra Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, por la Segunda Guerra Mundial, y su consecuente caída del nivel investigador profesional europeo, facilitaron este acercamiento, el que fue favorecido por la menor distancia entre nuestros países y por la posibilidad aumentada de obtener becas prolongadas para nuestros médicos jóvenes, quienes pudieron especializarse y se dieron cuenta del alto nivel de la ciencia médica de los Estados Unidos. A su regreso al país trataban de imponerlo en lo posible entre nosotros. Esta influencia norteamericana puede apreciarse en los trabajos médicos de cualquier tipo que se publican en nuestras revistas, cualquiera que sea la especialidad desarrollada. Un 80 a 90% de las citas son norteamericanas.

Volvamos a 1944, para constatar otros cambios. La Facultad de Medicina tomó una resolución, después de dos años de estudio, que ha sido una de las más importantes de su época. La Medicina se ejerce examinando enfermos, y los estudios, fuera de la semiología o del internado, tenían pocas horas de práctica. En ese año se aprobó la fusión en dos grandes Cátedras, una de Medicina y otra de Cirugía, de las materias de patología, semiología, clínica y terapéutica correspondientes a estas dos ramas del saber médico. El cambio más importante fue que los alumnos debían permanecer en las salas hospitalarias todos los días en la mañana de 8 a

13 horas, desde el tercero al quinto año. Cada mitad del curso hará un semestre en Medicina y la otra en Cirugía, alternándose cada semestre durante tres años. Los alumnos volvían a Medicina y Cirugía en el período de Internado en el séptimo año. Este sistema fue muy provechoso durante 40 años, pero algunas disposiciones recientes han obligado a recortar Medicina y Cirugía en un semestre cada uno, pero el Internado se ha prolongado a dos años, sexto y séptimo, para dar una mayor participación a los alumnos en prácticas de Servicios de Urgencia, de Consultorios Externos y si es posible, Internado Rural. Los profesores de las Cátedras fusionadas pasaron a llamarse de Medicina y Cirugía, sin otro apelativo, tanto los profesores Ordinarios como los Extraordinarios.

El número de conocimientos provocados por la especialización médica que no convenía colocar en los programas de los alumnos de pregrado para no prolongar demasiado sus estudios, decidí a la Facultad de Medicina a crear la primera Escuela Chilena de Graduados, es decir, para los médicos en ejercicio profesional, lo que se aprobó en el año 1954. Los Directores de esta Escuela supieron organizar cursos de postgrado de diferentes materias en Santiago y en provincias, propios de la Universidad de Chile, o en combinación con las diversas Sociedades Médicas y las Sedes Provinciales del Colegio Médico de Chile, cursos que en general han tenido éxito hasta hoy. Tuve ocasión de participar en algunos de ellos en calidad de profesor.

El traslado de la Cátedra de Medicina del Prof. Garretón al nuevo hospital Universitario José Joaquín Aguirre, en 1952, me permitió continuar el trabajo Docente-Asistencial. Asumí las funciones de Jefe de Clínica, con la supervisión del trabajo de los Ayudantes y de los Internos en las salas de hospitalización. Mis clases ya no abarcaban las materias de curso completo, sino que se redujeron a los temas cardiovasculares. Otro médicos especializados tomaban las clases correspondientes a su dedicación.

Reemplazaba al profesor cuando se ausentaba, lo que era frecuente porque había sido nombrado Decano de la Facultad, obteniendo que las oficinas del decanato se instalaran en el quinto piso del hospital J. J. Aguirre, donde había un amplio auditorio para las sesiones. El Decanato permaneció cerca de veinte años en estas oficinas, antes de ocupar su sitio actual previsto en la nueva y grandiosa Escuela de Medicina. En 1956, fui nombrado Jefe del Departamento de Cardiología del hospital Aguirre bien equipado instrumentalmente para la época, atendido por diferentes Cardiólogos de los servicios del hospital. Se tenían los medios para efectuar el control hemodinámico y radiológico, los aparatos inscriptores de curva de presión intracavitaria, arteriales y venosas periféricas, electrocardiogramas y fonocardiogramas. Se hacía la atención clínica cardiológica de algunos enfermos de los policlínicos. Teníamos que recibir visitas de algunos especialistas extranjeros eminentes, Médicos Cirujanos, invitados por el

Universidad o por la Sociedad Chilena de Cardiología, fundada en 1948, o de la de Cirugía-Cardiovascular, iniciada en 1953. Estos visitantes nos mostraban su experiencia y comentaban los trabajos que se les comunicaban. A veces conseguimos invitaciones para enviar becarios o visitantes a sus Servicios, lo que se traducía a su regreso, en aumento de la eficiencia de los Servicios de la Universidad.

La Universidad ha tenido siempre varias maneras de dar a conocer su labor docente. Las clases bien preparadas son para los alumnos en formación, son la presentación de lo que está ya bien establecido. Sin embargo, lo principal de la tarea universitaria es investigar, descubrir, y comunicar lo nuevo, que habitualmente se suma a los conocimientos que nos llegan de centros extranjeros y deben comunicarse para la información nacional. Los medios para hacerlos son variados, como reuniones Académicas en lugares de trabajo, sesiones ordinarias de Sociedades Médicas, Cursos de Postgrado, Congresos Nacionales e Internacionales, publicaciones en Revistas nacionales y extranjeras. El gran número de Sociedades Científicas que se han estado formando por los grupos especializados, tienen en calidad de Socios a numerosos Académicos Universitarios, entre los cuales los de la Universidad de Chile ocupan un nivel importante, probablemente por ser la que tiene más personal académico. Frecuentemente, los profesores participan en los Comités directivos y ocupan las Presidencias u otros cargos representativos. Lo mismo sucede en los Congresos Médicos que se realizan en Chile y en los Comités directivos de las revistas que se reparten en el mundo médico. Podemos considerar que todos estos mecanismos constituyen verdaderos medios docentes y de difusión del trabajo médico. Otras Escuelas de Medicina participan también de los mismos medios de enseñanza. La Sociedad Médica de Santiago y la Revista Médica de Chile son un ejemplo de este tipo de colaboración docente desde hace 120 años. Como otros profesores, he sido agraciado con la Presidencia de la Sociedad en 1970, y la Revista me ha publicado numerosos artículos.

Los medios de información de masas han venido tomando importancia en los últimos años. Diarios, revistas no médicas, emisiones radiales y televisivas ofrecen cada vez con más frecuencia programas con temas médicos, quirúrgicos, terapéuticos, de salud, de ética o de cualquier otra especialidad, para información del público lector o auditor. A veces, las indicaciones de nombres de profesionales, se prestan para malas interpretaciones sobre sus objetivos. Son problemas para ser abordados por quienes se ocupan de ética profesional, como Facultades de Medicina, Colegio Médico, Sociedades Científicas.

La acción de algunos profesores de la Universidad de Chile fue también importante en aspectos legales médico-sociales. En 1924, el profesor universitario Dr. Exequiel González Cortés, Senador de la República, propició e hizo promulgar la Ley del Seguro Obrero Obligatorio, según modelo

alemán, para proteger la salud y la jubilación de los obreros. Parece haber sido la primera Ley médico-social en Sudamérica. En 1938, el Prof. Eduardo Cruz-Coke, Ministro de Salud, hizo aprobar por el Parlamento la Ley de Medicina Preventiva, que se aplicaría en empleados y obreros, para descubrir precozmente y tratar tres grupos de enfermedades frecuentes en esa época: las afecciones cardiovasculares, la tuberculosis y la sífilis. Dio lugar a una intensa actividad de Consultorio Externo para encontrar estos enfermos y tratarlos. El mismo Ministro precisó por Ley la ayuda Materno-Infantil que tanto ha influido en la sobrevivencia de los lactantes. Otros acontecimientos legales fueron propiciados en 1952 por el Ministro Prof. Jorge Mardones Restat. Se creó el Servicio Nacional de Salud para que el Estado dirigiera todos los hospitales y consultorios que pertenecían a las Juntas de Beneficencia Pública. Se estableció la Ley del Médico Funcionario, que regulaba los sueldos y horas de trabajo médico en el Servicio de Salud, en las Universidades y en otras Instituciones médicas. Nació el Colegio Médico de Chile para vigilar y orientar el trabajo médico, imponiéndose que todos los médicos debían afiliarse a él. Algunas de las disposiciones de estas leyes fueron modificadas posteriormente.

Otra medida importante para reunir a los Médicos distinguidos por su trabajo, y obtener de ellos indicaciones sobre la evolución profesional fue la creación en 1964 de la Academia Chilena de Medicina, incluida entre las seis Academias que formaron el Instituto de Chile, ley inspirada y obtenida del Congreso por el Prof. Alejandro Garretón Silva, Ministro de Educación. La mayoría de los 35 miembros de número entre los cuales estoy, fueron y siguen siendo elegidos entre los profesores de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. También los hay de otras Facultades e Instituciones nacionales o extranjeras.

En 1964 tuve que abandonar el hospital Universitario para ingresar, enviado por el Decano Prof. Amador Neghme, al Servicio de Medicina del hospital Barros Luco-Trudeau, en calidad de profesor contratado para organizar la docencia junto con otros profesores de la Universidad de Chile, en la zona sur de Santiago. Me encontré, en el Servicio de Medicina, con algunos médicos jóvenes que habían sido anteriormente mis alumnos. La estructura clínica docente se logró en poco tiempo por la buena acogida que nos dieron el Director del hospital, los Jefes de Servicios Hospitalarios y muchos de sus Ayudantes que se demostraron aptos para la docencia, y pudieron acceder a cargos universitarios. También llegaron a los Servicios o Cátedras algunos especialistas formados en otras áreas del Servicio de Salud o de la Universidad, para reforzar los equipos especializados en formación.

Comenzamos con un curso reducido a la parte semiológica en Medicina y Cirugía en 1964. Al año siguiente, llegaron algunos Internos formados en otras áreas para terminar en este hospital su programa de estudios, y pudimos recibir cerca de 60 alumnos para cursar, en los tres años siguientes,

tes, sus programas de Medicina y Cirugía. Después tuvimos cursos pequeños, de 30 ó 35 alumnos, que se iniciaban cada año para terminar con el Internado. Entre los años 1965 y 1967 inclusive, la Universidad Católica de Chile envió a un grupo de alumnos de 3<sup>er</sup> año que se unió al curso de la Universidad de Chile, experiencia que fue del agrado de los alumnos, pero que no pudo continuarse por otros inconvenientes. La dirección hospitalaria facilitó la presencia de alumnos en los Consultorios Externos, y la de Internos en Consultorios periféricos. Tuvimos la satisfacción de anotar el interés de los alumnos de la Universidad de Chile para ingresar al Área Universitaria Sur.

La Escuela de Graduados comenzó a enviarnos médicos becados para especializarse, y concedió la regionalización de las Cátedras del Área Sur con los hospitales de las provincias de O'Higgins y Colchagua, estableciéndose reuniones periódicas en Rancagua, San Fernando y otros pequeños hospitales de la zona. Se organizaron en ellos los Internados Rurales. Cuando el Jefe de Servicio de Medicina, Dr. Osvaldo Pérez Zañartu, que nos había recibido y ayudado con tanto interés, jubiló en 1978, pude asumir la Jefatura del Servicio que dejaba.

Con el Estatuto Universitario, que entró en vigencia en 1972, cambió la organización docente. Vale la pena recordar que antes de esa fecha, la Facultad de Medicina estaba formada por dos tipos de profesores: los Ordinarios y los Extraordinarios. Los primeros eran los jefes de Cátedra elegidos por la Facultad, sin que existiera concurso. Estos profesores eran los administradores de sus Cátedras, y nombraban sus Ayudantes y sus profesores Auxiliares. Formaban parte, por derecho propio, de los Consejos de Facultad. En cambio, los profesores Extraordinarios, eran nombrados a solicitud del interesado y tenían que presentar una tesis original y rendir un examen, que en realidad era una clase sobre un tema sorteado el día anterior. Este profesor podía ejercer docencia donde trabajaba, aunque no fuera Cátedra universitaria, no tenía facultades administrativas docentes, y sólo podía asistir a las reuniones de Facultad, cinco años después de su nombramiento. Solían reemplazar a un profesor Ordinario cuando vacaba la Jefatura de una Cátedra. Los profesores Ordinarios y Extraordinarios fueron suprimidos en el año 1972 con el nuevo Estatuto Universitario nacido de la llamada reforma. Todos fueron entonces confirmados como profesores Titulares según la nueva terminología. Se creó una nueva carrera universitaria obligatoria para todos los que hacían docencia. Se estipulaban cinco categorías de docentes: Ayudante o Instructor Segundo, Ayudante o Instructor Primero, Profesor Asistente, Profesor Asociado y Profesor Titular. Había que justificar la entrada al escalafón o su ascenso, con trabajos publicados y actividades académicas, ante una Comisión de Evaluación de la Facultad. Sólo se llega a profesor Titular por cumplimiento de la carrera docente. No son pocos los que no desearon ser profesores Extraordinarios y que han llegado a ser Titulares. Para muchos,

parece más justo que los grados académicos reúnan antecedentes semejantes, sin que influyan en los nombramientos factores de amistad o de política. Se creó también una Comisión Superior de la Universidad encargada de aprobar las resoluciones de la Comisión de la Facultad o de atender los reclamos de los Académicos insatisfechos.

Junto con la nueva carrera, el Estatuto del año 1972 dispuso otras medidas estructurales en la Universidad. Desde esa fecha es el Departamento que reúne varios ramos y cátedras afines, lo que constituye la estructura fundamental de la Universidad. Los Jefes de estos Departamentos son elegidos por votación de sus Académicos, entre los profesores Titulares o Asociados que tienen entre su personal.

El nuevo Estatuto estableció que habría cuatro Vicerrectorías en Santiago, cada una con su respectiva Facultad de Medicina. La del Área Norte tuvo la estructura departamental más completa, como heredera de los locales y de los Académicos de la antigua Facultad en el Área Norte. La Facultad de Medicina-Sur era tal vez la menos organizada, a pesar de estar constituida por la reunión de las cátedras que funcionaban en las Áreas Central y Sur del Servicio de Salud, bastante separadas físicamente la una de la otra. Cuando el personal docente de cada Facultad debió elegir su Decano, fui el designado en la Facultad-Sur.

Me parece que sería demasiado extenso prolongar estos recuerdos personales, señalando las numerosas actividades e impresiones obtenidas durante este Decanato, que fue muy movido por las dificultades que fue preciso vencer para llegar a tener locales administrativos definitivos y programas docentes favorables. Los cambios políticos de esos años no facilitaban la obtención de los recursos que faltaban, y que no eran pocos. La buena voluntad de los jefes superiores, universitarios y asistenciales, no lograba satisfacer lo necesario. En 1976, se me solicitó la renuncia al Decanato, como a varios otros, lo cual aproveché para obtener mi jubilación y quedar reducido a actividades docentes mínimas para satisfacer mi voluntad de trabajo en el Departamento de Medicina del Área Sur. El nuevo decano de la Facultad Sur, Prof. Eduardo Cassorla, me hizo recompensar con el título de profesor Emérito. Me sugirió también dedicarme a organizar en nuestra Área la enseñanza de la Ética Médica que aún no estaba definida.

Terminada la división de las Facultades de Medicina, y vuelta a ser única en 1981, fui llamado por el Prof. Armando Roa a formar parte de la Comisión de Ética, Cultura e Historia de la Facultad Única, de la cual era y sigue siendo Presidente. Tengo la honra de seguir formando parte de esa Comisión, y he tenido la oportunidad de efectuar algunas clases en los cursos que proyecta.

Al cumplir el año pasado 60 años de labor docente, me pareció justo y adecuado por mi edad renunciar a la enseñanza de la Clínica Médica, actividad Académica que tal vez los jóvenes alumnos ya no aprecian, so-

metidos a la tecnificación del ejercicio profesional que ven desarrollarse. Mis labores Universitarias y Profesionales han satisfecho mi vocación de ayuda al prójimo. Debo recordarlas y agradecerlas permanentemente.

## RECUERDOS DE LA CÁTEDRA DE MEDICINA DEL PROFESOR ALEJANDRO GARRETÓN

*Dr. Camilo Larraín Aguirre*

**L** LEGUÉ AL SERVICIO DEL DR. GARRETÓN conducido por el azar. Al finalizar el sexto año de Medicina se sorteaban las vacantes disponibles en los diversos hospitales de Santiago a los que la Universidad de Chile enviaba sus alumnos con el objeto de que cumplieran con su período de internado, fui destinado a un Servicio de Cirugía del hospital del Salvador, pero cuando en el mes de marzo de 1942 me presenté en ese servicio me encontré que mi sitio ya había sido asignado a otra persona. Me enviaron al antiguo hospital San Juan de Dios ubicado en la avenida Bernardo O'Higgins entre las calles Santa Rosa y San Francisco y cinco meses después una vez finalizada mi estada en Cirugía, una mañana de agosto traspuse el portón que daba acceso al hospital San Francisco de Borja o como siempre se le llamó, el hospital San Borja. Éste ocupaba un extenso terreno vecino a la plaza Baquedano que se extendía en profundidad entre la avenida Bernardo O'Higgins y la calle Marcoleta y su frontis daba a la primera de estas calles. La fachada era de ladrillos y el edificio se continuaba hacia el oriente con la Maternidad, servicio que funcionaba como una entidad aparte. La amplia puerta de entrada daba acceso a un recinto cuadrangular, con piso de baldosas separado del hospital por una hermosa puerta de hierro forjado.

El hospital San Borja era de antigua construcción (1873) y su distribución era la de todos los hospitales de la época, alrededor de un extenso jardín de anticuado diseño en el que se erguían árboles frondosos, se disponía el cuerpo del hospital. El terreno ocupado por el jardín estaba circundado por dilatados corredores abiertos, con pavimento de piedra provistos de columnas de madera, a lo largo de los cuales se alineaban las puertas de las grandes salas del hospital dispuestas perpendicularmente al espacio central. Las salas albergaban 30 o más camas, sus muros de adobe eran gruesos y las ventanas muy altas, más parecían claraboyas. Piezas pequeñas construidas en los extremos de las salas y comunicadas con éstas albergaban instalaciones anexas en las ubicadas en la vecindad del corredor estaban la secretaria y la oficina del jefe del servicio y algunos rudimentarios laboratorios. El servicio al cual yo llegaba tenía 3 salas de mujeres, Purísima, San Borja y Santa Rita y una sala de hombres, la sala San Juan, ubicada muy lejos de las anteriores y separada de éstas por largos corredores de intrincado recorrido.

Desde la puerta de entrada, a través de los árboles se divisaba al fondo la hermosa iglesia del hospital, que según se decía había sido construida

con la herencia de una de las religiosas de las Hermanas de la Caridad, congregación que colaboraba con eficacia y abnegación en el cuidado de los enfermos; esta iglesia es el único edificio del hospital que aún existe, ya que éste fue demolido hace ya muchos años. El jefe del servicio era el Dr. Alejandro Garretón, profesor de Patología Médica de la Universidad de Chile, yo había sido su alumno en esa asignatura 5 años antes. Sus clases las hacía en la Escuela de Medicina ubicada en el mismo sitio de la actual, en la calle Independencia en un pabellón de un piso rodeado por hermosos jardines que lo separaban del imponente edificio de ésta, asistíamos a esas clases 3 veces por semana a las 6 y media de la tarde a lo largo de 2 años. El profesor dictaba la materia que abarcaba toda la Medicina Interna, era entonces un hombre joven, de aspecto distinguido, elegantemente vestido y de modales afables, serio sin terquedad, su exposición era clara, muy documentada, ilustrada por numerosas tablas, y con frecuentes citas de autores norteamericanos, lo que constituía una gran sorpresa para nosotros habituados a los textos de autores franceses o alemanes. En su servicio en el hospital San Borja hacían su práctica de Medicina los internos que enviaba la Universidad. Con la llegada del profesor Garretón en 1928 ese hospital había recuperado su calidad docente que había perdido en 1920 al pasar al hospital del Salvador la Cátedra de Obstetricia que funcionaba ahí sin interrupción desde 1872. Muy poco antes de mi llegada al hospital San Borja el Dr. Rodolfo Armas Cruz, que tenía a su cargo una Cátedra de Patología Médica paralela a la del profesor Garretón la que funcionaba en el servicio de éste, obtuvo la jefatura de Medicina del hospital San Juan de Dios y en su siga se alejaron numerosos médicos que se sentían muy ligados a él. Ello significó un merma importante que favoreció la incorporación posterior al servicio del profesor Garretón a los que ese año hacíamos el período de internado. El servicio al cual llegaba tenía mucho prestigio, en él el Dr. Luis Hervé había iniciado los estudios de electrocardiografía en Chile y yo recuerdo haber visto enmarcado en una pared el trazado del primer electrocardiograma hecho en el país. El Dr. Hervé obtuvo su título de Profesor Extraordinario de Patología Interna ese año (1942) y su inteligencia y simpatía atrajo a varios de mis compañeros, los que ya médicos se incorporaron al servicio bajo su dirección, entre ellos Roberto Pichard, con los años destacado cardiólogo; Oscar Mackenney, electrocardiografista connotado; Fernando Durán, excelente internista; otros como Oscar Peralta y pocos años después Emilio Amenábar se interesaron en Gastroenterología siguiendo la estimulante dirección del Dr. Alberto Donoso Infante. Armando González y yo hicimos el internado en la sala Purísima y luego en la sala San Juan bajo la tuición del Dr. Antonio del Solar Valenzuela, muy respetado ya a pesar de su juventud por su experiencia y criterio. El Dr. del Solar trabajaba también en las mañanas en la Asistencia Pública y llegaba todos los días a las 11 de la mañana a la sala Purísima, pasaba visita hasta la una y media

de la tarde en días alternados con Armando González y conmigo, era muy estudioso y entusiasta devoto de la literatura médica norteamericana, nos facilitaba generosamente sus libros y revistas médicas; con él trabajaban en esa sala los Drs. Miguel Barriga, Julio Valdés (compañero de estudios del Dr. Garretón y su amigo de muchos años), y el Dr. Hernán Moya Bravo buen internista que se interesó posteriormente en Salud Pública, con ellos pasábamos una primera visita a los enfermos más temprano cada mañana. Los Drs. Alejandro Deussillant y Moisés Brodsky que se iniciaban en Cardiología trabajaban en la sala San Juan y estaban ligados por una estrecha amistad con el Dr. Del Solar. Alrededor de éste se formó un grupo en el que además de los ya mencionados se agregaron posteriormente Manuel Rioseco y Norberto Sainz (gran propagandista de la medicina española) ambos internistas y Silvio Bruzzone interesado en Endocrinología.

En ese tiempo era un gran honor trabajar en un servicio de hospital dirigido por un profesor de la Facultad de Medicina, trabajo realizado casi invariablemente ad honórem pero reconocido como tal por la Beneficencia Pública y la Universidad de Chile. Así llegué a ser médico del Servicio de Medicina del Dr. Garretón. Como he dicho más arriba el número de médicos que atendía ese servicio de 120 camas se había visto muy reducido, por lo que nuestra llegada fue bienvenida, especialmente por el entusiasmo y la buena voluntad que demostrábamos, lo que compensaba nuestra inexperiencia.

Veo ahora claramente que el Dr. Garretón se propuso canalizar nuestro interés y darnos una disciplina de trabajo. Existía ya para cada enfermo una ficha en la que nosotros los médicos tratantes consignábamos la historia clínica. En la primera hoja de la historia arriba y a la derecha estaba escrita a la manera de epígrafe, la sentencia hipocrática: "Nada sin un plan, nada inadvertido". Había que emitir una hipótesis diagnóstica y en el momento del alta una epícrisis que eran revisadas por los jefes de sala. Teníamos una reunión clínica semanal a la que asistían los aproximadamente 25 médicos del servicio bajo la dirección del Dr. Garretón, éste diseñó una hoja especial de presentación clínica que incluía citas bibliográficas que debíamos haber consultado, también tuvimos muy luego una reunión semanal de anatomía patológica para lo cual también diseñó el Dr. Garretón una hoja especial que quedaba archivada después en la dirección del servicio. La presentación del caso, cuyo diagnóstico anatomopatológico se revelaba después de la discusión clínica era seguida de la presentación de las piezas anatómicas. Los patólogos que estaban siempre presentes eran el profesor Héctor Rodríguez y el Dr. Orlando Badínez, posteriormente profesor de Embriología de la Escuela de Medicina. Asistía con frecuencia invitado por el Dr. Garretón el profesor Max Westenhoeffer ya muy anciano que había sido discípulo y estrecho colaborador de Virchow. Contratado por el Gobierno de Chile había formado a la mayor parte de los

anatomopatólogos chilenos en 2 períodos separados del tiempo, 1905-1911 y 1930-1933. Había regresado a Chile después de la Segunda Guerra Mundial gracias a una gestión del gobierno de nuestro país, pues luego de la primera edición en Berlín (1942) "Der Eigenwert des Menschen" había experimentado grandes padecimientos en su patria, de este libro la Universidad de Chile publicó una edición en español con el título de "El camino evolutivo y el origen del hombre" (1952). Recuerdo que en una reunión a la que asistía el profesor Westenhoeffer se presentó un caso de una pancitopenia que en la médula ósea tenía casi exclusivamente plasmocitos. Opiné muy enfáticamente y con gran convencimiento que en mi opinión se trataba de un típico caso de mieloma múltiple (en ese tiempo los anatomopatólogos hablaban de mielomas eritroblásticos, mielocíticos megacariocíticos, etc., no se sabía aún que el mieloma múltiple es siempre un tumor plasmocitario). El profesor Westenhoeffer que ocupaba un asiento delante del mío se dio vuelta hacia mí y me dijo en un tono irónico en su imperfecto castellano: "Es mieloma para usted". No agregé una palabra más. Tampoco estuvieron de acuerdo en ese diagnóstico los demás anatomopatólogos por lo que al día siguiente llevé al Dr. Badínez la revista cuyas láminas mostraban sólo plasmocitos en los estudios citológicos de la médula ósea en el Mieloma Múltiple. Han pasado los años y ahora creo que en el caso en cuestión el diagnóstico correcto no era el de mieloma múltiple sino de anemia aplásica, enfermedad en la que hay muchos plasmocitos en la médula ósea; al Dr. Westenhoeffer no le faltaba razón al dudar del diagnóstico que yo emitía tan presuntuosamente.

En 1944 en una reunión clínica el Dr. Garretón nos anunció que a partir de ese momento y de acuerdo al nuevo plan de estudios de la Facultad de Medicina el servicio pasaba a llamarse "Cátedra de Medicina del hospital San Borja". Terminaba así el antiguo plan de estudios que se había iniciado casi un siglo antes, en 1863, a instancia del entonces Decano José Joaquín Aguirre, basado en el método de enseñanza que se seguía en Francia: dos años de estudios básicos (anatomía, fisiología); dos años dedicados al conocimiento teórico de las enfermedades y dos años de práctica clínica. A este esquema se habían ido agregando las nuevas disciplinas cuyo aprendizaje se hizo necesario, incluyendo las especialidades médico-quirúrgicas, todo lo cual culminaba en el internado. Con el nuevo plan los alumnos dirigidos por médicos monitores se incorporaban de lleno a las salas del hospital en las mañanas y recibían su enseñanza junto al lecho del enfermo, debían estar durante 2 años la mitad del año en una Cátedra de Medicina y la otra mitad en una Cátedra de Cirugía cuyas relaciones debían ser muy estrechas.

Las acomodaciones disponibles en el hospital eran en extremo sencillas. Ya he mencionado la atención de los pacientes hospitalizados; en las piezas contiguas a las salas del servicio se fueron instalando los laboratorios de las subespecialidades médicas que hacían entonces su aparición. En una

pequeña pieza cuya puerta de entrada daba a la sala San Borja estaba el laboratorio de hematología; un microscopio monocular y sobre un mesón contiguo algunos frascos que contenían colorantes, además de un lavatorio destinado al aseo del material eran su modesta dotación; en una pieza similar contigua a la sala Santa Rita estaba ubicado el laboratorio de Gastroenterología en donde el Dr. Donoso Infante realizaba endoscopías, y al fondo de la sala San Borja la pieza en la cual se tomaban los electrocardiogramas. Se agregó posteriormente un laboratorio destinado a la realización de análisis químicos y bacteriológicos de sangre y orina a cargo de Esteban Maldonado y Hugo Ramírez. En los años siguientes y al iniciarse la década de los años cincuenta la llegada de Jorge Zapata permitió iniciar estudios hemodinámicos de gran ayuda en el diagnóstico de las cardiopatías valvulares cuyo tratamiento quirúrgico se iniciaba en los diversos hospitales de Santiago. De Jorge Zapata tengo un recuerdo melancólico, había partido 2 años antes a Francia con el objeto de especializarse en Cardiología, vuelto al país volcó con entusiasmo la experiencia adquirida en la exploración hemodinámica de los enfermos del servicio; dicha exploración obligaba a una prolongada exposición en la pantalla radioscópica, lo que probablemente favoreció la aparición de la enfermedad que puso término a su vida. Por sus condiciones personales, su inteligencia y don de gentes, Jorge Zapata estaba llamado a desempeñar un gran papel en la cardiología chilena, la Providencia dispuso otra cosa.

En el año 1953 nuestro trabajo en el hospital experimentó un gran vuelco. Con el fallecimiento del profesor Ramón Vicuña quedaba vacante una de las Cátedras de Medicina del nuevo Hospital Clínico. El Dr. Garretón era el Decano de la Facultad de Medicina desde el año anterior. Había competido en una reñida elección y había sido derrotado, pero el nuevo Decano muy luego comprendió que la tarea superaba sus fuerzas y tras su renuncia fue muy evidente que la persona que podía asumir la enorme responsabilidad de dirigir la Facultad y de conducir a buen término la construcción de la nueva Escuela de Medicina, era el Dr. Garretón. Éste decidió trasladar su servicio al Hospital Clínico.

Me sentí deslumbrado al recorrer el nuevo hospital y contemplar sus salas amplias y bien iluminadas, el flamante equipamiento, y el adecuado espacio para laboratorios y servicios auxiliares. Los diversos servicios se estaban recién instalando; como albergaban a Cátedras, cada profesor deseaba que éstas tuvieran el mayor número de camas y en consecuencia en casi todas las piezas de los cinco pisos, en los martillos e incluso en el subterráneo había camas para acomodar enfermos. El servicio del Dr. Garretón ocupaba el tercer y cuarto piso en el sector A, tenía 100 camas y espacio disponible para instalar laboratorios anexos. Era una de las tres Cátedras de Medicina, la Cátedra D; las otras dos estaban a cargo del Dr. Oscar Avendaño y del Dr. Ramón Valdivieso, había otros dos servicios de medicina destinados a la enseñanza oficial de Semiología, dirigidos también

por profesores, los Drs. Domingo Urrutia y José Manuel Balmaceda. De acuerdo al sistema de enseñanza imperante cada Cátedra de Medicina trabajaba en conjunto con una Cátedra de Cirugía con la que tenía incluso vecindad física. La relación médico-quirúrgica era muy estrecha en cada pareja de Cátedras, pues educaban a los mismos alumnos y atendían incluso los mismos enfermos; pero por esa misma razón la relación era distante con las otras Cátedras de Medicina y Cirugía cuyo trabajo, por lo menos en un comienzo, a mí me resultaba tan remoto como el que se llevaba a cabo en otro hospital. Después el trabajo clínico nos fue acercando y la comunicación se hizo fácil. Los alumnos hacían sus cuarto y quinto año de Medicina en las mismas Cátedras con lo que recibíamos un nuevo grupo cada tercer año. Como una consecuencia de esta organización cada Cátedra tenía sus propios especialistas y laboratorios y la enseñanza la impartían sus docentes sin que participaran en ella médicos de otras Cátedras. Existía, pues, duplicación de funciones y mayor gasto en equipamiento, lo que con el tiempo se fue corrigiendo con la creación de los "Centros" de Gastroenterología, Cardiología y Endocrinología.

En el hospital existía un tremendo impulso de superación. Tanto los profesores como el resto de los docentes estaban ansiosos de mejorar las condiciones de trabajo y de aplicar la nueva tecnología que se utilizaba en los grandes Centros Médicos de los Estados Unidos de Norteamérica y en Europa. El Decano reglamentó mediante un concurso de antecedentes el otorgamiento de becas que entonces entregaban la Fundación Kellogg, la Fundación Rockefeller y el Gobierno Francés, con lo que un número importante de médicos del hospital viajó al exterior, entre ellos algunos de la Cátedra D, el Dr. Moisés Brodsky a un servicio de cardiología en Francia, yo viajé a Washington al hospital Walter Reed (hematología), Emilio Amenábar a Chicago (gastroenterología), Armando González a Italia (medicina interna), Hugo Ramírez a la Clínica Mayo y algunos años después los más jóvenes, todos ex alumnos de la cátedra, Italo Zanzi a USA (endocrinología), Hugo Cohen también a USA (cardiología), Jorge Torretti a Boston (nefrología), Mario Andreis también a USA (reumatología). Todo esto trajo un progreso evidente en la manera de trabajar y en la enseñanza. En las décadas de los años 50 y 60 el servicio y el hospital tenían una actividad febril. Dirigidos por el Dr. Garretón trabajábamos bien, en la Cátedra D teníamos una reunión clínica semanal a la que asistían los alumnos; además un ejercicio anatómico semanal en el que se discutía el diagnóstico de un paciente ya fallecido del que ignorábamos el resultado que arrojaba la necropsia; el médico encargado de la discusión, escogido por orden alfabético, debía fundamentar un diagnóstico e idealmente acertar con éste. Se trataba de un ejercicio de evidente utilidad, con alguna frecuencia sucedía que el resultado de la necropsia difería del diagnóstico propuesto, pues se trataba de casos complicados y dado que yo era el encargado de la redacción del resumen de la historia clínica era

el blanco invariable de los reproches de éstos que encontraban que yo ocultaba información con el objeto que el caso resultara más espectacular, naturalmente debía llegar también el momento en que yo discutiera un caso de éstos, pero yo me las arreglé para que esto no sucediera. Teníamos también una reunión quincenal en la que se analizaba la calidad de las historias clínicas de los pacientes que atendíamos, lo que condujo a la confección de historias clínicas de gran perfección, las mejores que se hayan hecho en el hospital. Con tantas exigencias sucedía que algunos médicos postergaban su entrega o no las entregaban a pesar de los requerimientos de que eran objeto y sucedió que el comprador de un automóvil devolvió a la secretaria del servicio un número considerable de historias clínicas que había encontrado en la maleta de éste. Nos enteramos de esta extraña manera que uno de nosotros cambiaba su automóvil y vendía el antiguo con todos sus accesorios, historias clínicas incluidas. El trabajo de la semana culminaba los días sábado a las 11 de la mañana en la gran reunión académica a la que asistían todos los médicos de los servicios de medicina del hospital. Era un espectáculo solemne que se llevaba a cabo inicialmente en el gran auditorio del servicio de anatomía patológica, actual auditorio Croizet y posteriormente en el auditorio Brockmann y en ella representantes de las diferentes Cátedras presentaban casos clínicos, anatomoclínicos o se reunían en mesas redondas en las que se discutían problemas clínicos de gran interés. De más está decir que la preparación de cada una de las reuniones de los sábados demandaba un gran esfuerzo. En una ocasión en la que traté de desligarme de mi participación en una mesa redonda alegando otras ocupaciones recibí del Dr. Garretón la temida respuesta: “Las cosas las hacen las personas ocupadas” y me vi obligado a aprenderme en sólo una semana todo el contenido de un libro de Inmunología con el objeto de desempeñar un papel por lo menos decoroso en la reunión del sábado siguiente.

La visita médica era diaria, en el tercer piso la dirigía el profesor Hervé y en el cuarto piso el Dr. A. del Solar, asistían a ellas los internos y alumnos y de más está decirlo, los médicos de las salas, entre ellos Rafael Kahler, Inés Morales y su esposo Manuel Godoy, Manuel Gómez, Santiago Haiquel, más tarde Director del hospital, Jorge y Pedro Sanhueza (hermanos) y el pintoresco Oyama Valenzuela. Después se agregaron los médicos que venían del servicio del profesor Balmaceda: Arturo Jarpa, quien fue después Director del Departamento de Medicina y los Drs. Miguel Ángel Muñoz, Roberto Troncoso, Osvaldo Soto y Daniel Ogueta.

Las especialidades médicas ya en pleno desarrollo disponían de buenas instalaciones y equipamiento. En hematología trabajábamos con los Drs. Claudio Zúñiga y Kurt Gerber; nuestro entusiasmo se vio recompensado por la donación de equipo por valor de cien mil dólares, calculado en moneda de hoy, que a instancias del Dr. Garretón y gracias a su prestigio hizo la Fundación W. K. Kellogg. En la Cátedra se habilitó un laboratorio

para investigación nefrológica que dirigía el Dr. Jorge Torretti. Los gastroenterólogos que ya se habían reunido con sus congéneres de otros servicios en una gran unidad de diagnóstico e investigación, el centro de gastroenterología, fueron favorecidos por una cuantiosa donación de la Fundación Kellogg también a instancias del Dr. Garretón; el profesor Alberto Donoso fue su primer Director, ahí trabajó con ahínco en histopatología y citología hepática Emilio Amenábar y en endoscopia Manuel Godoy, los tres médicos de la Cátedra. Ésta apoyó también la creación de una unidad cardiológica que se equipó con dinero que donó la Fundación Rockefeller. Se integraron a esta gran unidad cardiológica que pasó a llamarse Centro de Cardiología, los especialistas de la Cátedra D, el profesor Hervé que la dirigió, los Drs. Hugo Cohen de preciado recuerdo Aldo Castillo, Moisés Brodsky, Jorge Sanhueza, Alberto Cohen y Pedro Schwartzmann.

En sus quince años de existencia, que van de 1953 a 1968, la Cátedra D de Medicina participó en todas las reuniones de la Sociedad Médica y de sus filiales y representó a la Medicina Chilena con aportes en Congresos Nacionales e Internacionales. Dos de sus médicos fueron presidentes de la Sociedad Médica de Chile, otros ocuparon repetidamente presidencia de las Sociedades filiales de ésta, dos obtuvieron su título de Profesor Extraordinario después de someterse a las rigurosas pruebas que exigía el reglamento de esa época, y tres de ellos fueron posteriormente directores del actual Departamento de Medicina del hospital. El número de publicaciones en revistas científicas fue muy grande y de la Cátedra salieron 5 libros médicos: "La formación de la personalidad del médico" (1966) y "Las diátesis hemorrágicas" (1967).

En total un elevado y prestigioso aporte a la enseñanza médica y al progreso de la Medicina Chilena.

El profesor Garretón, jefe de la Cátedra hizo toda su carrera académica en la Universidad de Chile. Había nacido en 1900, es fama que fue un alumno destacado, recibió su título de médico en 1923 y muy joven, en 1927, llegó a ser Profesor Extraordinario de Patología Médica para lo cual escribió una tesis "El Reumatismo Cardíaco Evolutivo" y dio los exámenes de rigor. Fue nombrado luego Profesor Titular de esa asignatura y según lo asevera el profesor Rodolfo Armas, quien lo conoció en el servicio de profesor Brockmann, fue el primero en dictar un curso en el que se describían en forma ordenada y sistemática todas las enfermedades que comprendía la Medicina Interna. Ya he mencionado cómo y en dónde hacía este curso. En 1942, optó al título de Profesor de Clínica Médica con este propósito escribió una tesis "La Digital", libro que publicó la editorial Zig-Zag y rindió el examen correspondiente. Dos años después lo vemos ya profesor de Medicina y al iniciar el primer curso escribió un libro "La Cátedra de Medicina del Hospital San Borja" publicado en 1945 impreso por la Editorial Universitaria (240 páginas), una guía teórico-prác-

tica destinada a los estudiantes que iniciaban su curso de Medicina Interna ese año. En él se explicaban los conceptos necesarios para emprender el estudio de ésta (analiza los 12 puntos que a su juicio son básicos para comprender la enfermedad), describe luego la técnica que se debe seguir en la confección de la historia clínica, a la que denomina “la página de un libro escrito por uno mismo” y a continuación los caracteres de los distintos conjuntos sindrómicos y los hechos más importantes que hay que buscar en la anamnesis, en el examen físico y en el estudio diagnóstico de éstos, anota después recomendaciones acerca de lo que es la Medicina Interna y sus especialidades, enumera una bibliografía que el alumno debe consultar, y describe con bastante detalle los diversos exámenes de laboratorio y pruebas funcionales que entonces estaban en boga. No sé de ningún profesor de la Facultad de Medicina que haya entregado a sus alumnos, con el objeto de orientar su aprendizaje, una guía de estudios tan completa y tan llena de útiles sugerencias. Veinte años después recogió toda la experiencia obtenida en tantos años dedicados a la enseñanza en otro libro, dedicado esta vez tanto a los alumnos como a los médicos, principalmente a estos últimos “La formación de la personalidad del médico” (Ediciones de la Universidad de Chile, 175 páginas, Santiago, 1967), un libro notable por la riqueza de sus observaciones y la calidad de la información que entrega, que todos los médicos que se inician en el ejercicio profesional debieran leer. Se traslucen en este libro los ideales que animaban al Dr. Garretón como puede deducirse de las líneas que siguen: “Pensamos que la personalidad del médico la integran íntimamente unidos como una configuración única, dos elementos básicos. El primero es su competencia científica y técnica, la cual debe llegar al más alto grado posible. El segundo está representado por un conjunto de cualidades de diverso orden, entre los cuales destacamos su conducta moral, su sentido humano, la comprensión en un nivel justo de los problemas del paciente, el trato, la tolerancia, la bondad, y además de todo esto, el grado de su cultura, es decir, un refinamiento individual de las ideas generales acerca de la filosofía, la literatura, la historia y el arte. Así, sobre la estructura de una base estrictamente médica se hace necesario agregar algo como una superestructura de carácter espiritual. Es como un conjunto de momentos de la esfera intelectual y afectiva sometidos al control de las emociones. De esta manera se configura la personalidad del médico”. Anota más adelante que compete al médico “llevar al medio ambiente en que va a actuar el llamado espíritu universitario”, explica a continuación en qué consiste éste y concluye que “se trata de una misión moral, por sigüiente no escrita que su ‘alma mater’ le encomienda para todas las horas de su vida”.

Este libro muestra una característica de la personalidad del Dr. Garretón que es muy excepcional. La mayor parte de los médicos ejercemos nuestra profesión con habilidad mayor o menor, pocos son los que con sus observaciones originales hacen avanzar el conocimiento científico, muy

escasos son aquellos que además de su saber clínico y de su cultura general tienen la capacidad de reflexionar certeramente acerca de la condición de la medicina de su tiempo y de los problemas que en ese momento afrontan los médicos y están en condiciones de dar directivas orientadoras. En ese grupo están médicos de la talla del Dr. William Osler (canadiense) autor de un texto de Medicina Interna que alcanzó 16 ediciones y de numerosos artículos en los que analiza a los médicos y a la medicina de comienzos de este siglo, está también el Dr. Gregorio Marañón, profesor de clínica médica, literato y pensador médico —basta recordar su libro “Vocación Ética”— gloria de la Medicina Española, y entre nosotros está el Dr. Garretón; el libro lo escribió mientras ejercía su Cátedra de Medicina, aprovechando la experiencia aprendida en ésta. Tuvo muchos otros intereses, el país aprovechó de ellos. Fue Ministro de Educación, creó el Instituto de Chile y participó en iniciativas de bien público; pero fue en su Cátedra de la Facultad de Medicina en donde se expresó mejor. Sus ayudantes fuimos afortunados al tenerlo como nuestro jefe, pues fue siempre amable y tolerante, de trato fino y elegante, erudito sin pedantería, magnánimo sin debilidad, poseía un carácter firme que le permitió imponer sus puntos de vista con autoridad. Lo más importante, supo imprimir en nosotros una devoción por la Universidad.

Estos son mis recuerdos de los 25 años que trabajé en la Cátedra de Medicina del profesor Garretón. Nada de lo que he relatado podía yo imaginar cuando traspuse la puerta del hospital San Borja esa mañana del 17 de agosto de 1942.

Evanston, Illinois, 17 de mayo de 1956

Vengo llegando de Battle Creek en donde he sostenido una prolongada entrevista con toda la plana mayor de la Kellogg Foundation. Tengo una gran impresión que hemos dado un paso muy importante. El documento que Ud. vio ha causado una magnífica impresión. Se hicieron copias especiales y fue estudiado con todo detalle. Se hará un programa de 3 ó 4 años que incluye becas y equipo. He escrito hoy mismo una extensa carta a Neghme\*\*. Todo mi esfuerzo en torno de esta gestión frente a la Fundación Kellogg parece que tendrá resultado, no tanto como esperábamos, pero en buena proporción. Sueño con la idea que el hospital tendrá un alto rango.

\*Carta dirigida por el Dr. Garretón al autor de este artículo.

\*\*Entonces Secretario de la Facultad de Medicina.

# PRESENCIA DE LA MUJER EN LOS ESTUDIOS SUPERIORES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

Contribución de:

Pág. 70-A

## MEDICOS DE LA CATEDRA "D" DE MEDICINA 1967 (Foto de Pág. 87, Gentileza Dr. C. Larraín)

SENTADOS(de izquierda a derecha)

SRTA. LILY PONS (Secretaria)  
DRA. LUZ MARIA AGUIRRE BAEZA  
PROF. DR. ARTURO JARPA GANA  
DRA. INES MORALES DE GODOY  
PROF. DR. ALEJANDRO GARRETON  
DRA. MARTA BARAHONA  
PROF. DR. ANTONIO DEL SOLAR VALENZUELA  
DR. ALDO CASTILLO  
DR. ESTEBAN MALDONADO HERNANDEZ

DE PIE (segunda fila)

DR. MANUEL ALMEYDA  
DR. MARIO ANDREIS CORDERO  
DR. PEDRO ARAB ARAB  
DR. GUILLERMO ARANEDA  
DR. MOISES BRODSKY BERSTEIN  
BECADO BOLIVIANO DE MEDICINA  
DR. SANTIAGO HAIQUEL EBLEN  
DR. FERNANDO UGALDE RODRIGUEZ  
DR. OSVALDO SOTO SOTO

DE PIE (primera fila)

DR. MANUEL GODOY ANDRADE  
PROF. DR. CAMILO LARRAIN A.  
DR. PEDRO SCHWARTZMANN TURKENIC  
BECADA  
DR. OSCAR MACKENNEY VANDORSE  
DR. MANUEL GOMEZ CARPIO  
DR. FERNANDO DURAN RUBIO  
DR. RAFAEL KAHLER LABRAÑA  
DR. MANUEL TRONCOSO  
DR. MIGUEL ANGEL MUÑOZ  
DR. EMILIO AMENABAR CASTRO

DE PIE (tercera fila)

DR. ALBERTO COHEN CHOHUAMI

Faltan en esta foto:

DR. CLAUDIO ZUÑIGA JARA  
DR. HUGO COHEN LITVAK

a las mujeres médicos.

*Cora Myeres y Elianira González* impulsaron la creación de la Escuela de Enfermeras.

*Juana Díaz Muñoz* organizó el primer centro de prevención del cáncer en la mujer.

escasos son aquellos que además de su saber clínico y de su cultura general tienen la capacidad de reflexionar certeramente acerca de la condición de la medicina de su tiempo y de los problemas que en ese momento afrontan los médicos y están en condiciones de dar directivas orientadoras. En este grupo están médicos de la talla del Dr. William Osler (canadiense) autor de un texto de Medicina Interna que alcanzó 16 ediciones y de numerosos

\*Carta dirigida por el Dr. Garretón al autor de este artículo.

\*\*Entonces Secretario de la Facultad de Medicina.

# PRESENCIA DE LA MUJER EN LOS ESTUDIOS SUPERIORES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

Contribución de:

Dra. *Cristina Palma Prado*

ACTUAL DIRECTORA ESCUELA DE POSTGRADO

Prof. Sra. *Emma Salas Neumann*

AMBAS PREMIO NACIONAL "AMANDA LABARCA"

**L**A DICTACIÓN EN 1877 del Decreto Amunátegui, que abrió las puertas de la Universidad a la mujer, marcó esa época con un cambio que, por su trascendencia, es un hecho destacable en la historia de Chile y de la medicina del país.

Fue un largo trayecto el recorrido hasta que la sociedad chilena aceptara que el rol de la mujer podía extenderse más allá de sus responsabilidades en el hogar y, que era posible se desempeñara con éxito en la profesión elegida.

La celebración de los 150 años de la Universidad de Chile es ocasión única para rendir homenaje a las Dras. Eloísa Díaz y Ernestina Pérez, primeras mujeres que obtuvieron el título de Médico. Sorprendente coincidencia es que fuera la Facultad de Medicina la primera institución de educación superior, que recibió mujeres en sus aulas.

El número de mujeres universitarias y, específicamente, de médicos, creció muy lentamente en los últimos años del siglo 19 y en los primeros decenios del siglo 20. Desde que Eloísa Díaz y Ernestina Pérez se recibieron en 1887 hasta 1930, obtuvieron el título de médico solamente 100 mujeres. A partir de ese año, el número crece sostenidamente y, en 1991, de los 220 egresados de nuestra Facultad de Medicina el 42% eran representantes del sexo femenino.

En la historia de la medicina chilena se identifican mujeres que merecen ser reconocidas en esta ocasión. Han participado en la vida médica contribuyendo en las funciones académicas y docentes, otorgando servicios, desarrollando el espíritu gremial e impulsando iniciativas en bien de la sociedad.

*Fresia Rosas Santiago* dio vida a las primeras instituciones que agruparon a las mujeres médicos.

*Cora Myeres* y *Elianira González* impulsaron la creación de la Escuela de Enfermeras.

*Juana Díaz Muñoz* organizó el primer centro de prevención del cáncer en la mujer.

*Luisa Pfau* tuvo un rol decisivo en la creación de los servicios de protección de la infancia y la adolescencia.

*Amparo Arcaya* se ha destacado en los programas contra la epilepsia.

*Victoria García* desarrolló la enseñanza y aplicación de la Educación para la Salud. Primera mujer que obtuvo el título de Profesora Extraordinaria de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile.

*Paula Pelaez* trabajadora incansable en beneficio de la salud y bienestar del adolescente.

*Gabriela Venturini* y *Carmen Velasco*, primeras en ocupar el cargo de Decano de la Facultad de Medicina.

*Cristina Palma* y *Marta Velasco* primeras en ingresar a la Academia Chilena de Medicina.

*Eloísa Díaz* y *Ernestina Pérez* tuvieron inteligencia, valentía y tesón, para abrir el camino que permitiría a la mujer chilena lograr la formación y capacitación que les son necesarias para complementar la vida profesional y de trabajo del hombre.

### *Eloísa Díaz Insunza*

Los ciento cincuenta años de vida institucional de la Universidad de Chile, no exenta de situaciones muy difíciles en distintos momentos de su historia, nos mueve a recordar y reflexionar acerca de todas las iniciativas tomadas por la institución que abrieron puertas para contribuir, señaladamente, al desarrollo social y del saber en nuestro país y en la América Latina.

Una de esas iniciativas pioneras fue la de concretar, en el siglo pasado, el acceso de representantes del sexo femenino a los estudios académicos y profesionales universitarios regulares. Ello permitió a la mujer de estratos sociales medios, desarrollar sus facultades intelectuales, incorporarse al mundo del trabajo profesional y brindar su contribución al desarrollo social del país, como asimismo, a los movimientos que aspiraban a conquistar, para la mujer, un espacio más igualitario al del hombre en la sociedad chilena, tanto social como jurídicamente. Estas primeras universitarias y las que las siguieron en las primeras décadas del presente siglo, todas egresadas de la Universidad de Chile, asumieron un liderazgo decisivo en este campo.

Por azar de la historia fue la Facultad de Medicina de la Universidad

de Chile, en 1881, la primera que concretó el ingreso de una mujer a sus aulas y al año siguiente ya contaba con dos. A pesar de haber titulado a seis mujeres médicos en once años, al entrar el nuevo siglo el ritmo de aumento del alumnado femenino y las que se titulan es lento.

Esas seis médicas recibidas en los once años del siglo pasado representaban, aproximadamente, el 31% de las tituladas en las distintas carreras, quienes, a su vez, representaban un poco más del 1% de todos los titulados en la Universidad en el mismo período.

En el primer decenio del siglo se reciben sólo cuatro alumnas, que corresponden, aproximadamente, al 6% de todas las tituladas universitarias, cifra que alcanza a poco más del 5% del total de varones y damas. En el segundo decenio se titulan diecisiete alumnas, lo que representa casi el mismo 6% del decenio anterior de todas las tituladas en ese período. En esos diez años las mujeres que obtuvieron título universitario en todas las carreras alcanzan casi el 14% del total de los titulados en ese lapso. Por último, en el tercer decenio de este siglo, las treinta y tres alumnas tituladas de médico representan casi el 4% de todas las mujeres tituladas en el período, las que corresponden al 18% del total.

En 1977 se cumplieron cien años desde la dictación del Decreto Amunátegui, que permitió el ingreso de la mujer a los estudios universitarios. Esa fecha se conmemoró casi silenciosamente. En 1987, recordamos menos silenciosamente, el centenario de la obtención del título de médico cirujano de Eloísa Díaz Insunza y Ernestina Pérez Barahona.

#### Y... UNA MUJER VA A LA UNIVERSIDAD

Corría el año 1881. En la ciudad de Santiago, entonces con sus casas de adobe, casi siempre de una sola planta, angostos callejones aledaños y estrechas calles adoquinadas, por donde se deslizaban los coches de caballo transportando a sus habitantes de un punto a otro del limitado perímetro de la ciudad; la Universidad de Chile, se aprestaba a organizar las actividades de conmemoración del nacimiento de su primer Rector, Andrés Bello.

La publicación de sus obras completas, concursos literarios y una serie de actividades que tendrían lugar los días 27 y 28 de noviembre, eran testimonios de admiración y afecto, a sólo dieciséis años de su fallecimiento, al Rector fundador de la Universidad más importante del país. La inauguración de su estatua, acompañada de una masiva demostración ciudadana; una romería a su tumba en el Cementerio General; funciones especiales de ópera en el Teatro Municipal; actos culturales al aire libre y una Velada Literario organizada por los alumnos de la Universidad de Chile, constituyeron sólo algunos de los homenajes.

Entre los estudiantes, de levita y sombrero hongo, que se reunieron

ese día en el Teatro Municipal, seguramente, llamó la atención la presencia de una joven de falda larga y cintura estrecha, con su cabellera recogida; en la nuca y tocada por un sombrero adornado con pequeños velos, quien se mezclaba con los varones.

¿Quién podría ser esa joven que, en una época en que las mujeres permanecían en su hogar y la sociedad reprochaba sus aprontes intelectuales, alternaba esa tarde con otros estudiantes universitarios? Era *Eloísa Díaz Insunza*, quien, en ese año 1881, había recibido el grado de Bachiller en Humanidades y luego había sido admitida como alumna a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile.

Porque en ese año 1881, esta Casa de Estudios honraba el pasado pero también, con visión de futuro, contribuía a dibujar una senda promisoriosa para la mujer chilena y latinoamericana. Casi escondido entre los homenajes a Bello, ocurría un hecho trascendental; la Universidad de Chile abría sus puertas a la primera mujer que recibiría grados y títulos universitarios en Chile y Latinoamérica.

Setenta y un año antes, en 1810, otra mujer, Dolores Egaña Fabres, hija del constitucionalista Juan Egaña y hermana de Mariano Egaña, se había matriculado en la Universidad de San Felipe y habría estudiado Filosofía por un período indeterminado. No obstante, Eloísa Díaz sería la primera Bachiller en Humanidades y también la primera en obtener otros grados académicos y un título profesional universitario.

Con ello, esta quinceañera sencilla se convierte, por así decirlo, en la cabeza de una fila, seguida muy de cerca por Ernestina Pérez Barahona, también Médico Cirujano, quienes obtuvieron grados y títulos profesionales universitarios en el siglo pasado. Esta dupla es acompañada, en el mismo período, por otras cuatro médicas, Pilar Pérez Molina y Eva Quezada Acharán (1894), Emma Cossio Pérez (1898) y Elvira Higuera Castillo (1899); dos abogadas, Matilde Troup Sepúlveda (1892) y Matilde Brandau Galindo (1898); ocho Profesoras de Estado egresadas del Instituto Pedagógico, Dorila González Frías, Rosa Amelia Muñoz Feliú, Gertrudis Vargas Ravanal (1895), María Mercedes Acosta, Corina Urbina Villanueva, Elvira Brady Maldonado (1896), Amelia Villalón Urbina y Juana Jauques Cano (1898). A éstas se agrega María Griselda Hinojosa Flores, quien recibió el título de Farmacéutica en 1899. No obstante, entonces esa carrera contaba con un reducido número de años de estudios y no exigía los mismos requisitos académicos previos al ingreso, como por ejemplo el grado de Bachiller en Humanidades, que las mencionadas anteriormente.

Ellas compusieron, entonces, una solitaria fila, que con los años se convertiría en un grupo y más tarde, en la multitud que constituyen las mujeres que hoy han culminado estudios universitarios con grados académicos y títulos profesionales.

Este temprano inicio de la mujer como profesional universitaria, en el país, constituyó un hecho desusado no sólo en Chile y Latinoamérica,

sino también en otras regiones del globo, que suponemos de mayor desarrollo social. Efectivamente, en 1888, Ernestina Pérez Barahona ganó una beca para realizar estudios de perfeccionamiento en el extranjero y se dirigió a Alemania. En ese país, la Universidad de Medicina “Federico Guillermo”, debió adecuar su reglamentación para admitir a esta joven llegada de un alejado país sudamericano, ya que entonces, allá no se les permitía a las mujeres seguir estudios científicos y, en particular, Medicina. Es más, de acuerdo a lo que ella misma relató más tarde, aun cuando fue admitida, generalmente, debía escuchar las clases separada de sus compañeros por un biombo.

Posteriormente, alrededor de 1895, de acuerdo a lo que afirma Luisa Zanelli en su obra “Mujeres Chilenas de Letras”, un abogado belga se dirigió por carta al presidente de la Corte Suprema chilena para inquirir detalles acerca de los estudios, ejercicio de la profesión y dificultades con que podía haber tropezado Matilde Troup para obtener su título de abogado. Solicitaba, asimismo, un documento que sirviera para acreditar ante las autoridades jurídicas de su país, el hecho de que en Chile existía una mujer que había obtenido el título de abogado y ejercía la profesión. Este abogado belga requería estos antecedentes para defender ante la Corte Suprema de su país el caso de dos señoritas que habían terminado sus estudios de derecho y a quienes ese Tribunal les negaba el título. De más está decir que el Dr. Fort, que así se llamaba dicho abogado, logró con los antecedentes presentados, que les fuera otorgado el título deseado a sus defendidas.

De acuerdo a la misma autora, años más tarde, en 1910, la argentina María Evangelina Barrera, primera mujer que completaba sus estudios de derecho en su país, al negarle el título la Corte Suprema argentina, solicitó a Chile que se les enviaran a ese Tribunal los antecedentes que comprobaban que en Chile había mujeres abogadas desde 1892, los cuales le permitieron obtener el título deseado.

#### LA FAMILIA DÍAZ-INSUNZA

Pero... ¿quién era *Eloísa Díaz*?

La familia Díaz-Insunza estaba formada por don Eulogio Díaz Baros y doña Carmen Insunza Bulboa y sus cinco hijos sobrevivientes, tres niñas, Eloísa, Rosa y Carmen y dos varones, Carlos y Roberto.

Residían en una casona de la Av. Alameda de las Delicias, en donde las tradicionales tertulias familiares eran alegres y todos los niños, por influencia de un tío, maestro de música, se aficionaron a ella desplegando cada uno sus habilidades naturales para el canto y los instrumentos musicales. La hija mayor, sin embargo, tomó más en serio sus intereses musicales y estudió sistemáticamente, convirtiéndose en una eximia pianista.

Pero ella tomaría un camino distinto al de la música. Según Eloísa relató más tarde a una sobrina, un día leyó en el diario que se permitiría a las mujeres estudiar en la Universidad y esa noticia la hizo decidir, casi súbitamente, que aprovecharía esta oportunidad y estudiaría Medicina.

Eloísa Díaz había nacido en ese hogar el 25 de junio de 1866, un año después del fallecimiento del Rector de la Universidad de Chile, don Andrés Bello, aquél a quien ella, junto a sus compañeros, en su primer año de estudios universitarios, rendiría homenaje al cumplirse un siglo de su nacimiento.

#### LA SOCIEDAD Y LA EDUCACIÓN EN SU ÉPOCA

En la Memoria de Prueba para obtener el título de Médico Cirujano, la joven incluye una desusada introducción que no se relaciona con el tema de su trabajo y a la cual pertenece la cita anterior. En un recuento de sus sentimientos con respecto a sus estudios y la proyección social de la profesión elegida, como asimismo, sus reflexiones sobre la condición de la mujer en su época, retratando, a grandes trazos, los prejuicios sociales existentes con respecto al sexo femenino. En parte expresa:

“Vedado estaba para la mujer chilena franquear el umbral sagrado del augusto templo de las ciencias.

La ley se oponía a ello cerrándole el paso que conducía a las aulas oficiales en las diversas gradaciones de la enseñanza secundaria y superior.

La preocupación social que alguien con epíteto duro, pero indudablemente justo, tildaría de añeja, se lo prohibía amenazándola con el duro ceño de su solemne encono y hasta con el cruel dictado de la reprobación condenatoria. Sensible como mujer por estructura, tímida por consecuencia de su sensibilidad especial, acató ella inconsciente la prohibición injusta que se le imponía y temió traspasar la línea que le señalara como límite a su actividad social y al desarrollo de su inteligencia.

Como consecuencia de este malhadado estado de cosas, el complemento de su educación moral, fue por mucho tiempo, una mezquina y superficialísima instrucción.”

En efecto, la sociedad en que la joven vivió su niñez y juventud, mirada con los ojos de hoy, nos parece provinciana, excesivamente conservadora, prejuiciada y machista, que reservaba a la mujer un lugar en su hogar, pero con absoluta dependencia del marido, por lo cual no era indispensable, ni aún recomendable, que recibiera una educación parecida a la de los varones. Existían escuelas públicas primarias para ambos sexos y algunos establecimientos privados, a donde iban las niñas de la pequeña bur-

guesía. La educación secundaria del Estado era sólo para los varones y las niñas que deseaban seguir estudios de enseñanza media, debían hacerlo en la media docena de colegios privados que existían en el país.

Al crearse la Universidad de Chile en 1842, el Gobierno le encargó a ésta y a su Consejo de Instrucción Pública, la tuición y supervisión de toda la educación del país. En 1860, la educación primaria se desvinculó de la Universidad y en 1927, lo hizo la educación secundaria. De acuerdo a la legislación vigente en ese entonces, para que los estudios secundarios de establecimientos particulares fueran válidos, debían rendir exámenes ante Comisiones Examinadoras de la Universidad de Chile.

Los liceos particulares de niñas, de los cuales los más importantes eran el Colegio Santa Teresa de doña Antonia Tarragó y el Liceo Isabel Lebrun de Pinochet, ambos en Santiago, no tenían derecho a presentar a sus alumnas a rendir exámenes ante esas comisiones. En consecuencia, las niñas que egresaban de estos establecimientos, no podían obtener una certificación de estudios válidos que les permitiera continuar educación superior. Fue sólo en 1877, cuando don Miguel Luis Amunátegui Aldunate, entonces Ministro de Instrucción Pública del Presidente Aníbal Pinto, dictó el decreto que se refería a “Exámenes de las Mujeres para obtener títulos profesionales”, que permitió a las niñas rendir exámenes válidos e ingresar a la Universidad.

Este documento, conocido con el nombre de Decreto Amunátegui, expresa en su parte medular:

“Se declara que las mujeres deben ser admitidas a rendir exámenes válidos para obtener títulos profesionales, con tal que ellas se sometan para ello a las mismas disposiciones a que están sujetos los hombres.”

Cuando se dictó el Decreto Amunátegui, Eloísa Díaz estudiaba en el colegio particular de doña Dolores Cabrera de Martínez, al que había ingresado en 1875 y donde recibió la educación elemental. Al año siguiente de dictado el decreto, ingresó al Liceo Isabel Lebrun de Pinochet.

Doña Isabel había desempeñado un papel importante en la dictación del documento señalado. Tanto ella como doña Antonia Tarragó habían presentado, durante años, solicitudes al Consejo de Instrucción Pública para que se permitiera a sus alumnas rendir exámenes válidos, comprometiéndose a hacer las modificaciones correspondientes en el plan de estudios, y en igual número de veces esa petición les había sido denegada. En 1876, Isabel Lebrun de Pinochet reiteró una vez más su solicitud, la cual avanzó los primeros pasos en su tramitación alcanzando a ser informada favorablemente por el Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de entonces, don Francisco Vargas Fontecilla. Pero luego, la influencia de los Consejeros más conservadores, hizo que la solicitud fuera demorada hasta que el Consejo entró en el receso de verano, lo cual

significaba una nueva denegación. No obstante, durante dicho receso, el Ministro de Instrucción Pública tenía facultad para tomar decisiones en su nombre. Eso fue lo que hizo el Ministro Amunátegui, dictando el decreto ya mencionado. Seguramente esa es la razón de por qué dicho documento está fechado en Viña del Mar, el 6 de febrero de 1877.

Esta secuencia de hechos permitió que Eloísa Díaz, al realizar sus estudios de humanidades, pudiera rendir exámenes válidos, acceder a un grado de Bachiller en Humanidades y luego ser admitida a una escuela universitaria.

#### LA PRIMERA MUJER BACHILLER EN HUMANIDADES

Las limitaciones y carencias de la educación de la mujer en la época y su decisión de salir airosa en todas las pruebas que tenía por delante, movieron a Eloísa Díaz a adquirir preparación adicional en las distintas materias en que debía ser examinada. Aparte de sus estudios regulares fue atendida por distinguidos profesores particulares y siguió cursos en el Instituto Nacional y en el Instituto Chileno, este último regentado por don Clodomiro Almeyda, prestigiado maestro de la época.

Los exámenes para obtener el grado de bachiller se extendieron por un período de tiempo, efectuándose en distintas fechas sucesivas. Entre las personalidades que examinaron a la postulante se cuentan: Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Rodulfo Amando Phillipi y José Palmer. Pero, sin duda, el último examen que debía rendir, fue el que se esperó con mayor expectación.

El diario "El Ferrocarril" de Santiago del 12 de abril de 1881 incluye en su Sección "Noticias Diversas", la siguiente crónica:

"El Claustro Universitario presentaba anoche una animación que no es frecuente en ese augusto recinto de la ciencia. Por primera vez en Chile, figuraba entre las aspirantes al Bachillerato en Humanidades, una estudiante del sexo femenino y tanto la novedad del hecho como la curiosidad despertada entre los alumnos de la Sección Universitaria habían logrado atraer a una numerosa concurrencia a la Sala de Exámenes.

La cédula sorteada comprendía Historia de América y de Chile, sobre cuyos ramos sufrió el candidato un detenido examen. Inútil es decir que contestó satisfactoriamente todas las preguntas y que manifestó un perfecto conocimiento de los sucesos que se han desarrollado en este continente y en especial en nuestro país. Su fácil expedición de todas las cuestiones le valió la aprobación unánime de la mesa y el nombre del examinado, la Srta. Eloísa Díaz Insunza, fue vivamente aclamada por los concurrentes. Anoche

mismo pasó el expediente al Consejo de Instrucción Pública y se le concedió el grado de Bachiller en la Facultad de Filosofía y Humanidades. El Rector, al entregarle el Diploma, le dirigió algunas palabras de felicitación y por segunda vez la concurrencia prorrumpió en aplausos que se renovaron al salir de la sala el nuevo bachiller.”

En efecto, el entonces Secretario General de la Universidad de Chile, don Miguel Luis Amunátegui Aldunate, quien había hecho posible que la joven Eloísa Díaz de 15 años de edad llegara hasta los claustros universitarios, se encontraba esa noche del 11 de abril, expectante en una sala contigua a aquella en que la joven era examinada por su amigo don Diego Barros Arana. Esa noche de lunes, el Consejo de Instrucción Pública debía celebrar su reunión habitual, la que por falta de quórum no pudo efectuarse. No obstante, tanto don Miguel Luis como el Rector, don Ignacio Domeyko, permanecieron en el recinto universitario en espera de conocer los resultados del examen de la aspirante a bachiller. El primero, seguramente, había planeado con anterioridad para que, en forma extraordinaria, se tramitara de inmediato el expediente y la joven recibiera esa misma noche de manos del Rector Domeyko y de él mismo, como Secretario General, el diploma que la acreditaba como la primera Bachiller en Humanidades, junto a los aplausos cariñosos y admirativos de la concurrencia.

#### ELOÍSA DÍAZ, ESTUDIANTE UNIVERSITARIA

Al día siguiente de obtener el grado de Bachiller en Humanidades, el 12 de abril, Eloísa Díaz se matriculó en la Escuela de Medicina, que entonces funcionaba en la calle San Francisco a pasos de la Alameda.

De acuerdo al Informe Anual sobre Instrucción Pública presentado por el Ministro del ramo correspondiente a 1881, la Universidad de Chile contaba entonces con:

“920 alumnos matriculados en los diversos cursos. De ellos, 411 pertenecen al curso de Leyes y ciencias políticas, 318 a los de Medicina y Farmacia; 38 al de Matemáticas superiores y 53, a los de Bellas Artes.”

Los estudios de Medicina tenían una duración de seis años y el plan de estudios incluía alrededor de veinte asignaturas. Todas éstas eran desempeñadas por distinguidos profesores, entre los que se contaban: José Joaquín Aguirre Luco, Ventura Carvallo Elizalde, Francisco Puelma Tupper, Ernesto Mazzei, Francisco Martínez, Vicente Izquierdo Sanfuentes, Augusto Orrego Luco, Víctor Korner, Damián Miguel y Pablo Zorrilla, para mencionar sólo a algunos.

Durante los seis años de estudios, Eloísa, recibió premios en varias asignaturas. Los premios eran la forma de distinguir a los mejores alumnos. En primero y segundo año, ella obtuvo premio en Anatomía con los profesores Augusto Orrego Luco y José Joaquín Aguirre; en tercer año se distinguió en Patología General con el profesor Francisco Puelma y en cuarto año, en Patología Interna con el profesor Pablo Zorrilla. En el sexto año obtuvo premio en Obstetricia y Clínica Obstétrica con el profesor Adolfo Murillo.

En la introducción a su Memoria de Título, Eloísa Díaz recuerda también el período en que cursó sus estudios de Medicina. Dice:

“He cursado, en medio de penosas y arduas tareas, seis años de estudios médicos, seis años, que como puede comprenderse, debieron ser bien penosos por la naturaleza de los ramos que constituyen el estudio de la Medicina.

Al pretender obtener el título de Médico Cirujano, he pensado maduramente acerca de la grave carga que echaba sobre mis débiles fuerzas de mujer, rudo es el trabajo, lata es la ciencia, difícil la misión... pero, ¿es superior a la energía, a las dotes de observación y a la inteligencia de las de nuestro sexo? No lo sé, pero siento aquí en el interior de mí ser que no me arrepiento hoy en el comienzo de la juventud, de la jornada que emprendí cuando era niña tierna y que me comprometo a seguir en medio de los afanes y vicisitudes de la vida.”

En 1885, Eloísa Díaz obtuvo el grado de Bachiller en Medicina y Farmacia al año siguiente, en diciembre, veintiocho alumnos recibieron la Licenciatura en Medicina y Farmacia, uno de los cuales fue Eloísa Díaz.

En el acta del Consejo de Instrucción Pública del 12 de enero de 1886 se lee:

“...el Rector (Jorge Huneeus) confirió el grado..., el de Bachiller en Medicina y Farmacia a doña Eloísa Díaz Insunza, que ha sido la primera mujer que ha obtenido dicho grado en la Universidad

Y en el acta del 27 de diciembre de 1886 se expresa:

“El Rector confirió el grado de Licenciado en Medicina y Farmacia a doña Eloísa Díaz Insunza, a quien se entregó el correspondiente diploma. Al tiempo de dárselo, el Sr. Huneeus (Rector) felicitó a la Srta. Díaz Insunza en nombre del Consejo, por haber sido la primera persona de su sexo que había obtenido este grado en la Universidad de Chile y por la constancia y aprovechamiento con que había seguido los estudios de tan difícil carrera.”

En ambas sesiones del Consejo de Instrucción Pública, al igual que en la de abril de 1881, cuando Eloísa recibió el grado de Bachiller en Humanidades

dades, como en la sesión del 3 de enero de 1887, oportunidad en que se le otorgó el título de Médico Cirujano, integró el Consejo de Instrucción Pública, como Secretario General de la Universidad de Chile, don Miguel Luis Amunátegui. En la última sesión mencionada, recibió también la Licenciatura en Medicina y Farmacia, Ernestina Pérez Barahona y en una posterior, el título de Médico Cirujano. Seguramente, en todas esas oportunidades, el ilustre maestro debe haber experimentado una profunda satisfacción, al comprobar que sus esfuerzos y también los sinsabores sufridos para lograr la igualdad de derechos de la mujer a la educación superior, no habían sido en vano. Unos meses después de efectuadas estas sesiones, el Sr. Amunátegui abandonaría la Universidad y fallecería, posteriormente, como Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Balmaceda, sin alcanzar a presenciar la graduación universitaria de otras mujeres, lo que ocurriría sólo en 1892, cuatro años después de su muerte.

La Memoria de Prueba para recibir el título de Médico Cirujano de la Srta. Díaz, la cual fue publicada en los Anales de la Universidad de Chile de enero de 1887, se denomina *Breves Observaciones sobre la Aparición de la Pubertad en la Mujer Chilena y las Predisposiciones Patológicas Propias del Sexo*. Constituye una investigación realizada en el hospital San Borja que comprende 16.439 casos de afecciones comunes presentadas por mujeres atendidas entre el 1 de junio de 1884 —fecha en que se inició la estadística en ese centro asistencial— hasta mediados de 1886.

Ella explicó las razones para elegir ese tema. Dice:

“Revisando la literatura médica nacional y los numerosos trabajos que se han presentado ya en memorias de prueba o en diferentes certámenes, he encontrado un lamentable vacío en todo lo que se relaciona con la aparición de la pubertad en la mujer chilena. Animada también por el deseo de contribuir, aunque en reducida escala, al estudio de las afecciones que se desarrollan en nuestro país y que tienen características especialmente chilenas, he querido presentar este trabajo que se relaciona exclusivamente con la fisiología y patología de la mujer chilena, vistas las condiciones de vida, clima y costumbres.”

En esta oportunidad, como en otras posteriores, los escritos de Eloísa Díaz muestran su preocupación por considerar los problemas médicos teniendo en cuenta las características de la población chilena.

#### LA DRA. ELOISA DÍAZ Y SU VIDA PROFESIONAL

La Dra. Díaz, luego de titularse, se incorporó como ayudante a la Clínica Ginecológica del Dr. Roberto Moerike en la Universidad de Chile, pues

había decidido especializarse en Ginecología. En su Consultorio particular de la Alameda de las Delicias, atendió a sus pacientes hasta avanzada edad.

Su carrera funcionaria la inició en 1889, cuando en el mes de abril fue designada médico y profesora de Higiene de la llamada Escuela Normal de Preceptoras del Sur, ubicada en Santiago.

Treinta y ocho años después, con ocasión de conmemorarse el cincuentenario de la dictación del Decreto Amunátegui, sus ex alumnas de la Escuela Normal la homenajearon. En esa oportunidad, ella recordó esos primeros años de profesión. Le expresó a sus ex alumnas:

“Yo iba tres veces a la semana a hacer la clase de Higiene y visitar a las alumnas enfermas, y después de saludar a la inolvidable señorita Behring, directora del establecimiento, llegaba al corredor que circundaba el vasto y hermoso jardín del primer patio de la escuela, y como estabais en recreo, todas vosotras, apenas me divisabais, corríais hacia mí y me saludabais con cariño y sinceridad. Pasábamos a la clase y, con entusiasmo, os enseñaba en ella todos los conocimientos de la ciencia higiénica, puesto que vosotras, futuras maestras, ibais a ser las encargadas de la educación del pueblo. Terminada la clase, me acompañabais hasta la enfermería ahí examinaba a las alumnas enfermas y daba las indicaciones médicas”.

Más tarde, en medio de los conflictos previos a la revolución del 91, Eloísa Díaz fue designada Médico del hospital San Borja, el 5 de enero de ese año, el mismo establecimiento hospitalario que le había proporcionado el material para su memoria de prueba.

Su primer nombramiento, en la Escuela Normal, la puso en contacto directo con la educación; el segundo, en el hospital San Borja, con la realidad de la salud en los niveles más desposeídos de la sociedad. El cruce de estas dos vertientes orientó su vida profesional, dedicándola, especialmente, a la mujer y a los niños. De preferencia a los niños más desvalidos: una gran parte de los cuales asistían a la escuela primaria pública y cuyas condiciones de vida, tanto en la escuela como en el hogar, eran muy deficitarias.

#### LA INSPECTORA MÉDICO ESCOLAR DE SANTIAGO

En la segunda mitad del siglo XIX, en los círculos más progresistas de la sociedad chilena, aparece la preocupación por los problemas sociales y la denuncia de las carencias en la educación, salud, vivienda, entre otros. La acción profesional y social de Eloísa Díaz se inserta en ese contexto.

El 14 de octubre de 1898 (Decreto 2011), la Dra. Díaz fue designada Inspectora Médico Escolar para atender las escuelas públicas de Santiago cargo que había sido creado cuatro años antes.

Con este nombramiento se inicia para ella la etapa más trascendente de su carrera profesional y para la educación chilena, el comienzo de una preocupación sostenida por proporcionar a los niños condiciones mínimas favorables a su desarrollo físico e intelectual, mejorando la situación higiénica de los establecimientos educacionales, la alimentación de los escolares y la recuperación de la salud afectada por enfermedades endémicas y epidemias.

Eloísa Díaz tenía entonces 32 años. Se dedicó a visitar las escuelas de Santiago enviando informes periódicos al Ministro de Educación. Éstos, en su conjunto, muestran un panorama bastante completo de las condiciones en que se desarrollaba la educación primaria pública en la época, abarcando aspectos tales como las características de los locales escolares, las condiciones de salud de los alumnos y profesores, las enfermedades más frecuentes que los aquejaban, las carencias alimenticias y otros, analizando cada problema en detalle e indicando en cada caso las medidas prácticas a tomar para mejorar dichas condiciones.

#### LA LUCHA DE ELOÍSA DÍAZ PARA CREAR EL SERVICIO MÉDICO ESCOLAR A TRAVÉS DE LOS CONGRESOS CIENTÍFICOS

En enero de 1901 se celebró en Santiago el I Congreso Médico Latinoamericano, heredero del I Congreso Médico Nacional efectuado en 1889 con motivo de la construcción de un nuevo edificio para la Escuela de Medicina.

A este primer congreso internacional concurren delegaciones de la Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica y Ecuador, entre otros.

Tal como lo expresara el Dr. Octavio Maira, Secretario General del Congreso y compañero de estudios de Eloísa, los congresos médicos internacionales eran de reciente data, ya que no más de un cuarto de siglo antes, se había celebrado el primero de ellos en París. Este era el primer congreso internacional de la América Latina y fue inaugurado con toda pompa en el Teatro Municipal el 1 de enero de 1901, con asistencia de Ministros de Estado y Delegaciones extranjeras.

Eloísa Díaz, entonces de 35 años y la única mujer asistente al Congreso participando por primera vez en una reunión tan amplia, presentó a la Sección Higiene y Demografía, un trabajo sobre "Médicos Escolares".

En este documento ella resume sus experiencias como Inspectora Médica Escolar, para luego plantear la necesidad de un cuidado sistemático de la salud de los educandos. Continúa entregando las cifras de las escuelas existentes en Santiago y en el país con sus datos de matrícula y asistencia media.

Posteriormente, en 1902, la Dra. Díaz contribuyó al Congreso General

de Educación Nacional efectuado en Santiago, con un trabajo acerca de las características que debían tener las bancas escolares.

Dos años después, en 1904 presentó al II Congreso Médico Latinoamericano efectuado en Buenos Aires, un trabajo denominado "Disquisiciones sobre Higiene Escolar" en el cual insistía en ideas parecidas a las ya expresadas.

A fines de 1908 y primeros días de enero de 1909, se efectuó en Santiago de Chile un importante evento, el I Congreso Científico Panamericano.

La Sociedad Científica de Chile, a la cual pertenecía Eloísa Díaz, en combinación con las mismas instituciones de Argentina y Uruguay, habían organizado tres congresos científicos iniciados a fines del siglo XIX. Esta idea fue tomada por la Unión Panamericana con cuyo patrocinio estos congresos del Cono Sur se ampliaron al continente. En diciembre de 1908 se inició en Santiago de Chile el 4º Congreso Científico ampliado y por ello se denomina I Congreso Científico Panamericano que continuó reuniéndose a través de los años en distintas capitales de América, llegando a ser un importante evento continental.

En esa oportunidad, Eloísa Díaz presentó en la Sección Ciencias Médicas, dos trabajos denominados "La Higiene Escolar en Chile" y "La Tuberculosis en Chile".

En el primero de estos trabajos resume su labor de casi dos décadas para crear el Servicio Médico Escolar, las Cantinas Alimenticias Escolares y sus esfuerzos en pro de la Higiene Escolar, destacando la aceptación que, poco a poco, estaban teniendo esas ideas.

Unos meses después de su regreso del Congreso Científico de Buenos Aires, sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito, al dictarse el Decreto N° 1009 del 3 de abril de 1911, que se refería al "Reglamento Médico e Higiénico de los Establecimientos de Instrucción Primaria de Santiago".

Un mes antes, el 9 de marzo del mismo año, por Decreto N° 390, se había cursado el nombramiento de Eloísa Díaz como Médico Inspector titular y jefe del Servicio Médico Escolar, como también los de David Frías, Julio Matus, Nicolás Fernández y Eleodoro Zuasnábal, como médicos auxiliares.

Sin embargo, el servicio creado estaba lejos de llenar los anhelos señalados por Eloísa Díaz y de los que la acompañaron en esas inquietudes. Se concentraba sólo en Santiago y el personal designado para atenderlo era absolutamente insuficiente. No obstante, representaba un paso importante y un reconocimiento a esas casi dos décadas de esfuerzos continuados por mejorar las condiciones materiales de las escuelas públicas y de vida de los alumnos y profesores de las mismas.

Eloísa Díaz dirigió el servicio durante casi quince años, período en el cual también integró el Consejo de Instrucción Primaria. Durante ese lapso

el servicio se extendió a otras regiones del país, aunque no en la extensión que ella habría deseado. En 1925, a los 59 años de edad, se acogió a jubilación y fue sucedida por otra mujer, la médico cirujano, Cora Mayers.

Su retiro del servicio no significó que dejara de preocuparse por los escolares, como tampoco que dejara de prestar su contribución inteligente y experimentada a las diversas sociedades de servicio público a las que perteneció, entre las que se cuentan: la Liga Chilena contra el Alcoholismo, la Liga Chilena de Higiene Social, la Asociación de Señoras contra la Tuberculosis y la Sociedad Protectora de la Mujer, esta última, en la que se desempeñaba como médico.

Su acentuada preocupación por los problemas sociales, no fue obstáculo para participar, también, en actividades de carácter más académico, dentro de su profesión, tanto en la Sociedad Científica de Chile, como en la Sociedad Médica a las cuales perteneció, contribuyendo, también, de vez en cuando a la "Revista Médica" y la "Revista de Instrucción Primaria".

En 1927, las mujeres chilenas conmemoraron el cincuentenario de la dictación del Decreto Amunátegui. En ausencia del propio Sr. Amunátegui, fallecido treinta años antes, los homenajes se personalizaron en Eloísa Díaz y Ernestina Pérez.

El diario "Las Últimas Noticias" del 30 de septiembre de 1927, informa de la Velada de Gala efectuada en el Teatro Municipal en honor de las dos primeras médicas, en la cual participaron otras destacadas mujeres, entre otras, Amanda Labarca e Inés Echeverría de Larraín. Al día siguiente, el mismo diario, relata el homenaje rendido en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, por las madres chilenas, a estas dos profesionales.

Con anterioridad, Eloísa Díaz había recibido otros reconocimientos. El mensaje de las universitarias argentinas con motivo del II Congreso Médico Latinoamericano de Buenos Aires de 1904. Seis años después, en la misma ciudad, los asistentes al Congreso Científico de Buenos Aires aprobaron un voto especial que dice:

"Por su labor científica merece la Dra. Díaz figurar entre las mujeres más ilustres de América."

El diario "El Mercurio" de Santiago, del 4 de enero de 1912 informa de un acto de homenaje a Eloísa Díaz con motivo de cumplir veinticinco años de profesión, efectuado en la residencia de la viuda del Presidente don Pedro Montt, doña Sara del Campo. En esa oportunidad, en presencia del Rector de la Universidad de Chile, don Domingo Amunátegui, el doctor Roberto del Río y otras autoridades y un numeroso grupo de mujeres, se le ofreció, a decir de la crónica periodística "una tarjeta de oro con una inscripción que decía: A la Srta. Eloísa Díaz, primera doctora de Chile y América Latina, obsequian este recuerdo, las señoras de Santiago."

Al jubilar se le rindió, también, otro gran homenaje. Hacia el final de su carrera, en 1939, la Asociación Médica Femenina, organizó un acto de

reconocimiento para ella y Ernestina Pérez con ocasión de cumplir ambas cincuenta y tres años de profesión. En esa oportunidad, la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, les otorgó medallas conmemorativas.

Eloísa Díaz falleció en Santiago, el 1 de noviembre de 1950, a los ochenta y cuatro años de edad.

Vivió entre dos siglos. Su longevidad le permitió ser testigo y en oportunidades partícipe, de importantes transformaciones de la sociedad chilena y su entorno.

Y así transcurrió la vida de esta mujer extraordinaria y al mismo tiempo, dueña de una gran modestia; de brillante inteligencia, pero tierna y sensible, quien muy joven, eligió un camino difícil —dificilísimo en su época— persiguió la realización de sí misma sirviendo a los demás, pero no en la simple caridad, sino en la aplicación del conocimiento científico a la atención de los problemas sociales. Buscó sendas, entonces desconocidas para la mujer, para aminorar las desventajas sociales de los pequeños escolares menesterosos y así ellos pudieran aspirar a una vida más digna.

De paso, abrió definitivamente a la mujer la gran puerta de la educación superior y la posibilidad de acceso a su realización personal a través de un campo profesional, al mismo tiempo, que la oportunidad de contribuir a mejorar la condición social de otras mujeres.

El Dr. Enrique Laval, en una breve biografía incluida en su obra "Las Primeras Mujeres Médicas en Chile", la recuerda así. Dice:

"La conocimos al finalizar su vida; era suave, benévola, encantadora con su brillante cabeza en la que los años habían tejido al lado de los hilos blancos, tenues tonos azules y que parecía —por una remembranza oculta y que todos tenemos de una niñez lejana— el hada buena cuya misión era estar al pie del camino de los niños y dejarles dones para la vida."

Este año, en que se cumple un siglo desde que Eloísa Díaz Insunza enfrentara la Comisión Examinadora formada por ilustres profesores de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, para lograr el título de Médico Cirujano, hemos querido recordar la fecha y personalizar en ella nuestro reconocimiento a todas las primeras mujeres profesionales universitarias que nos abrieron a nosotras nuevas rutas para transitar por la vida.



Cátedra D. de Medicina. Año 1967.

# MEDICINA DE AYER Y DE HOY CRÓNICA Y TESTIMONIO

Dr. Jaime Pérez Olea

## CRÓNICA

**E**L CONQUISTADOR DE CHILE don Pedro de Valdivia, fundador del Hospital del Socorro, no traía en su bien guarnecido séquito un solo médico, ni siquiera un sangrador. Se preocupó, en cambio, de enrolar a un verdugo y a un grupo de clérigos, frailes y capellanes. En la España de aquel tiempo el alma estaba antes que el cuerpo y el confesor antes que el médico. La previsión se justificaba, empero, porque “los conquistadores sabían más matar que vivir” (Vicuña Mackenna) y salvo alguno que murió de enfermedad, el resto lo hizo por el mazo, la lanza, la espada o la soga vil. Doña Inés de Suárez mostróse particularmente diestra en el vendaje de heridas, aplicación de emplastos, preparación de dietas y uso de la farmacopea mapuche, por lo que debe ser considerada en justicia, si no en derecho, el primer médico del país. Se ha dicho con razón que la mujer es toda medicina, porque consuela el alma y alivia la materia del dolor.

La medicina aborigen estaba en condiciones de reconocer la demencia y los achaques del cuerpo. Su empirismo secular se canalizaba mediante el empleo de plantas curativas (palqui, natri, culén, pichoa, cachan-lahuén) y de su medicina-símbolo, la piedra bezoar, concreción calcúlosa del intestino o de las vías urinarias del guanaco u otros mamíferos que era depositada en el fondo de las tinajas o alambiques. El machi o brujo de la tribu se daba maña para expulsar del cuerpo del enfermo los espíritus malignos por medio de aparatosos ritos y bizarras contorsiones. Este sentido místico impregnado de superstición, tan propio de las culturas primitivas, encuentra su símil moderno en la presencia del médico o del curandero capaz de transmitir esperanzas al afligido paciente. En ambos casos se observan sorprendentes mejorías en las que no cabe otra explicación que el efecto de una nueva medicina producida en el interior del cuerpo por la fuerza de la fe. Hoy se sabe que la confianza, la fe y el placer actúan como estímulos en ciertas regiones del cerebro, las que generan opioides endógenos que calman el dolor y producen bienestar.

Los médicos avocados en Chile durante los siglos xvi, xvii y gran parte del xviii tenían un bajo nivel profesional, reflejo del retraso cultural del medio en que se formaron. Probablemente influyó en ello la rigidez de las autoridades religiosas de la época, tercamente opuestas al contagio

científico de la Europa protestante. El medio local, erizado de dificultades, contribuía a agravar la situación. Chile, que al decir de los aymaras “era el país donde la tierra se acaba”, requería mucho de una corona siempre menos dispuesta a dar que a recibir. Su población estaba repartida en pequeñas ciudades-aldeas dispersas y de difícil acceso, y la tierra sufría el constante embate de catástrofes naturales a las que se sumaban, para mayor desdicha, periódicas epidemias de viruela y brotes de chavalongo. Era, por último, un campo de Marte en el que chocaban con fiereza indomable dos razas de estirpe guerrera.

Numerosos hechos conspiraban contra la deficiente preparación de los médicos de ayer. En un medio en que la muerte por puñal era asunto de todos los días, estaban prohibidas las autopsias, lo que obligaba a los cirujanos a aprender la anatomía indispensable para su aprendizaje a través de las lecciones de Galeno basadas en la disección de monos y cerdos. No menos edificante eran la reiteración de sangrías y purgas al más puro estilo del Dr. Sangredo y su discípulo Gil Blas de Santillana que inmortalizara René Le Sage, así como la práctica de ungüentos de mercurio para el tratamiento de las “bubas” sífilíticas. Esta última prescripción bastó para que el bachiller Bazán mandara al otro mundo en tiempo récord al gobernador Francisco de Villagrán, sucesor de don Pedro de Valdivia. Sólo se salva de crítica en materia de salud durante el siglo XVI, la competente matrona limeña Isabel Bravo, que a pesar de contar con méritos debidamente avalados por el Protomedicato del Perú, debió allanarse a hacer una demostración de sus habilidades como partera, ante una inculta audiencia compuesta únicamente por legos.

El primer médico chileno graduado en Lima fue el Dr. Juan Guerra Salazar, quien llegó al país en 1593. Gracias a su buen desempeño, recibió autorización en 1607 para curar tanto “a españoles como naturales”, recibiendo como pago a sus servicios “dos carretadas de leña, dos carneros, una fanega de harina cada semana y tres botijas de vino por mes”. Poco después sería elevado a la categoría de Protomédico, Alcalde y Examinador Mayor del Reino. A despecho de tan campanudos títulos, debió resignarse a circular dentro del reducido perímetro de la aldea santiaguina a fin de no desatender los enfermos confiados a su cuidado.

A iniciativa del gobernador Alonso de Rivera se obtuvo que los frailes de la Orden de San Juan de Dios, procedentes del Virreinato del Perú, se hicieran cargo de la administración del Hospital del Socorro, el que trocó su nombre por el de San Juan de Dios (1617). El cambio se tradujo en una atención más humana y eficiente y fue ejercida principalmente por los frailes, practicantes de una medicina herbolaria. Este período de bonanza, producto de la acertada gestión de los recién llegados y del incremento de los caudales por obra de legados y penitencias, tocó a su fin en 1647. Un terremoto echó por tierra la obra material, la ayuda externa y el espíritu de sacrificio de sus realizadores.

A fines del siglo XVII surgen los médicos "latinos" así llamados por prescribir sus recetas en latín y no en "romance" o lengua vulgar. En este tiempo destacan por sus merecimientos los protomédicos fray Agustín Ochandiano y Valenzuela y el Dr. Xacinto de la Peña y Llamas, este último graduado en Salamanca.

El "protomedicato edilicio" dependiente del Cabildo, es reemplazado a mediados del siglo XVIII por el "protomedicato universitario" regido por la Cátedra de Prima Medicina de la Universidad San Felipe. Su primer catedrático y protomédico por derecho propio, fue el médico francés Domingo Nevin. El material de estudio se reducía a las enseñanzas de Hipócrates (siglo IV a.C.), Galeno (siglo II d.C.) y Avicena (siglo XI d.C.). En estos maestros, cuyo valor histórico nadie podría poner en duda, se comprendía la esencia de la medicina española. No pecaría de exagerado ni de iconoclasta aquel que, teniendo en vista un desfase de 7 a 22 siglos, concluyera que el nivel de la medicina que se impartía en Chile era pobrísimo. Sobre los libros médicos ingleses y franceses se cernía la sospecha de actuar como disuasivos de la fe religiosa.

Durante casi un siglo de existencia (1747-1843), la Universidad San Felipe logró graduar como bachilleres y doctores en Medicina a sólo siete profesionales. Entre ellos destaca nítidamente fray Manuel Chaparro por su afición al estudio, su formación práctica en el medio hospitalario y por haber sido el pionero de la campaña de vacunación antivariólica durante la epidemia de 1765. Disputó y perdió, después de una prolongada y áspera pugna, la Cátedra de Prima Medicina (que incluía el nombramiento de protomédico), con su condiscípulo José Antonio Ríos.

Con la iniciación de la Era Republicana, el sombrío panorama de la medicina chilena comenzó a cambiar. Durante el período de transición, el protomédico Eusebio Oliva pretendió solucionar la escasez de médicos del país, dispensando a los postulantes de la obligación de seguir estudios regulares y autorizando la validación de certificados expedidos por profesores privados, lo que equivalía a otorgar títulos interinos. La exposición hecha en 1826 por el médico español Manuel Julián Grajales ante el Senado de la República, no sólo sepultó tan peregrina sugerencia sino que llevó al colapso a la institución encargada de velar por la medicina del país.

El Protomedicato fue repuesto el 27 de abril de 1830 por el ministro Diego Portales, quien procedió a nombrar de inmediato la comisión encargada de darle vida. Bastaba repasar la lista de sus integrantes, para anticipar el éxito que tendría la gestión: Presidente, don Guillermo Blest; Profesor de Medicina, don Agustín Nataniel Cox; Profesor de Farmacia, don Vicente Bustillos; Secretario, Dr. Pedro Morán. Los escogidos no sólo eran figuras sobresalientes en la escena pública y en las disciplinas biomédicas, sino que tenían también una acendrada vocación docente.

La Escuela de Medicina se creó en 1833. Teniendo a Blest, irlandés, a la cabeza como Director y profesor de Medicina; a Cox, formado en el

Real Colegio de Cirujanos de Londres, en la cátedra de Cirugía; a Bustillos, químico graduado en España y hombre de proverbial generosidad, en la especialidad de Farmacia, y a Morán —el primitivo flebotomo chileno convertido en paradigma médico por su estatura moral y experiencia técnica— en Anatomía, se podía confiar en que la medicina nacional habría de alzarse sobre sólidas raíces.

Si bien el equipo directivo, al que pronto se incorporaría el cirujano y obstetra Lorenzo Sazié era óptima, distaba mucho de serlo el estado material en que se desarrollaba la docencia. Las pésimas condiciones higiénicas del pabellón de anatomía costaron la vida a cuatro de los ocho alumnos matriculados en el primer curso. Otro fantasma que indudablemente pesaba en la falta de motivación de los jóvenes para inscribirse en Medicina era el descrédito social que arrastraba una profesión que descendía en línea directa de barberos, sangradores, yerbateros, algebitas y hernistas. El panorama comenzó a cambiar cuando el ministro Joaquín Tocornal matriculó a su hijo Francisco Javier en el primer curso, al que acompañaron otros jóvenes de la alta sociedad.

En 1839 se declara la caducidad de la Universidad San Felipe. Su sucesora directa, la Universidad de Chile, a la que debió hacer traspaso de sus bienes, fue fundada en 1842 por decreto que lleva las firmas del presidente Manuel Bulnes y su Ministro Manuel Montt.

El nacimiento de la Universidad de Chile le dio una nueva fisonomía espiritual, cultural e institucional al país. Se ha dicho, con fundamento, que consolidó la nacionalidad y le dio sentido de unidad al país.

La vida de una institución es, como la vida humana, un continuo, una creencia, una fe social en que la opinión colectiva avasalla la opinión personal. Quedémonos con la opinión colectiva y procuremos definir los hitos trazadores del perfil de la Facultad de Medicina a lo largo de su historia.

Primero fue la influencia europea encarnada en Guillermo Blest, Lorenzo Sazié, Nataniel Cox, Juan Miquel, Francisco Julio Lafargue y los sabios Rodulfo Amando Phillippi, Claudio Gay e Ignacio Domeyko. Desde mi punto de vista destacan Sazié desde dentro de la Facultad y Domeyko en la interfase Rectoría Facultad. El primero, porque lo hizo todo desde la nada. El segundo, por su grandeza moral y los contornos épicos que enmarcaron su acción en su patria cautiva.

En la segunda mitad del siglo XIX el artífice fue José Joaquín Aguirre. Tuvo la certera premonición de que el destino de la medicina chilena estaba en Europa y allí envió a sus emisarios. Vicente Izquierdo, el histólogo; Manuel Barros Borgoño, el cirujano; Máximo Cienfuegos, el oftalmólogo y Francisco Puelma Tupper, el anatomopatólogo, regresaron impregnados del espíritu humanista de la Ilustración y de la fe en la ciencia como medio capaz de cambiar el destino humano. El mundo de la cultura se asomaba entre esperanzado y confuso al origen de las especies de Darwin y a la clasificación periódica de los elementos de Mendelejeff; a la fisiología

experimental de Claude Bernard y a las localizaciones cerebrales de Broca; a la microbiología de Pasteur y a la antisepsia de Lister. Este soplo vivificante llegaba a nuestra tierra y encontraba su natural hábitat en la Universidad. Barros, Puelma y Borgoño demostrarían el inmenso valor de la asepsia y antisepsia en la prevención de la infección por heridas de guerra durante la campaña del Pacífico. En este período nace la Sociedad Médica de Santiago (1869), la Revista Médica de Chile (1872), el hospital del Salvador (1872) y el hospital San Vicente de Paul (1874). Se establece el Profesorado Extraordinario (1881), se inaugura el edificio de la Escuela de Medicina (1889) y se inicia el Internado Médico (1893).

La medicina nacional tiene un perfil que la individualiza nítidamente desde épocas tempranas. Es el de su Medicina Social. Chile tuvo el primer código sanitario de América (1918). La Ley de Seguro Obrero, propuesta por el senador Exequiel González Cortés, inició la seguridad social y creó un servicio médico de extensión nacional que fue pionera en el continente (1924). El Servicio Nacional de Salud, que refundiera las grandes instituciones médicas de la época, fue creado por el senador Salvador Allende en 1952; contaba en esa época con 35.000 camas de hospital y prestaba atención integral al 80% de la población. La Escuela de Salubridad, fundada en 1943, se constituyó en el centro formador de un grueso contingente de especialistas en Salud Pública de Chile y los países vecinos. Su liderazgo a través del tiempo es indiscutido.

Al promediar el siglo actual, las autoridades de la Facultad encabezadas por los decanos Alejandro Garretón, Hernán Alessandri y Amador Neghme, acometieron un ambicioso plan de reforma de la enseñanza médica. Los efectos más perceptibles de la nueva orientación fueron la enseñanza teórica-práctica del alumnado en las salas de hospital, la provisión de cargos académicos de dedicación exclusiva o jornada completa, la creación del Departamento de Educación Médica, la expansión de la Biblioteca Central de Medicina y la organización de los Servicios de Bienestar Estudiantil y Asistencia Médica.

En la sesión histórica celebrada en el Anfiteatro Lucas Sierra del hospital del Salvador el 13 de julio de 1968, el ex decano Alejandro Garretón Silva expresaba:

“No me referiré a la reforma que en la Universidad se proyecta realizar... Es el fin de la vida de esta Facultad de Medicina.”

“Esta Corporación ha tenido como norma marchar a la vanguardia del progreso médico y universitario. Nada ha escapado a su inquietud y ha sido maestra en lo científico y lo social, en la investigación y en la docencia, en lo técnico y en lo moral. Su trabajo ha sido constantemente difícil y laborioso; frente a la permanente pobreza de medios, ha opuesto su entusiasmo, su método, su organización y su ingenio.”

“El decano que hoy se aleja es el último que ha presidido esta Corporación... Es un período histórico, no sólo en la Medicina, sino en la cultura de la República, constituyendo un modelo no igualado de esfuerzo, de éxito, de sincero patriotismo y de honestidad. Esta etapa se inicia con la vida egregia de Lorenzo Sazié y termina con Amador Neghme, en cuya personalidad se concentran y brillan de una manera singular las nobles virtudes de la Corporación. El homenaje que aquí rendimos al último Decano es el homenaje que elevamos, llenos de emoción, a toda la que fue nuestra ejemplar Facultad.”

Lo que sobrevino después está aún muy próximo para figurar en una crónica. Ello exige paz interior y sobre todo, libertad de espíritu entendida como la no adscripción a valores inmutables e identidades constitutivas. Saltando la una y la otra en esa crisis que sacudió la Universidad hasta sus raíces, su juzgamiento corresponde más bien a las nuevas generaciones.

#### TESTIMONIO

He querido agregar un testimonio personal de cómo vi y cómo veo la medicina en el medio siglo transcurrido desde que ingresé a la Universidad de Chile. Lo haré a través de la impresión que dejaron en mí algunos de los profesores de la Facultad y de la sensación que despertó el cambio experimentado por el ejercicio profesional desde la década del cincuenta hasta nuestros días.

La tarea no es fácil. Es repasar lo que quedó atrás con los sentidos del presente, lo que equivale a ser objeto y sujeto de observación de una realidad de la que sólo restan los ecos. Es ser a la vez el conductor, el pasajero y la posada.

Recuerdo lo que sentí al transponer por primera vez el pórtico de acceso de ese hermoso templo griego que fue la vieja Escuela de Medicina. Con mayor fuerza aun me golpea esa mañana de diciembre de 1948, en que la vi desaparecer ante los ojos consternados de alumnos, compañeros de internado y profesores de la Facultad. Veo sus columnas ennegrecidas emergiendo entre escombros humeantes. Percibo el olor ácido y penetrante de esa niebla húmeda que se levantaba desde el fondo. Contemplo el rostro desencajado y la mirada ausente de ese gran decano que fue don Armando Larraguibel y la humanidad vibrante del profesor Emilio Croizet, lamentándose de haber perdido todos sus archivos.

Al costado sur de la Escuela se alzaba la fachada colonial del hospital San Vicente de Paul, separada de la calle Independencia por una reja abierta al mundo por un estrecho pórtico conventual y una escalinata de piedra. El servicio de urgencia y el pensionado, ubicados a la entrada, parecían anunciar que su vocación primera era de humanidad.

Un paso más y se entraba a un mundo de luz perfumado por el aroma que brotaba de sus patios arbolados. A ambos lados, altos corredores asentados en pilares por los que trepaban enredaderas espejeadas de blancas florecillas. Las salas de los enfermos, con sus dos largas hileras de camas siempre repletas, comunicaban con el corredor.

Entre los patios, dispuestas a lo largo del eje del hospital, se alzaban la botica y la iglesia. Esta última, verdadero monumento histórico, se conserva semiderruida, en los terrenos que delimitan el hospital J. J. Aguirre y los edificios que albergan los departamentos básicos de la Facultad. Las salas de hombres estaban separadas de las de mujeres por una reja de hierro forjado que se aseguraba en la noche con un enorme candado.

La matrícula del primer año de Medicina era de 50 alumnos chilenos y 50 extranjeros, a los que se sumaban un considerable número de rezagados de los dos últimos cursos.

El primer contacto del estudiante con la Escuela era traumático. De nada valía la confianza que nos habían dispensado padres y maestros, la aureola que confería el haber sido un buen alumno de liceos y colegios tradicionalmente exigentes y ni siquiera el haber obtenido un alto puntaje en la prueba de bachillerato. Todo ello se estrellaba contra el pronóstico de los alumnos de cursos superiores, según el cual ocho o nueve de cada diez alumnos fracasaría en su primer intento al rendir el examen de Biología ante el profesor Noé. La aprobación en Anatomía dependía, según las mismas fuentes, más del azar que del estudio, porque era imposible retener en su totalidad una materia que incluía más de veinte mil términos nuevos. Una complicación adicional era la dificultad para conseguir cadáveres, requisito indispensable para completar el número de preparaciones exigidas por el programa. Este escollo era superable. Bastaba con que nos ganáramos la amistad de los mozos de la cátedra y nos resignáramos a sacrificar una parte de nuestro ya reducido pecunio. Afortunadamente, la solidaridad de grupo que rápidamente se establece entre gente en desgracia, solía allanar los obstáculos.

Guardo un recuerdo indeleble de algunos maestros de los primeros años.

La estampa del Dr. Juan Noé parecía haber sido desprendida de la paleta de un pintor renacentista. Noble la figura y apolíneo el rostro enmarcado por una blanca barba nazarena, estremecía al auditorio con su voz potente y bien timbrada, dulcificada apenas por su acento itálico. La biología, tal como él la transmitía, era apasionante. A su lado empalidecían la física, la química y hasta la anatomía que se impartían en el primer año. Sólo escapaban a esta sensación de aridez las lecciones de histología del Dr. Walter Fernández, uno de los colaboradores del Dr. Noé, cuyo acervo filosófico y artístico servía de plataforma de despegue y daba enjundia a su discurrir biológico; ello, junto al buen dominio del idioma, hacían posible el milagro de entregar ciencia entretenida.

El sabio Noé conmovía por la belleza del mensaje y convencía por la lógica de sus argumentos. Una cierta dosificada pasión reflejada en la expresividad del rostro y energía de los ademanes, infundían fuerza a la prédica. Objetivo y crítico como investigador, era natural que tuviera una formación determinista. Ello no le impedía comprender que el problema de los orígenes y los fines, crucial para un biólogo, estaba situado más allá de la razón y de la ciencia. Esta brecha que se interponía en la cadena causal de los hechos y que dejaba sin respuesta el postrer destino de los seres vivos, ocupó su pensamiento hasta la misma noche de su muerte. En la mesa portátil que usaba para leer y escribir, dejó un testimonio impecadero sobre aquel enigma.

El profesor Basilio Muñoz Pal era nuestro mentor en Anatomía. Si un anfiteatro de Anatomía, lóbrego como aquel, era capaz de despertar un temor reverencial por su inesquivable asociación con imágenes de ultratumba, la ficción se reforzaba cuando el profesor ingresaba al recinto. Era un hombre que había transpuesto la madurez, delgado y más bien alto, aunque algo gibado. En su rostro moreno, de palidez cetrina y expresión impasible, brillaban sus ojos oscuros como dos puñales. Debía tener una rigidez de columna, porque cuando se dirigía a la pizarra o quería señalar algún detalle en las láminas que colgaban del fondo, giraba sobre sí mismo como si fuera de una sola pieza. Repetía la lección con voz pausada, plana y monótona, insistiendo en los detalles propios de la materia y casi sin pausas. Todos lo escuchábamos con respetuoso silencio. Una vez finalizada la materia —de lo que sólo nos percatábamos cuando iniciaba el camino de regreso, siempre a pasos lentos e indiferente al medio que lo rodeaba— quedábamos en silencio. No recuerdo haber presenciado al término de la clase una descarga individual o colectiva, ruidosa o a la sordina, una reacción tan propia de esa edad que aligerara el ánimo conturbado, como era habitual en otras clases.

El profesor Eduardo Cruz-Coke se había transformado en una leyenda. Lo teníamos por un personaje trashumante cuyo genio había brillado en el medio científico europeo, particularmente en París, por la audacia y penetración de sus juicios. La sociedad chilena veía en él, más que al profesor universitario y al creador de una escuela de bioquímica cuyos discípulos eran ya famosos, al político impregnado de un nuevo sentido social llamado a grandes destinos.

Los alumnos asistíamos a sus clases con un fervor casi religioso y una actitud expectante sólo comparable a la del que asiste a una representación del teatro clásico español. Era un motivador formidable, un creador de imágenes, un artista del suspenso. Bajo su impetuosa advocación el conocimiento científico, envuelto en una especie de halo místico, parecía adquirir un poder omnisciente. El hechizo de sus raptos oratorios nos hizo perder más de una vez la médula del mensaje dejándonos, a cambio, la galanura del actor. Solía introducir el tema dándonos a conocer una nueva

substancia, casi siempre un fármaco, lo relacionaba con algún mecanismo de regulación biológica cuyas proyecciones eran materia de debate y traía y llevaba la interacción entre agente y órgano efector, extendiéndola a sus potenciales aplicaciones al ser humano. Era una catarsis intuitivo conceptual en labios de un poeta científico.

Con el paso de las disciplinas básicas a las clínicas, el escenario cambió radicalmente. Por primera vez veíamos enfermos, eje de una motivación reprimida durante tres años y nuestra vanidad cuasiadolescente, se veía gratificada por primera vez: vestíamos delantal blanco, usábamos fonendoscopio y hasta recibíamos el deferente trato de doctor.

Tuve la fortuna de ser alumno del profesor González Cortés, uno de los apóstoles de la medicina social, cuya sencillez, calidez, invariable bonhomía y sentido común hacia las delicias de alumnos y ayudantes. Era un patriarca noble y reposado, lo que condecía con sus lentos ademanes y corpulenta anatomía. Pero a la vez y en agudo contrapunto con estas características, era un hombre cuyas frases rebosantes de ingenio, punzantes y de fina ironía, circulaban en la tertulia privada y en la tribuna pública. Solía transmitir las en su peculiar lenguaje campechano, lo que tenía la ventaja de iluminar las dos caras de un problema y restañar involuntarias heridas de amor propio.

Otros profesores que nos dejaron la impresión de vocación y competencia en sus respectivas disciplinas fueron Ramón Vicuña Herboso en Semiología y Ramón Valdivieso en Terapéutica. Sus libros fueron de ayuda inapreciable en nuestras prácticas de hospital y en los primeros años de ejercicio profesional.

Fue aquella la época en que florecieron grandes maestros. Un grupo de nuestra promoción comenzó a asistir a las sesiones de la Sociedad Médica de Santiago que entonces estaba ubicada en la calle Merced. Lo hacíamos no tanto para informarnos como para ser testigos de la confrontación, no siempre académica, en que terciaban las figuras cumbre de la medicina nacional: Hernán Alessandri, Rodolfo Armas Cruz y Alejandro Garretón. A veces se inmiscuía de soslayo algún joven meritante con pretensiones enciclopédicas el que salía, las más veces, desairado y maltrecho de la aventura.

En Cirugía se empinaban Luis Vargas Salcedo, Alfonso Constant e Ítalo Alessandrini al paso que en pediatría destacaban Arturo Scroggie y Aníbal Ariztía. Lo propio hacían Carlos Monckeberg Bravo y Víctor Manuel Avilés en obstetricia, Juan Wood en ginecología, José Bisquert y Roberto Vargas Salazar en urología, Hugo Lea Plaza en neurología, Eugenio Matte Blanco en psiquiatría, Jorge Mardones Restat en farmacología y Hernán Romero en salud pública. Por aquel tiempo aparecieron los primeros cardiólogos encabezados por los profesores Larraguibel y Donoso, seguidos años después por Luis Hervé, Manuel Besoain y Rojas Villegas.

Fui alumno de Carlos Monckeberg Bravo, un personaje hierático, distante, cuya autoridad paralizaba a alumnos y ayudantes. Alguien lo había bautizado como "El Faraón", apodo que evoca su entrada al hemicycleo de la maternidad: actitud severa y solemne, enfundado el cuerpo en su impecable bata blanca, ceñida la cabeza con su infaltable gorro de cirujano y acompañado por el silencioso séquito de sus ayudantes que se desplegaban en círculo junto a él como si se tratara de una guardia pretoriana. Era un orador que iba desgranando, en un tono de cálido recogimiento, palabras justas, precisas y de bella factura. Con frecuencia intercalaba pausas cuya longitud permitía calibrar la densidad del concepto recién emitido. Era, sin duda, un personaje avasallador en el escenario de la mujer madre. En una oportunidad cayó en mis manos un apunte de clases de años anteriores y pude comprobar, no sin cierta secreta decepción, que el artista repetía año tras año gran parte de su creación original.

Otro profesor que acaparó nuestra atención desde el primer momento fue Guillermo Brinck. Era un delicioso conversador. Paseaba su gracejo original y festivo en las tertulias de café y en los pasillos de hospital. Su actuación en la sala de clases, a la que siempre traía un enfermo, era seguida por médicos y alumnos en un clima de expectación. Observador penetrante, captaba el signo físico y la intencionalidad de la frase del paciente al primer golpe de vista. Sus apreciaciones las transmitía luego en un inconfundible tono coloquial y casi al descuido, guarneciendo el concepto con imágenes fugaces y de rico colorido, como si estuviera en una reunión de amigos. Su medicina tenía un sello propio, exclusivo, intransferible. Se centraba más en la persona y en los cambios somatopsíquicos que en ella provocaba la alteración neurológica, que en la caracterización del cuadro clínico. Como buen observador, confiaba más en el conocimiento que venía de sus propios filtros que en la que aportaba la más completa documentación.

Durante los años de internado conocí muy de cerca al profesor Domingo Urrutia y a su jefe de clínica Samuel Vaisman bajo cuya dirección me formaría después como ayudante de cátedra.

Don Domingo era una personalidad que escapaba a toda generalización. Culto, vehemente y de rica inventiva, deslumbraba por la precisión y amplitud de sus diagnósticos. Se había iniciado como neurólogo, para dedicarse después en cuerpo y alma a la medicina interna, tanto en la cátedra universitaria como en el servicio de urgencia de la Asistencia Pública. Desde allí había emigrado a las grandes clínicas francesas y alemanas de fines del primer tercio de siglo, dejando un bien ganado prestigio por la seguridad de sus diagnósticos. Era un estudioso impenitente, pero no lo hacía en soledad, porque le gustaba discutir los contenidos con Samuel Vaisman. Tampoco escogía las lecturas de primera intención. Iba del enfermo al libro y no al revés, porque según él era más productivo descorrer el velo de la enfermedad cuando existía una motivación concreta.

Sus diagnósticos eran de antología y, cosa curiosa, siempre le atrajeron más que el tratamiento. El procedimiento empleado tenía algo de ritual. Después de escrutar el enfermo y asegurarse de la fidelidad de la anamnesis, lo auscultaba con atención y hurgaba con sus manos diestras lo que a esa altura ya estaba en su mente. Con la experiencia y celo que ponía en la búsqueda, le era fácil acertar. En otras ocasiones, el proceso de elaboración diagnóstica era extraordinariamente breve. Recuerdo una vez en que hizo un diagnóstico complejo a distancia. Era un día de visita médica y yo oficiaba de interno. Marchábamos por el pasillo central y de repente se detuvo junto al lecho de un joven jadeante, de rostro congestionado, con expresión de ansiedad reflejada en el rostro. Ante nuestra sorpresa, solicitó una jeringa estéril y procedió a efectuar una punción en el cuarto espacio intercostal izquierdo junto al esternón. La jeringa se llenó al primer intento de una secreción amarillenta espesa. ¡Tamponamiento cardíaco! espetó... Luego dio las razones: la edad del enfermo, la intensa cianosis, el abotagamiento facial, la distensión de las venas del cuello, la disnea y el pulso débil y frecuente. Se podrá argüir que el diagnóstico se habría hecho de todos modos. Pero en esa circunstancia, casi al pasar y con seguridad absoluta —que sólo así se podía justificar la punción precordial— era una hazaña. Evocando años después esa situación, caí en la cuenta que el “ojo clínico”, más que intuición, es la súbita percepción del rasgo distintivo común que surgió de experiencias múltiples incorporadas al diario acontecer. La experiencia adquirida en la Asistencia Pública había dejado en el profesor Urrutia una huella indeleble.

La medicina de los años 50 descansaba sobre el médico como principal recurso. Tenía más de arte clínico que de ciencia. Pero era este un arte adquirido laboriosamente, cuyos pilares eran la relación médico-paciente, la completa exploración semiológica y el conocimiento técnico-práctico de los grandes cuadros y síndromes médico-quirúrgicos. El aporte del laboratorio, de gran importancia en casos específicos, era más bien limitado dentro del conjunto. En ese tiempo mantenía plena validez el principio de que la petición de exámenes tenía que ser debidamente fundamentada.

La práctica de la medicina en un populoso sector de Santiago, me demostró que la mayoría de los pacientes consultaba cuando habían agotado los recursos caseros o cuando la fiebre, el dolor, la hemorragia o el estado de inconsciencia creaba alarma en la familia. Para muchos de ellos la enfermedad era un maleficio, la expiación de una culpa, una llamada del destino para ponerlos a prueba. La acción profesional rebasaba los aspectos curativos y debía extenderse necesariamente a la enseñanza de normas de higiene y de prevención. La creciente demanda de atención, unida a la escasez de recursos, imponían la necesidad de actuar como médico general, cubriendo toda clase de patologías con la sola excepción de la cirugía mayor. Afortunadamente en ese tiempo era posible derivar los enfermos a las postas de urgencia, maternidades y hospitales de niños

y adultos. El trámite era expedito y la asistencia gratuita e integral. Con el tiempo la asesoría se fue extendiendo a problemas de orden familiar, moral o legal. Para esa gente humilde, confiada y de limitados horizontes, el médico era en algún sentido el sacerdote, el milagrero, el protector.

La tendencia a la especialización, que fue cobrando cada vez mayor fuerza en la década del 60, restringía el campo de acción y enfrentaba al médico a estratos de mayor cultura y nivel económico. Los pacientes solicitaban un servicio, pagaban por él y expresaban sus aprensiones y dudas con entera libertad. La relación paternalista del médico general había sido sustituida por una relación de tipo contractual. La comunicación, debilitada en su vertiente afectiva, se daba ahora en el terreno de las ideas y se media por resultados concretos. El médico trocaba la ficción del apóstol por la del técnico. El paciente exigía información para conocer la naturaleza del mal y el riesgo que implicaba el tratamiento y confidencialidad, porque todo lo que atañe al cuerpo y al alma es un derecho privativo de la persona.

En ciertos casos la especialidad se circunscribe a algún capítulo en que el médico es visto como experto. En esa contingencia se ve obligado a actuar como un árbitro cuya misión es dilucidar un problema específico de diagnóstico o tratamiento. El cliente suele ser un alto funcionario, una firma que cautela el estado de salud de uno de sus ejecutivos o una persona de recursos que acude a especialistas calificados para inquirir sobre su salud y resolver en consecuencia. Esta situación en que la enfermedad es concebida como un ente absolutamente desligado de la persona, como una cosa extraña que se puede poner o sacar, incapaz de influir o ser influida por el organismo que la alberga, ha ido prendiendo en ciertos círculos a consecuencias del embrujo de la tecnología y de la bioingeniería. Esta concepción cibernética, despersonalizadora, ignora que la enfermedad es una reacción orgánica global ante agentes nocivos endógenos o exógenos. La enfermedad es tan humana como el hombre mismo.

Nos encontramos inmersos en una nueva medicina. No parece ser la vocación de sanar, ni el atractivo de la ciencia, ni el deseo de eliminar errores de construcción biológica que enmarcan el destino humano, lo que nos impulsa a ser médicos.

¿Habremos perdido la brújula? Cabe la posibilidad de que nos hayamos convertido en una profesión subordinada a otros intereses que son manejados por otros profesionales. La mejor tecnología del momento no se halla en las universidades sino en las grandes clínicas privadas y ...claro, nuestros mejores talentos migran del centro formador a confortables ambientes de recuperación donde se aprenden las nuevas técnicas, se es más eficaz, se ahorran sacrificios y se puede llegar más lejos. El diagnóstico y el pronóstico, que desde Hipócrates se mantenían en absoluta reserva, desfilan hoy por las pantallas de las computadoras para precaver de riesgo a las compañías que aseguran la salud.

La medicina tiene un aura de grandeza que no la abandonará jamás.

En su camino jalonado de triunfos ha ido del hombre al órgano, del órgano a la célula y de la célula a sus estructuras primarias. En este tránsito que rehace en sentido inverso el milagro de la creación, se ha vuelto cada vez más osada. Su primitiva vocación de amor se debilita en la medida en que revive el mito de Adán quien, tentado por la serpiente, coge el fruto prohibido del árbol de la ciencia.

## UNA MIRADA AL PASADO. RECUERDOS PERSONALES

Dr. *Tulio Pizzi\**

**L**A VIEJA ESCUELA DE MEDICINA estaba ubicada en la avenida Independencia, entre el hospital San Vicente de Paul y la calle Panteón (actual Zañartu). Destacaba por su frontis, con una breve escalinata y su portada con seis columnas dóricas. Frente a la entrada se erguían 4 grandes palmeras.

Nunca olvidaré aquella mañana de marzo de 1936, en que llegué por primera vez a ella como alumno del primer año de Medicina. Bajé del tranvía 36 en la esquina de Panteón, crucé la calle e inquieto y estremecido, con una mezcla de temor y ansiedad entré al recinto de la Escuela. Rodeando al edificio había amplios, hermosos y cuidados jardines. Al entrar, mi corazón latía más violentamente. Iba a comenzar otra etapa de mi destino; una apasionante aventura hacia algo nuevo y desconocido, un desafío que me enfrentaba al futuro sin saber qué situaciones y personas encontraría en esa nueva morada, adonde iba en busca de realizar mi soñada vocación.

La construcción tenía una sobria y añeja belleza. Básicamente consistía en dos patios cuadrados, rodeados por dos pisos de habitaciones. Sendas fuentes circulares con un surtidor central que manaba agua mansamente centraban los patios. Rodeándolos había, en el primer piso, corredores anchos, con gruesas columnas, lo que le daba un aire conventual. Los patios eran relativamente pequeños y el ambiente general era de oscuridad o penumbra. Cuando caminábamos por los corredores, estudiando gruesos tomos de apuntes, ya sea solos o en parejas, parecíamos monjes deambulantes, musitando oraciones.

Éramos muchos los que ingresábamos al primer año. A veces, más de 400. Había gran cantidad de extranjeros, especialmente bolivianos, ecuatorianos y colombianos, con sus peculiares maneras de pronunciar y casi siempre alegres y despreocupados. La mayoría no lograba aprobar el primer año y regresaban a sus países. Había pocas mujeres, a las que adorábamos, protegíamos y a veces intentábamos conquistar. Nadie tenía automóvil y sólo algunos pocos eran envidiados poseedores de bicicletas.

Nuestra primera inquietud y preocupación era adquirir los 8 tomos de la Anatomía de Testut, bellamente empastados en cuero; muchos debían contentarse sólo con el compendio de la misma obra, que llamábamos "El

\*Miembro de Número de la Academia de Medicina del Instituto de Chile.

Testut chico". Debíamos comprar, también, delantales para las disecciones y el correspondiente instrumental. Todo esto era en gran parte revendido por alumnos de cursos superiores. Nuestro primer impacto era precisamente con la Anatomía. En una edificación separada, proyectándose hacia la calle Panteón, se encontraban los pabellones de disección y el anfiteatro circular que ha sido preservado hasta hoy día. Llegábamos tímidamente a ver los cadáveres y la primera impresión era realmente impactante. Después, la mayoría nos acostumbrábamos y competíamos por obtener piezas anatómicas para disecarlas y luego presentarlas a los ayudantes para su aprobación mediante un talonario. Era necesario un mínimo de ellas para ser aprobado cada año. La mayoría de los ayudantes de Anatomía eran jóvenes estudiantes de cursos superiores. Recuerdo los amplios y largos delantales, de cuello cerrado y los gorros blancos que debíamos utilizar para trabajar en Anatomía. Mi primera disección fue de los músculos de una mano, pieza que había conseguido por intermedio de un mozo de los pabellones (obtenibles, generalmente, a cambio de algún pago). No podía dejar de pensar, mientras disecaba, en la posible persona a que habría pertenecido dicha mano y, por sus características, creía que habría sido de una mujer joven; y la trataba con delicado cariño.

Los profesores de Anatomía a la fecha eran dos (en Cátedras paralelas). Uno, el profesor Muñoz Pal, exigente, rígido, serio, era muy claro en la exposición, la que acompañaba con hermosos dibujos que realizaba en la pizarra. Era temido por su estrictez y admirado por sus condiciones didácticas. Se decía que era autor de un texto de Anatomía, ilustrado por él, que no tuve ocasión de conocer. Me correspondió cursar la asignatura con el Dr. Jirón; alto, atildado, elegante parsimonioso, de suave y cuidadoso hablar. Exponía ante nosotros, la materia en forma muy sistemática. Postulaba un origen asiático del hombre americano, basado, entre otras características, en el pequeño tamaño del bazo. Le interesaba la búsqueda de anomalías anatómicas. Culto y erudito, tenía en su casa una extraordinaria biblioteca que tuve oportunidad de conocer cuando fui por un tiempo su ayudante *ad honorem*, a partir del tercer año de mi carrera. Alguna vez le escuché decir, que a su juicio los dos mejores libros jamás escritos eran "El Quijote de Cervantes" y la "Anatomía de Testut". Luchó con éxito por la creación del Instituto de Anatomía, al que modernizó con nuevas edificaciones anexas al viejo anfiteatro.

Otros e inolvidables profesores nos guiaron en los primeros años de la Carrera. Entre ellos sobresalía nítidamente la figura del profesor Noé. Discípulo de Grassi, había llegado el año 1912, contratado para reestructurar la enseñanza de las Ciencias Biológicas, tras el retiro de Vicente Izquierdo su figura enhiesta, ágil e inquieta y su imponente barba blanca, nos sobrecogía y admiraba. Sus brillantes clases, dictadas con marcado acento italiano, en el oscuro auditorio del costado poniente del segundo patio, eran inolvidables por su clara exposición y por los contenidos hu-

manísticos de que sabía impregnarlas. Noé había dado sólidas bases científicas a la enseñanza de los primeros años de Medicina. Entre sus ayudantes destacaba, especialmente, el Dr. Walter Fernández, por la claridad y precisión de sus disertaciones. Menudo, ágil, inquieto, de fuerte voz, sucedió a su maestro en la Cátedra de Histología. Rigurosamente científico era un apasionado por la Neurohistología y se solazaba en la realización de bellas y cuidadosas tinciones en la mejor tradición de Ramón y Cajal y Río Horte-ga. El profesor Noé tenía a su cargo cuatro cátedras: en primer año, Biología General; en 2<sup>do</sup>, Histología y Embriología y Anatomía Comparada y, en 3<sup>ero</sup>, Parasitología. En cada una de ellas, contaba con destacados colaboradores. En Biología, mencionó, entre varios otros, la figura del Dr. Gasic, Biólogo profundo y creativo que parecía estar siempre retraído, algo ausente, como absorto en sus propios pensamientos.

En Embriología y Anatomía comparada, encontrábamos al Dr. Lira, casi siempre sonriente y con fino sentido del humor y al Dr. Badínez, serio, silencioso, exigente, buen expositor y dotado de sólidos y profundos conocimientos. Exhibía una gran barba oscura, la que hacía más misteriosa su apariencia. Era la perfecta imagen de un sabio (y en realidad lo era).

En Parasitología descollaba la personalidad avasalladora de Amador Neghme. Ligeramente obeso y con una calvicie incipiente, irradiaba, sin embargo, vitalidad y entusiasmo. Gran didacta e inquieto realizador, fundó toda una Escuela Parasitológica —que alcanzó gran prestigio en Chile y en el extranjero. Tenía especial preocupación por la Salud Pública y por la Educación Médica. Constituyó una de las figuras más brillantes de nuestra Medicina y ocupó muchos cargos destacados. Al morir el profesor Noé, se esforzó por mantener la excelencia del Instituto de Biología, el que fue suprimido años más tarde por los acontecimientos de la llamada Reforma Universitaria.

Una amplia constelación de destacados profesores completaban el cuadro docente de las Cátedras básicas y preclínicas. En primer año, el Prof. Gostling y García Latorre, enseñaban respectivamente Física y Química. En 2<sup>do</sup> año, la Cátedra de Fisiología comenzaba a estar a cargo del profesor Hofman, que traía de Europa una sólida formación científica experimental, la que aplicó con éxito en nuestro medio. Era sucesor del profesor Múhn, docente claro y preciso, de cuidadoso hablar y que ilustraba sus clases con demostraciones experimentales.

La Bioquímica, que todavía se llamaba Química-Fisiológica era impartida en forma brillante por Eduardo Cruz-Coke. Mezcla de científico, humanista y político, era delgado, de rostro enjuto y un tanto apergaminado, de aire soñador, pero siempre alerta y activo; de rápidos ademanes. Profundamente histriónico y carismático, cautivaba y entusiasmaba con su rápida y fácil oratoria. En las clases solía recalcar sus claros, y muchas veces originales conceptos, con secos golpes de su mano sobre un azulejo del mesón del auditorio donde dictaba sus clases (algunos decían que elegía

el azulejo que estaba ligeramente suelto para que el golpe resonara más fuerte). Sus clases no eran siempre abarcales o exhaustivas, en cuanto a la cantidad de materia tratada, pero eran de aquellas que no se olvidan, porque sabía fijar conceptos y crear inquietudes. Tenía la virtud de entusiasmar con su palabra que nos hacía ver la ciencia con un cierto dejo poético y soñador, complementada con su inquieta brillantez científica. Sumergido en una campaña político-eleccinaria, se dio tiempo, sin embargo, para recuperar clases perdidas, en horario nocturno, que nos dictó en auditorios de la Casa Central Universitaria. No sólo en la Cátedra y en la investigación, sino también la actividad cívica, destacó por su sobresaliente personalidad, alcanzando destacadas distinciones. Entre sus logros señeros debe señalarse su visionaria y benéfica ley de Medicina Preventiva dictada el año 1948.

Como ramos preclínicos, teníamos en tercer año, la Microbiología, denominada entonces Bacteriología. Estaba a cargo del profesor Vaccaro. Sus clases, que se realizaban en un auditorio en el costado norponiente del primer patio de la Escuela nos parecían un tanto tediosas y prolongadas, aunque eran, en realidad, profundas y documentadas. Como ayudantes disponía de una pléyade de jóvenes brillantes, muchos de los cuales alcanzaron, más tarde, destacada figuración en la Salud Pública y en la Clínica. Basta enumerar a nombres tan distinguidos como A. Horwitz, Meneghello, Hernán Azúa, R. Krajlevic, Perroni y Héctor Ducci (este último prematuramente fallecido en plena carrera clínica ascendente). En Parasitología, el profesor Noé ocupado, entre otras cosas, en la campaña antimalárica del Norte de Chile, delegaba gran parte de la docencia en el profesor Neghme y en J. Faiguenbaum. Las actividades prácticas de esta asignatura eran un modelo de organización e incluía un selecto material de demostración.

Paralelamente a estas Cátedras existía, en tercer año, la asignatura de Patología General a cargo del profesor Larraguibel. De estatura más bien baja, tenía una apostura elegante de aspecto digno. Vestido siempre impecablemente, con anteojos de marcos dorados, llevando con frecuencia una flor en el ojal y con su cabellera ligeramente entrecana, peinada hacia atrás, tenía la imagen de un gran señor y de un Decano, cargo que en realidad ocupaba. Era, la imagen prototípica de un Decano de Medicina. De hablar pausado y cuidadoso, disertaba en sus clases teóricas sobre la patología de las diversas enfermedades, de manera atildada y con mesura. Después de su retiro, la Cátedra se transformó por influjo de José Donoso, Egaña, Talesnick, Gunther y Douglas en una asignatura esencialmente experimental, con el nombre, tal vez poco apropiado de Fisiopatología, perdiéndose ese carácter de visión panorámica y global que le imprimía Larraguibel.

La Farmacología era enseñada paralelamente por el Dr. Van Eweyk, Privatdozent de la Universidad de Berlín, ordenado y erudito; de hablar

pausado con una abigarrada mezcla de alemán y castellano, que a veces llegaba a ser pintoresca, exponía sistemáticamente las propiedades de los diversos fármacos. Parecía el típico profesor europeo. La Cátedra paralela era desempeñada por el joven profesor extraordinario Jorge Mardones Restat. Entusiasta y preciso en el hablar, tenía una vitalidad expositora que a veces recordaba a Cruz-Coke, pero sin la arrebatadora vehemencia oratoria de éste. Dominaba profundamente su materia y tenía la habilidad de entregar hechos complejos en forma clara, no obstante su tendencia a utilizar fórmulas matemáticas, las que raras veces suelen atraer a los estudiantes de Medicina. Destacaba por su pensar, justo, metódico y objetivo.

Las clases magistrales eran la base principal de nuestra formación. En la mayoría de las asignaturas existían apuntes a máquina que constituían la principal fuente de estudio. Aparte de Anatomía, prácticamente no utilizábamos libros. La biblioteca, situada en la esquina sur poniente del primer patio, destacaba por su elegante amoblado, pero era poco concurrida por los alumnos y su acervo bibliográfico era precario. Tomábamos nuestros propios apuntes, pero, en general, preferíamos aquellos que se vendían dactilografiados, de año en año.

Las actividades prácticas (que llamábamos “pasos”) nos eran útiles, pero nuestro aprovechamiento dependía de la calidad de los ayudantes que nos correspondían. El horario de los “pasos” no siempre era constante. A veces tenían lugar a las 7 de la tarde y duraban hasta después de las 21 horas. Los ayudantes se dividían entre exigentes y condescendientes o comprensivos. Entre los primeros, no olvidaré nunca a la Dra. Guajardo, quien con disciplina casi militar nos obligaba a esforzarnos al máximo en el estudio de las células y tejidos en los “pasos” de Biología Celular. No nos agradaba, pero debemos reconocer que, gracias a su exigencia y dureza, aprendíamos a usar adecuadamente los microscopios monoculares, que ella cuidaba como joyas y nos adentrábamos en el fascinante mundo de la intimidad celular de lo viviente.

Eran días densos, que comenzaban temprano en la mañana y proseguían hasta avanzadas horas de la tarde. Estudiábamos, en general, sólo para las pruebas e interrogaciones. Ello era debido fundamentalmente al escaso tiempo libre, el que dedicábamos casi siempre en ir al casino de las hermanas Luchita y Laurita Quiroz, que en aquel entonces, quedaba en la calle Panteón. Allí, aparte de la cariñosa recepción que se nos daba, tomábamos café caliente con emparedados de jamón o queso. Era el momento agradable del día. Más atrás existía un extenso terreno baldío, en el que solíamos jugar fútbol y en el que después se edificó el hospital de niños Roberto del Río. Durante todos los años de estudios el casino, que pasó a llamarse de “La Laurita” (por desaparición de La Luchita), era sinónimo de un momento de agradable descanso. Posteriormente el casino siguió funcionando en antiguas edificaciones que quedaron del demolido hospital San Vicente y continúa siendo muy concurrido. Laura Quiroz se

constituyó, con el tiempo, en una especie de cariñosa madre de todos los estudiantes, dispuesta siempre a ayudar y comprender. Ella guarda, como en un verdadero museo, múltiples y valiosas fotografías de muchas generaciones de médicos. Parece difícil concebir la Escuela de Medicina antigua y la actual, sin el acogedor Casino de la Laurita. Ese modesto Casino, es una parte de la tradición de la Escuela de Medicina que, a pesar del progreso, no quiere morir.

Los exámenes de fin de curso eran cosa seria. El nivel de exigencia era alto. Antes, había que aprobar los exámenes prácticos. En seguida, durante varios días, tenía lugar el examen oral. El porcentaje de reprobaciones en el primer año era casi pandémico, especialmente en Biología general. Las Comisiones estaban constituidas por una terna de profesores. No existían las eximisiones ni los exámenes escritos. Éramos llamados por orden alfabético, lo que hacía que los últimos de la lista tenían la ventaja de escuchar las preguntas anteriores que cubrían casi toda la materia. Lo habitual era que, en primer año, sólo alrededor de un tercio del curso aprobara los exámenes en diciembre. El número de alumnos quedaba reducido frecuentemente a la mitad después de los exámenes de marzo.

Si lográbamos aprobar los exámenes de los dos primeros años, las cosas se facilitaban hacia adelante. Pero de todas maneras, aunque fuésemos bien preparados, al sentarnos ante las Comisiones nos imaginábamos que estábamos enfrentando a un pelotón de fusilamiento y era necesario tener la suficiente calma y seguridad.

Ya en el tercer año, se producía la transición hacia el ciclo clínico. Comenzábamos con Semiología, como Cátedra independiente y después seguíamos con patología Médica y patología Quirúrgica. Estas 2 últimas se impartían como ramos predominantemente teóricos, para entrar sólo en 5º año en las clínicas y las especialidades. Gran parte del ciclo clínico se desarrollaba en el hospital San Vicente. El establecimiento era de construcción antigua, con el esquema clásico de un patio o jardín central y las salas comunes, altas y rectangulares, ubicadas perpendicularmente a ambos lados, eran poco iluminadas y con largas filas de camas dispuestas en ambos costados. El patio central se hallaba circundado por corredores con columnas sencillas de madera. Era el clásico esquema arquitectónico que se conserva, aún hoy, en el sobreviviente hospital San José. En las salas, destacaba la presencia de las Hermanas de la Caridad, con sus vestimentas azules y sus cofias blancas, con aletas, que se extendían hacia los lados como grandes alas de paloma. Eran cariñosas, incansables y buenas auxiliares de enfermería. Ellas recibían y consolaban a los enfermos y se ocupaban (sin horario) de todos los detalles hospitalarios.

Para nosotros, los estudiantes, era todo un acontecimiento cuando ingresábamos al ciclo clínico. Entonces, ya nos sentíamos verdaderos médicos. Con nuestros delantales blancos, más cortos que los que habíamos usado en Anatomía, y armados con los sacrosantos estetoscopios, nos creía-

mos importantes. El principal contacto con los enfermos ocurría en la Cátedra de Semiología, que era paralela con las asignaturas de Patología Médica, de Patología Quirúrgica, de Anatomía Patológica y de Terapéutica. En el hospital San Vicente la docencia de Semiología estaba a cargo del profesor Vicuña Herboso: alto, garboso, pero con algunos problemas de dicción. Era un apasionado de la Semiología que enseñaba en forma muy sistemática y minuciosa. Por la misma época, desempeñaba igual cargo, en el hospital del Salvador el profesor Hernán Alessandri, a quien nos referiremos más adelante.

La Patología Médica estaba a cargo de otras dos grandes figuras de nuestra Medicina. Uno de ellos era el Dr. Garretón, apuesto, siempre escrupulosamente bien vestido; de elegante figura. Dictaba sus clases teóricas en un auditorio ubicado en un bloque de edificación anexo a la Escuela, hacia la calle Panteón, donde también hacía sus clases Larraguibel y en el cual funcionaba, además, la Dirección de la Escuela. Las clases de Garretón eran realizadas en horario vespertino; dichas en un lenguaje pulcro y cuidadoso. Se le veía joven y atildado: parecía un perfecto "play boy", pero tal vez por eso lo sentíamos algo inalcanzable, y distante y quedábamos impresionados por sus finos modales. Todo lo que decía parecía obvio e indiscutible. Era un excelente y erudito médico y un humanista en todo sentido.

El otro profesor de Patología Médica era el Dr. R. Armas-Cruz. Gran clínico y excelente expositor, destacaba por la claridad y amenidad de sus clases, que siempre dejaban muchas enseñanzas. Personificaba la gran Clínica Francesa con el aporte adicional de Escuelas norteamericanas. Era un paradigma de la sensatez y el buen sentido y trasmitía una sensación de humana bonhomía. Al escucharlo disertar nos parecía estar dialogando con un amigo. Era de contextura recia y con una ligera obesidad. Dictaba sus clases en el antiguo hospital San Juan de Dios.

La Patología quirúrgica estaba a cargo del Dr. Fernando Opazo, discípulo de Navarro. Realizaba sus clases en el hospital San Vicente, en un pequeño auditorio ubicado en las cercanías de la capilla del hospital, frente a la cual debíamos cruzar para llegar hasta la sala de clases. Dicha capilla, sobrevivió a la demolición del hospital y aún se alza, aislada y ruinoso en un lugar situado en la parte posterior del hospital Universitario. Las clases de Opazo, se iniciaban con la presentación de un caso clínico, que comentaba a medida que interrogaba a algún alumno, guiándolo en el diagnóstico. La segunda parte de la clase era una exposición teórica, basada especialmente en el libro de Forgue. Murió prematuramente a raíz de complicaciones de una intervención quirúrgica.

El otro profesor de patología quirúrgica era el Dr. Velasco Sanfuentes. Hacía sus clases en un auditorio semicircular, que era a la vez un pabellón de cirugía, con la mesa operatoria al centro, que era abarcable por la vista desde los asientos dispuestos a los lados en forma escalonada. Enseñaba

en forma clara y esquemática, destacando la lógica con que planteaba los posibles diagnósticos y la precisión con que comentaba y guiaba el diagnóstico diferencial. Enseñaba claramente a razonar frente al enfermo.

La enseñanza de las patologías médica y quirúrgica, era predominantemente teórica (con más bien, algunas escasas presentaciones de enfermos). El conocimiento teórico de las enfermedades era complementado en la Cátedra de Terapéutica, que se dictaba en el 4º año. La enseñanza la realizaba el profesor Valdivieso. Más bien delgado y enjuto, disertaba con gran claridad en un auditorio que estaba ubicado en las cercanías de la calle Independencia. Pocas veces he escuchado clases tan claras y sistemáticas como las del Dr. Valdivieso. Anotaba en la pizarra las principales posibilidades terapéuticas de cada enfermedad y comentaba cada una de ellas, con precisa sencillez. Era autor de un excelente y práctico Tratado de Terapéutica.

La Anatomía Patológica estaba a cargo del Dr. Emilio Croizet. Las clases teóricas y pasos de microscopía tenían lugar en un auditorio y en salas ubicadas en el ángulo suroriente del segundo piso del primer patio de la Escuela. El Dr. Croizet se caracterizaba por su enérgica y varonil apostura. Hablaba en tono fuerte y rotundo y muchas de sus exclamaciones parecían voces de mando. Cuando saludaba de mano lo hacía con tal fuerza que el desprevenido interlocutor arriesgaba una luxación del hombro. Era alto, erguido, con penetrantes ojos azules detrás de unas finas gafas con marcos dorados. Su mirada brillaba con picardía cuando hacía sus frecuentes bromas o contaba pintorescas anécdotas. Su enseñanza estaba orientada especialmente hacia la clínica, dando énfasis a conceptos de aplicación práctica. De especial interés eran sus clases prácticas que realizaba con autopsias. La historia clínica de muchos de los casos presentados eran brevemente resumidos en una frase escueta y contundente: "este enfermo, llegó, boqueó y murió". Se trataba frecuentemente de neumonías terminales en pacientes con otras patologías, lo que él llamaba "el papiro-tazo final". Sus relatos y anécdotas hacían amenas sus clases. Se decía que para los exámenes prácticos finales, los estudiantes "compraban" los diagnósticos histológicos a uno de sus auxiliares. Aunque eso hubiese sido posible, no siempre era de mucha ayuda frente a la analítica interrogación del profesor.

En los últimos años nos sumergíamos en los ramos clínicos. En Medicina Interna descollaban las figuras de Garretón y Armas Cruz y en forma muy especial la de Hernán Alessandri. Alto, imponente, casi siempre serio y no muy comunicativo, su sola presencia llamaba al respeto y admiración.

Tenía su Servicio en el sector nuevo del hospital del Salvador, docente, sobrio y profundo, gran clínico, tuvo como ayudantes a médicos muy distinguidos, los que formaban su Escuela. Entre otros, recuerdo al Dr. García Palazuelos, al Dr. Olivares, a Eliseo Concha, a Gastón Chamorro, a Fritis, a Soza, a Etcheverry, a Lener, a Florenzano, incluyendo, por

supuesto, al brillante Héctor Ducci. Alessandri era exigente y autoritario, pero al mismo tiempo comprensivo y justo. Tenía una sana rivalidad académica con el Dr. Armas Cruz y eran famosas las acaloradas discusiones que tenían lugar entre ambos en las sesiones de la Sociedad Médica, en esa época, ubicadas en la calle Merced. Las reuniones anatomoclínicas del Servicio del Dr. Alessandri, presididas por el patólogo Dr. Roberto Barahona eran de extraordinaria calidad.

En el hospital San Vicente, la clínica médica estaba a cargo de González Cortés y de Prado-Tagle, ambos excelentes clínicos, docentes y hombres públicos. Impartían principalmente su enseñanza al lado de la cama del enfermo, en la mejor tradición de la Medicina francesa, con una fina habilidad semiológica y un claro criterio. Los veía desplazarse lentamente de cama en cama, rodeados de ayudantes y alumnos durante las visitas diarias, deteniéndose ante cada enfermo, examinándolos cuidadosamente, con dedicación y cariño y discutiendo, con claro raciocinio las posibilidades diagnósticas y terapéuticas. González-Cortés, siendo parlamentario, había contribuido a promulgar la visionaria Ley del Seguro Obrero Obligatorio.

En el estudio de la Clínica Médica, además de los habituales apuntes, solíamos leer los grandes tratados de los autores alemanes Brugsch y Von Bergmann, así como el más reciente libro de Cecil, que reseñaba la dinámica y avanzada medicina norteamericana; sin embargo, muchos preferíamos los claros y didácticos textos franceses de la colección de los "Précis Médicaux". Leíamos con especial agrado la "Presse Medical" y nos cautivaban las "Petites cliniques" de De Ramón, que nos enseñaban tan sabiamente a razonar clínicamente. Esperábamos también con ansia, la publicación de la excelente "Revista de la Sociedad Médica de Chile" y, ya más avanzadamente, los números del "Journal of The American Medical Association" (J.A.M.A.).

Nos dedicábamos a estudiar; no había paros ni tomas de locales, ni huelgas.

En Cirugía descollaban varios excelentes profesores. Félix de Amesti, alto, atlético, con calvicie incipiente, era un extraordinario cirujano, al tanto siempre de los últimos avances técnicos. Formaba equipo en el hospital del Salvador, con Hernán Alessandri. Por su parte, el Dr. Ítalo Alessandri colaboraba en la parte quirúrgica con Armas Cruz. De pequeña estatura tenía, además de su gran calidad como Cirujano, una particular viveza intelectual y eran famosas sus agudas réplicas o consejos. En el hospital San Vicente había dos grandes maestros de la cirugía: Vargas Salcedo, buen cirujano, concienzudo docente y destacado humanista y Álvaro Covarrubias, con similares atributos.

En todas las especialidades, sin excepción, existían distinguidos profesores. En oftalmología, por ejemplo, destacaba la figura del Dr. Charlín. Aparte de excelente y ameno docente era un gran humanista. Preconizaba el empleo de la tuberculina para el tratamiento de una serie de afecciones

oculares y de otra índole. Criticado por algunos, hoy podríamos explicar muchos de sus éxitos, porque sabemos que los productos derivados del bacilo de Koch, que él utilizaba, pueden actuar como potentes estimulantes de respuestas inmunitarias. Tal vez algunos de sus resultados, incluso en remisiones de ciertos cánceres, puedan explicarse por este mecanismo.

También eran grandes maestros de la Oftalmología, Espíldora y Verdaguer, los que sin la brillantez oratoria de Charlín, eran excelentes didactas y destacados humanistas.

En Urología había un grupo de excelentes profesores, que contribuyeron a dar prestigio a la especialidad. Nombraremos a Lobo-Onell, a Bisquert, a Ibarra Loring y a Waldemar Coutts. Todos ellos eran grandes clínicos y expertos docentes. Lobo-Onell había colaborado en Francia con el Dr. Chabanier en la publicación de un excelente tratado de la especialidad. Me correspondió realizar el curso con el profesor Coutts. Alto, de aspecto atlético, era claro y preciso en la exposición y un destacado clínico. En el trato con los alumnos era cordial y comprensivo.

Una de las especialidades que más nos atraía era la de Obstetricia. La impartía el profesor Monckeberg, en un amplio edificio frente a la calle Panteón, que hoy está destinado a la atención Oncológica. Las clases de Monckeberg eran elegantes y precisas y, a pesar que estaban casi literalmente reproducidas en apuntes que circulaban año a año, agradaba asistir a ella por el carácter discursivo que le imprimía. El Auditorio de la Maternidad era imponente, de estructura semicircular, tipo anfiteatro. En el frontispicio se encontraban inscritos en francés los siguientes versos:

*Nous entrerons dan la carrière  
quand nos ainèes n'y seront plus  
Nous' y trouverons leur poussière  
et la trace de leur vertues*

Monckeberg era ceremonioso y espectacular. Hacía su entrada a la sala de clases por una puerta lateral, acompañado de un largo séquito de ayudantes. Siempre serio, nos infundía respeto y admiración. Insistía en los principios éticos y en la gran responsabilidad que asumía al obstetra que, como decía: "tenía en sus manos dos vidas". La pomposidad de sus clases estaba complementada por su vastísima cultura y por exquisitos y elegantes modales. Lo llamábamos cariñosamente "El Faraón" por el respeto que nos imponía y por la espectacularidad de su presentación.

La Ginecología era enseñada en forma sobria y severa por el profesor Wood. Extremadamente serio, cortante en su hablar, era un clínico profundo, sistemático y analítico, que nos inculcaba un especial respeto por sus pacientes. Nunca lo vi sonreír.

Otra atractiva especialidad era Pediatría. En esa época habían varios profesores que tenían sus propias Escuelas que rivalizaban dura, pero

dignamente, unas con otras en el plano académico. En el hospital Roberto del Río, encontrábamos la figura imponente del Dr. Scroggie, de contextura atlética y de exigente disciplina, pero de fina excelencia clínica. Representaba la Pediatría alemana, habiendo sido discípulo de Filkenstein. Fue sucedido por el joven y activo Dr. Meneghello, autor, con sus colaboradores, de un excelente tratado de Pediatría. El Dr. Ariztía, fino y culto y de acertado criterio clínico, enseñaba la especialidad en el hospital Calvo Mackenna. Finalmente, en el antiguo hospital Arriarán impartía la Cátedra al Dr. Baeza-Goñi, de la Escuela del Dr. Cienfuegos.

De las otras especialidades, recuerdo en especial la de Psiquiatría y las excelentes clases del Dr. Vivado Orsini. Todas eran con presentación de enfermos que debían ser examinados por los estudiantes, bajo la dirección del profesor. Muchos casos nos impresionaban profundamente. Las clases tenían lugar en un pequeño y modesto auditorio en el antiquísimo y casi ruinoso hospital Psiquiátrico que llamábamos "Casa de Orates". El establecimiento, ubicado en la calle Olivos, era un lugar deprimente e impactante. Casi peor que una cárcel, con el frecuente empleo de las famosas "camisas de fuerza". Se veía allí gran sufrimiento y escasa eficiencia en los tratamientos. Sólo una vez entré al patio de los agitados, donde robustos auxiliares controlaban a los pacientes más agresivos. No quise volver.

Las clases del Dr. Vivado eran claras y sistemáticas. Era reposado, tranquilo; sin alterarse jamás y con muy buen sentido. A la inversa de lo que habitualmente pensábamos de los psiquiatras, era la imagen de la ponderación, la sensatez y el equilibrio.

En Neurología había dos destacados profesores. Uno de ellos era el Dr. Lea-Plaza. Tenía un aspecto un tanto bohemio, con aire soñador, de cabellera larga, ondulada, peinada hacia atrás. De andar pausado. Impresionaba por su gran capacidad como clínico y por su profunda cultura y humanismo. Los diagnósticos se realizaban con una precisión casi matemática; sin embargo, las posibilidades terapéuticas eran casi siempre muy limitadas, reduciéndose habitualmente al empleo del yoduro de potasio. En sus clases impresionaba la lógica de su raciocinio. Entre sus ayudantes destacaba el inteligente, ágil y dinámico Dr. Armando Roa, quien posteriormente se dedicara a la Psiquiatría, constituyéndose hasta hoy en una de las grandes figuras de nuestra Medicina. Con cualidades parecidas a Lea-Plaza, aunque de aspecto atlético, impartía una cátedra paralela al Dr. Brinck, también eximio clínico de una privilegiada y culta inteligencia.

La Neurocirugía, aún en sus inicios, era practicada por el Dr. Asenjo y un grupo destacado de discípulos. Usando una amplia capa oscura y un gorro de cirujano, Asenjo parecía imponente, a pesar de su baja estatura. Su particular eficiencia y capacidad operatoria en una especialidad casi heroica para la época, le confirió gran prestigio en Chile y en el mundo entero. Era un hombre de avanzada. Construyó un moderno Instituto de

Neurocirugía, anexo al hospital del Salvador y colindante con el también moderno hospital del Tórax.

La Dermatología era impartida especialmente por el Dr. Prunés, que hacía todas sus clases con enfermos. Nos enseñaba, con fuerza didáctica y cierto grado de severidad, a distinguir las innumerables lesiones cutáneas, en base a una rigurosa semiología. Le colaboraba el inteligente y casi hiperquinético Dr. Hevia, a la sazón muy joven y de gran dinamismo, quien después de una brillante carrera docente continúa activo hasta hoy en el hospital Universitario. En el antiguo hospital San Luis, anexo al hospital Salvador y dedicado exclusivamente a la Dermatoveneorología, enseñaba el profesor Jaramillo, también gran docente, pero al cual tuve poca ocasión de conocer.

El Dr. Castro-Oliveira destacaba con relieves propios en la Cátedra de Otorrinolaringología. De noble y reposado aspecto, era un respetado docente y un destacado hombre público.

La Tisiología era una especialidad importante, ya que en esa época la tuberculosis constituía un serio problema médico y social debido a la ausencia de tratamientos efectivos y a la insuficiencia de recursos asistenciales. Muchos estudiantes de medicina contraían la enfermedad y debían ser sometidos a frecuentes sesiones de neumotórax o a la permanencia en prolongado reposo en distantes sanatorios donde la vida parecía transcurrir como en "La Montaña Mágica" de Thomas Mann. La Cátedra, era impartida, entre otros, por dos profesores destacados, no sólo en la Medicina, sino también en la actividad pública, como fueron el Dr. Orrego Puelma y Sótero del Río; este último ocupó el cargo de Ministro de Estado en varias oportunidades. Las clases de ambos eran sobrias y profundas. Orrego era un tanto inquieto y a veces apresurado en la dicción, pero simpático y accesible. Sótero del Río, por el contrario era pausado, de voz grave, de aire serio y pensativo. En Tisiocirugía —lo que ahora llamaríamos Cirugía Torácica— destacaba el profesor Alonso, más bien menudo, pero de clara inteligencia y de gran capacidad técnica y audacia operatoria.

Existía también una Cátedra de Dietética y Nutrición, a cargo del Dr. Mardones Acosta, quien era también, a la sazón, Director de la Escuela de Medicina. De aspecto campechano, dictaba clases sencillas, entregando conceptos prácticos, matizados, a veces, con frases algo pintorescas. Era una personalidad curiosa que, provocaba, a veces, la sonrisa de los estudiantes, por sus salidas un tanto fuera de lugar. Bajo una apariencia de severidad se ocultaba un hombre bondadoso y comprensivo.

La Cátedra de Higiene era servida por el benemérito Dr. Lucio Córdova, ya de bastante edad. Se había quedado en el pasado. Leía sus clases en auditorios casi vacíos. Fue un pionero de la especialidad, pero ahora los años le pesaban. En forma paralela impartía la asignatura el joven e inteligente Hernán Urzúa, formado en las más avanzadas Escuelas de Estados Unidos. Junto con Hernán Romero, Eugenio Suárez y otros, fundó

la Escuela de Salubridad, anexa al Instituto Bacteriológico (hoy Instituto de Salud Pública) ubicado en un moderno y amplio edificio en las cercanías del Estadio Nacional. Dicha Escuela, alcanzó prontamente un merecido prestigio en el continente y contribuyó a formar un grupo de destacados profesionales dedicados a la Epidemiología y a la Medicina Preventiva.

El profesor Vidal Oltra, ya seriamente enfermo, delegaba gran parte de la enseñanza de la Medicina Legal en sus ayudantes. Era escalofriante ver en las autopsias tanatológicas tanta violencia y sufrimiento. El desesperado rictus facial de los suicidas, cuerpos desgarrados, acuchillados, degollados. Mujeres jóvenes y atractivas, víctimas de abortos sépticos. Toda la tragedia y la maldad humana reflejada en esos pobres cuerpos que debían ser descuartizados para precisar la causa exacta de la muerte. Una impresión especial me producían aquellos casos en que el cadáver nos era presentado inicialmente vestido. Me parece que era más impresionante ver a esos hombres y mujeres muertos, con sus pobres vestimentas ensangrentadas o destrozadas, que observarlos ya en su fría desnudez. Esas prendas que ellos habían usado en su vida diaria, que les costaron dinero, que cuidaron y vistieron cada día; esos zapatos casi siempre gastados, me emocionaban, pues acentuaban el carácter humano del cadáver. Y pensaba: ese hombre o esa mujer en la mañana del día de su muerte, se vistió con sus pobres vestiduras, se colocó sus calcetines, medias y zapatos, tal vez deseando comprarse algún día otros más nuevos. Y salió a sus labores, a enfrentar la vida, encontró en cambio la muerte. Era una realidad distinta del cadáver desnudo de los hospitales, personas que habían sido cuidadas y tratadas y que murieron sin crueldad. La muerte súbita y violenta es la que más sobrecoge.

Terminadas las especialidades entrábamos al período del Internado que incluía las cuatro grandes clínicas: Medicina Interna, Cirugía, Obstetricia y Pediatría. Allí nos incorporábamos plenamente a la actividad clínica hospitalaria. Se nos asignaban enfermos, realizábamos turnos y asistíamos a reuniones clínicas y anatomopatológicas. Ahora adquiríamos responsabilidades y nos enfrentábamos directamente a la realidad médica; allí aprendíamos en verdad a ser médicos, a comportarnos como tales.

Guiados por excelentes ayudantes y a través del contacto directo con el profesor, nos íbamos adentrando en el quehacer de nuestra profesión. En esa etapa era habitualmente cuando definíamos nuestra vocación y elegíamos la especialidad que íbamos a ejercer posteriormente. En el mismo período debíamos elaborar nuestras Tesis de graduación, para lo cual con frecuencia retornábamos a las Cátedras básicas. Así, aprendíamos también a realizar una publicación científica, lo que requería bastante tiempo y cuidado. La Tesis o "Memoria" como la llamábamos, era rigurosamente evaluada por una comisión *ad hoc* ante la cual debía ser defendida por el candidato. En aquellos años, la Tesis debía ser publicada, lo que nos agregaba una demanda económica de cierta cuantía. La realización de la Me-

moria tenía indudablemente un alto carácter formativo y numerosos aportes científicos derivaban de ellas. Para algunos, llegaba a ser la más importante y, a veces, incluso, la única publicación en su vida profesional.

En el Internado de Medicina, perfeccionábamos nuestra Semiología y la capacidad diagnóstica. Nos familiarizábamos con la terapéutica y con la confección de buenas fichas clínicas. En el Internado de Cirugía, realizábamos nuestras primeras operaciones y participábamos como ayudantes en muchas otras. En Obstetricia, debíamos completar un número mínimo de partos atendidos, lo que constituía una experiencia inolvidable. En Pediatría nos familiarizábamos con el peculiar modo de actuar frente a nuestros pequeños pacientes. Sufríamos con su dolor y teníamos una especial dicha cuando sanaban. En las salas, veíamos en ellos, el importante impacto de la desnutrición y la pobreza y el dolor de las madres. Es duro ver sufrir y morir a un adulto. El sufrimiento de un niño es desgarrador. Por eso decidí no dedicarme a la Pediatría.

Un episodio inolvidable durante el Internado era la rotación que debíamos realizar en una Posta de la Asistencia Pública, comprendiendo turnos nocturnos. Era esta una Medicina distinta de la hospitalaria, que nos sumergía en una impactante realidad. Nos dejaba grandes enseñanzas. Debíamos enfrentar todo el dramatismo de los accidentes, las heridas a bala y de arma blanca: las súbitas y casi siempre graves emergencias médicas; una interminable serie de casos imprevistos y casi siempre graves. Había noches enteras en que sólo veíamos dolor, sufrimiento, angustia y muerte, ante lo cual debíamos tratar de actuar con eficiencia y rapidez. No había cabida para especulaciones o demoras. Todo era acelerado y tenso. Apreciábamos la eficiente colaboración de practicantes y enfermeros que, saturados de experiencia, casi siempre nos ayudaban a resolver muchas situaciones. Los médicos y cirujanos de las postas tenían una manera especial de actuar. Nos trataban generalmente con rigurosa disciplina y en realidad no cabía otra cosa. Vivíamos esas horas precipitadamente, enfrentándonos y teniendo que resolver situaciones difíciles en la mejor forma posible. La experiencia alcanzada era grande y se salvaban muchas vidas a pesar de la escasez de los recursos. Me correspondió realizar esta dura actividad en la antigua Posta N° 2, ubicada en la calle Maule, en el difícil y peligroso barrio Matadero. Hoy día dicha posta ya no existe. Fue cerrada hace ya varios años, pero su recuerdo permanece siempre vívido en mi memoria.

Las pruebas prácticas y los exámenes finales nos obligaban a intenso estudio y a noches de vigilia para prepararnos adecuadamente. Todos deseábamos aprobar con "Distinción Máxima". Muchos lo conseguíamos, pero siempre a costa de un gran esfuerzo. Finalmente, llegábamos al examen de título realizado ante una imponente Comisión, presidida por el Decano en una suntuosa sala de la Casa Central Universitaria. Nuestro temor y emoción eran grandes, porque constituía un episodio obviamente

trascendental en nuestras vidas. Después debíamos concurrir a recibir nuestro diploma de “Médico-Cirujano”, en que prometíamos en grupo, y con poca solemnidad, respetar el juramento hipocrático. Ya éramos médicos.

Después entrábamos a nuestra vida profesional, con todas sus vicisitudes, con sus problemas, sus fracasos, sus esperanzas y desiluciones. El torbellino insospechado de la vida que nos llevaba por distintos senderos.

Pero esto ya es otra historia.

La rápida y panorámica mirada hacia el pasado que he realizado en las líneas anteriores, me ha embargado de nostálgicas añoranzas. Acuden vívidas a mi memoria las imágenes de muchos de mis más recordados profesores y docentes. A algunos habré involuntariamente olvidado y quizá a otros los habré injusta o incompletamente “evaluado”. Pido perdón por ello. No he incluido tampoco en esta reseña a grupos destacadísimos de médicos que ejercieron la docencia en las otras Escuelas de Medicina del país, tales como Lipschutz, Herzog, Henckel, Grant Benavente y González Ginouvés en Concepción. Joaquín Luco, Croxatto, Vargas Fernández, Balmaceda y Rencoret en la Universidad Católica. Max Westenhoeffer en el Servicio de Salud y tantos otros. Mi propósito ha sido solamente, rememorar mis años de estudiante en mi querida Facultad y las vivencias que conservo del contacto directo con mis maestros. Tuve el privilegio de vivir una de las etapas más brillantes de la Medicina chilena. En efecto, un extraño fenómeno llevó a nuestra Medicina entre los años 1930 y 1960 a un sitio extraordinariamente destacado en el ámbito nacional e internacional.

La historia la hacen los hombres, especialmente algunos hombres. Personalidades relevantes que saben en algún momento alzarse sobre la epigónica situación de épocas un tanto adormecidas y, removiendo las conciencias, son capaces de imprimir y señalar nuevos rumbos. Es lo que ocurre en el período que hemos reseñado. Surge toda una falange de hombres dotados. No sólo estaban ampliamente capacitados en el conocimiento de las disciplinas que cultivaban con fervor, sino que se distinguieron por sus acendradas condiciones éticas y humanísticas y por su vocación de servicio público.

Enseñan y forman discípulos con abnegada dedicación. Practican con eficiencia y dignidad su profesión. Se preocupan por la salud pública. Crean instituciones señeras de las Medicina Social. Son humanistas. Es una avalancha de intelectuales que arrasa antiguos esquemas y hacen posible lo que podríamos llamar “La época de oro” de la Medicina Chilena. Casi diríamos que es un milagro. Realizaron tanto con medios tan escasos que el hecho asombra y llama a preguntarse por las causas que lo hicieron

posible. Tal vez el ejemplo de algunos antecesores, distinguidos, como Vicente Izquierdo, Brockman, García Guerrero, Orrego Luco y Lucas Sierra, entre otros. Quizás, la creciente influencia de las escuelas médicas europeas y norteamericanas. Sin embargo, estas y otras razones no bastan para explicar esa fuerza avasalladora que removió hasta sus cimientos a nuestra Medicina. Pienso que un papel primordial en este renacimiento debe atribuirse a la nueva orientación que asumió la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile y las otras jóvenes escuelas de medicina del país. La enseñanza de la Medicina adquiere una sólida base científica, que arranca especialmente de Noé y que se complementa con una ejemplarizadora formación clínica y una proyección hacia la Medicina Social. El progreso abarcó todas las especialidades, sin excepción y se impregnó de principios éticos y humanísticos que no sólo se enseñaron con palabras, sino que fundamentalmente con el ejemplo. Todo ello lo forjaron esos grandes maestros de la Medicina Chilena con modestia y generosidad. Estaban dotados de sabiduría, de cultura y de ese espíritu luchador y de superación propio de la intelectualidad del pueblo chileno, acostumbrado a sobreponerse a la frecuente adversidad en este apartado rincón del mundo. Algunos de los aquí nombrados afortunadamente aún viven, sobrellevando una digna y serena ancianidad. La mayoría partieron algún día hacia el infinito, pero nos legaron la valiosa herencia de sus vidas ejemplares, de sus realizaciones y de sus esfuerzos imperecederos.

Una mañana clara del mes de diciembre del año 1948, llegué temprano al Servicio de Medicina del Dr. Alessandri en el hospital del Salvador donde me desempeñaba como Médico *ad honorem*. Pasé visita a mis pacientes e ingresé a la reunión clínica que se desarrollaba en el amplio auditorio central del hospital. Alguien interrumpió la sesión para dar la noticia que la Escuela de Medicina se estaba incendiando. Salí precipitadamente de la sala y presuroso me dirigí al lugar del siniestro. Atravesé las barreras policiales. Quise ingresar para rescatar los protocolos de años de investigación. Alguien me detuvo y me dijo: “Es inútil y peligroso: todo está destruido”. Los muros del edificio y las columnas del pórtico se alzaban aún intactas, pero en el interior sólo quedaban escombros humeantes. Por las ventanas ennegrecidas se escurría lentamente el agua que habían lanzado los bomberos. La veje Escuela de Medicina lloraba...

## EPÍLOGO

En un amplio sitio libre de la actual Facultad, hay un pequeño montículo de piedras con una lápida donde se encuentran grabadas las siguientes palabras, algo borradas por el tiempo:

“En estos sillares se alzó majestuoso el pórtico griego de la Escuela de Medicina. Sesenta generaciones ilusionadas lo cruzaron día a día. El 2 de diciembre de 1948 el fuego destruyó la obra material. De sus cenizas ha surgido la nueva Escuela.”

En las cercanías, rodeados por un pequeño muro de piedras se alzan dos grandes jacarandá, como testigos vivos del antiguo jardín. Desde las ventanas de mi oficina los veo renacer cada primavera.

## LA HUMANIZACIÓN DE LA MEDICINA, TAREA DE NUESTRA FACULTAD

Prof. Dr. *Armando Roa*

**L**A TECNOLOGÍA SI BIEN ES un aspecto esencial de lo más humano del hombre, también tiende a ocultar eso humano en medio del entusiasmo que le provoca el sentirse dueña de la realidad, dejando en la oscuridad el mundo de los sentimientos, de las significaciones, de las trascendencias que le dan sentido a la vida. Preocupación central de nuestra Facultad ha sido desde muy antiguo y permanentemente, velar por entregar a sus estudiantes y académicos un *hombre entero* y no la parcela exclusiva que ilumina la tecnología. Ejemplo de esto han sido los cursos de Ética Médica, de Antropología Médica, de Filosofía de la Ciencia, que tienen ya una tradición.

En el presente trabajo queremos referirnos a las consecuencias que la excesiva tecnologización de la vida, propia de nuestra época, puede traer a la medicina.

Una característica propia de la época actual que ha tomado el dudoso nombre de postmodernidad es el dominio soberano ejercido sobre la mente por la tecnología, que es una técnica penetrada de ciencia y en íntima relación con la ciencia, pero orientada, como es lo propio de todas las técnicas hacia el más fácil manejo y dominio de la realidad. Estas técnicas, como ocurre, por ejemplo, con todo lo derivado de la informática, desde el modesto computador de bolsillo, procuran no sólo liberar al hombre del trabajo manual pesado, sino reemplazarlo en tareas específicamente humanas, como lo son las del pensar abstracto, las de la creación de lenguaje, las de la producción de metáforas, las de las soluciones a velocidad impensable, de complejas operaciones matemáticas. Desde hace tiempo, como se sabe, hay máquinas capaces de jugar ajedrez mejor que un buen maestro y con rapidez suma. Lógicamente las máquinas conducen en muchas esferas a resultados iguales o mejores que los humanos, pero en contraste, no experimentan por dentro la sensación de esfuerzo, de angustia, de expectación y de gozo, que experimenta el hombre cuando aborda tareas o problemas y los resuelve; es esa penosidad y gozo propio del trabajo, lo que le hace encariñarse con su resultado y sentirlo como algo personal enriquecedor, íntimamente suyo. El hombre anterior a esta postmodernidad, o sea, el de la época llamada modernidad iniciada con el Renacimiento y la Reforma del siglo XVI, se sentía en noble lucha con la naturaleza y consigo mismo para conocer y disciplinar tanto la realidad como la propia intimidad; el de ahora, se siente conquistador victorioso en camino de avasallarla, transformarla o incluso sustituirla, en la creencia,

a veces, de que lo artificial es superior a lo natural, en cuanto es fabricado a la medida de nuestras ambiciones y necesidades y se reemplaza a gusto cuantas veces se desee.

La modernidad tuvo demasiada fe en hacer un mundo feliz a base de ideologías, cambios radicales en las estructuras sociales, movimientos vanguardistas en el arte, en la poesía, que aspiraban los últimos, a dislocar nuestra sensibilidad al extremo, para iniciarnos en un nuevo modo de percibir los sonidos, los colores, las formas, las perspectivas, los juegos de luces y sombras, las metáforas y símbolos, en suma, una nueva percepción de lo que yace más allá de las apariencias. Se trataba en cierto modo, de poner al revés nuestros órganos de los sentidos, nuestra razón, nuestra voluntad, a fin de llevar a nuestra imaginación a construir universos inéditos. En esa línea estaban poetas como Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, Apollinaire, Pound, Eliot, Huidobro, Neruda y pintores como los impresionistas, los cubistas, los surrealistas, y las corrientes musicales posteriores a Schönberg y Mahler.

Había en la modernidad la creencia ideológica o utópica, de que el hombre, por inventiva suya venida desde lo más profundo, podía superar al hombre llevándolo a un destino infinitamente mejor. Marx habla de dos épocas: la prehistoria, en que el hombre es sojuzgado por los poderes materiales, entre otros, las estructuras económicas, y la historia, que se inicia con él, y en la cual el hombre será amo y no esclavo. Freud cree independizarnos de todas las fuerzas impulsivas ocultas que nos privan de una existencia apacible y gozosa. La modernidad cree en suma acceder a la auténtica verdad de nosotros mismos y las cosas.

La postmodernidad, en la cual estamos, ni afirma, ni niega aquello, puede vibrar aun con sus creaciones pero el largo camino de experiencias que llevó a eso ya no la tienta tanto, no es el suyo; y de hecho no cree en él o bien aquellas pretensiones han perdido vigencia; sólo la embeleza la tecnología y la ciencia en cuanto es puerta hacia resultados pragmáticos directos de los cuales se parte al instante hacia nuevos resultados igualmente tangibles, inmediatos, asombrosos. La ideología o la utopía asentaban en la fe o en la fantasía de un mañana divisible a lo lejos, la técnica asienta en cambio, en lo perceptivo directo al alcance de la mano. Así ahorra toda espera, convierte el futuro en presente, y no el presente en futuro, como era lo propio de las ideologías de la modernidad. La tecnología es imperio de un presente continuo, interminable, y no del pasado, ni del porvenir.

La biotecnología nos ha puesto ante la posibilidad de modificar a las especies vivas, de crear especies nuevas, de engendrar en laboratorio seres humanos, de equiparlo a gusto y a muy poco andar, de las cualidades físicas y psíquicas deseables de que dispondrán. Se supone, a lo menos implícitamente, que provisto gracias a manipulaciones genéticas de una inteligencia y voluntad poderosa, será apto para crear a mucho mayor velocidad tecnologías cada vez más eficaces para obtener un mundo de

felicidad hecho a plena satisfacción. El hombre moderno era más bien un profeta, el postmoderno se considera un demiurgo, como el de los viejos sueños de Plotino y los neoplatónicos, que era soberano creador de mundos.

El hombre ha sido siempre técnico; eso lo diferencia de los animales; cada nuevo invento, desde la producción a voluntad del fuego o de la rueda, hasta la invención de la pólvora, de la imprenta, de la navegación a vapor, de los ferrocarriles, de la luz eléctrica, de la fotografía, del teléfono, del cine, de la radio, lo ha llevado, no sólo a escapar de las penurias de la naturaleza y a gozar más de la existencia, sino a nuevos modos de concebir la realidad, a cambios culturales importantes. Lógicamente el espacio, el tiempo, la tierra, el cielo, el mar, se perciben distintos, como se percibe distinto el contacto con otros pueblos u hombres, si se viaja sólo a caballo o se usa tren o avión; no es lo mismo disponer como único medio de comunicación a distancia de la carta o del emisario, que disponer del teléfono o de la radio. No es igual conservar fielmente el pasado sólo a través del relato, que a través de la fotografía o el cine. Hasta llegar a nuestro siglo, la técnica facilitaba y acrecentaba enormemente la satisfacción de necesidades habituales, para lo cual antes se recurría a medios mucho más rudimentarios y de infinito menor rendimiento; en ningún caso estas técnicas nuevas suplantaban, sin embargo, al hombre mismo y sus necesidades espirituales de intuir un mundo propio a través de la lectura, de las artes, las ciencias, los viajes, el contacto vital con la naturaleza virgen. El hombre sentía que la técnica cubría una parte valiosa de sus necesidades, pero en ningún caso, cubría las necesidades primordiales de tener una visión personal de la realidad, de comprender por dentro y en la medida de lo posible el transcurso de la historia, la evolución de las especies vivas, la causa de las injusticias sociales, el sentido de la existencia. El hombre experimentaba a fondo la contingencia y la caducidad de la vida y por lo mismo se encontraba en deuda con los demás que ayudaban a tal existencia y sentía entonces que debía su paso por la tierra a un mero don gratuito, no a una necesidad forzosa, y por lo tanto debía corresponder a esa dádiva, haciendo algo personal que fuese en bien de los otros.

En esta edad tecnológica postmoderna, en cambio, el ser humano está abortido y a la espera inmediata de descubrimientos que le solucionen todos los problemas que causan angustia y dolor, como lo son la vejez, la enfermedad invalidante o incurable, la posible anormalidad de los hijos, y quizás, si hasta la muerte. En vez de preocuparse por el sentido de la vida como ocurría antes, sentido dentro del cual el sufrimiento jugaba un importante papel, una nueva frase se ha convertido en el paraíso a resguardar; se enuncia en dos palabras mágicas: calidad de vida. Lo que importa ahora no es la vida sino su calidad, entendiendo por calidad, el goce activo de los placeres sensoriales y eróticos, y el dominio de los órdenes del prestigio, del poder y del dinero. En consecuencia quedan marginados de lo humano las personas de edad, los enfermos graves incurables, los niños defectuosos,

y cuantos no podrían gozar a sus anchas de los placeres corporales, a los cuales cabe, si se quiere, sumar los espirituales en quienes los desean, siempre que no invadan demasiado el campo de los primeros. La persona merece vivir, no si le encuentra sentido a eso, sino si es dueña de rendir y de gozar en cada momento dentro de lo máximo posible para un hombre sano y en su plenitud anímico-biológica.

Debido a eso se ha convertido en primordial el afán de dominio tecnológico y la técnica es cada vez más sutil y compleja, obligando a una dedicación continua a ella, sin desligarse ni un instante, pues su desarrollo avasallador hace temer graves retrasos, si por un descuido la persona se deja atraer por otras cosas. Como en general quienes se entregan a ese campo, son dentro de una sociedad, los mejores dotados, los que podrían a su vez enriquecer la realidad en los niveles más espirituales, pero para los cuales ahora carecen de tiempo, la sociedad va quedando en grave merma de lo último. Ahora, si lo espiritual es lo proporcionador de sentido, la vida postmoderna se va haciendo cada vez más cómoda. Pero también más aburrida y sin sentido.

Indudablemente las ideologías y utopías de la modernidad engendraron tedio y desconfianza, pues las guerras y crueldades de este siglo no las avalaban, pero lo que a nuestro juicio marca el giro histórico hacia la postmodernidad con su adoración por la tecnología, es la biología con el descubrimiento del código genético, la generación *in vitro*, los trasplantes de órganos y todo lo que hace creíble la fabricación de un hombre; a ello se agrega el manejo creciente de la bioquímica del cerebro y las nuevas terapéuticas verdaderamente curativas, con lo cual se ha acrecentado al extremo la confianza en poder disponer a gusto de la salud del propio cuerpo. Causa más bien extrañeza el que sigan existiendo patologías incurables, pero se espera con fe, que de un momento a otro eso se acabe. Es esta posibilidad casi mítica de autocrearse y autoperpetuarse en buen estado por un plazo prolongado, más que los descubrimientos de la física de Einstein y Plank, que nos llevaron a revolucionarias concepciones de la materia, del tiempo y del espacio, lo que ha roto la historia de la modernidad, para reemplazarla por otra historia, ésta en que hoy vivimos. Ahora, es necesario alejar una fácil disculpa respecto al hecho de que el hombre actual sea ciego para cuanto queda fuera del trozo tecnológico que abarca, pues requeriría tal entrega, que no permite ratos disponibles para algo diverso; en verdad eso no es cierto, pues deja tiempo para mucho, como lo muestran notables investigadores actuales, que más allá de lo suyo, cultivan con esmero las artes, la filosofía o las letras, sintiéndolo como una necesidad venida desde lo más íntimo. Lo que pasa en el común de los casos es que el espíritu actual se ha hecho permeable sólo para las ciencias experimentales y la tecnología, porque se ha deslumbrado e imantado por las posibilidades que le abren para construirse el sagrado recinto de su propia corporalidad. Lógicamente que esta atracción fascinada se da con

su ímpetu máximo en el campo de la medicina, encargada desde los albores de la civilización, de velar por la preservación de la salud y el alejamiento de la muerte.

Ahora bien, aquí surge el malestar profundo de la medicina contemporánea; por un lado siente como un atractivo deber cultivar la tecnología y ser actora de su desarrollo; pero la tecnología exige para su dominio la parcelación del hombre en trozos cada vez más pequeños, trozos de cuya suma no resulta un hombre entero. Por lo demás cada médico sólo mantiene señorío en ese pequeño distrito, y ni siquiera se preocupa de aquella suma, pues no podría sumar lo que ignora, sin embargo, algo lo perpleja, el sentirse infiel a lo que le atrajo a su vocación de médico: velar por la salud del hombre entregado a su cuidado, encontrarle sentido a su vida, tratarlo como persona y no como cosa.

Quien se pone en sus manos es alguien sufriente, angustiado, temeroso de su porvenir y del de los seres a su cargo, y que desea mejoría, consuelo, esperanza, enmarcados en el lógico deseo de saber cuál es su diagnóstico y tratamiento y los posibles resultados de dicho tratamiento. Desea que eso se le explique de manera clara y sencilla, y sentir que el médico solidariza con él, hace todo lo posible por mejorarlo como si se tratara del médico mismo y que cada vez que le visita le habla de su mal y le da a entender con cariño, de igual a igual, los motivos de los avances y retrocesos de la enfermedad. El médico no puede renunciar a escuchar los problemas revelados por el paciente, pues para éste, es la única voz autorizada, que conociendo a cabalidad su situación y su futuro próximo, puede proporcionarle un consejo válido y salutífero, tanto más, cuanto que cree en el afecto del médico a su persona, pues lo estima una retribución natural a la confianza puesta en él al ser escogido entre muchos otros. Para cumplir con ese deber el médico debe amar a la persona y más aún a la persona desvalida, pero para amar algo es preciso conocerlo en sus dimensiones más profundas, de otro modo ese algo se convierte en objeto comercial, en objeto erótico, en objeto que da prestigio, o en el mejor de los casos —también poco ético—, en un nuevo caso para investigar científicamente, o para probar un tratamiento, sin que ello, para que sea legítimo esté subsumido en el amor a ese hombre particular que será utilizado para tal experiencia.

Todo esto es talvez más importante que la llamada autonomía del paciente que propicia la bioética norteamericana y que es el derecho del paciente a decidir por su propia cuenta el tratamiento que desea, dentro de lo que le propone el médico, autonomía que corre serios riesgos de distorsionarse si no se basa en el respeto a principios éticos fundamentales.

El hombre no puede ser conocido sólo desde las ciencias experimentales; aun en el supuesto imaginario de que un médico en un futuro razonable fuese capaz de conocer exhaustivamente las estructuras morfo-

lógicas y funcionales humanas, que conociera todos los neurotransmisores y el modo de intercomunicarse de las neuronas, que conociera a fondo las maneras de almacenamiento, producción y selección de mensajes, que manejase el cerebro de un modo infinitamente mejor que una computadora, etc., ese médico desde tales datos solos, no sabría nada respecto a cuál sería la vida íntima, la autoconciencia, los proyectos de existencia, del hombre resultante de dichas estructuras y funciones. El médico sabe que un déficit de serotonina, dopamina, noradrenalina facilitan el desencadenamiento de una depresión mayor, pero porque previamente, conocido ya el estado de ánimo de los depresivos, vio su correlación con alteraciones en la producción y manejo de aquellas sustancias, y no al revés. Ninguna etiqueta hay en los neurotransmisores mencionados, en virtud del cual al verlos en un frasco —si se me permite una imagen un poco burda—, nos diga: éstos son la fuente de la alegría o de la tristeza. Además sabemos que sin subsanar las causas culturales, sociales, económicas o personales que provocaron el desencadenamiento del cuadro, difícilmente, a base del mero reponer las mermas de tales sustancias, curaremos la depresión. Igual imagen valdría para la relación entre endorfinas y otros neurotransmisores y esquizofrenia. Hay una unidad casi indiscernible entre lo somático y lo psíquico, de modo que ninguna conmoción psíquica positiva o negativa, por leve que sea, deja de resonar hasta en la última molécula somática y viceversa; sin embargo, carecemos de un código de traducción exacto en virtud del cual sepamos qué tipo de pensamientos precisos, imaginaciones, sentimientos, pulsiones, provocará tal o cual disturbio somático, e igual, ocurre al revés. Conocemos que determinados déficit o aberraciones genéticas provocarán algún día determinados males somáticos o psíquicos, pero cómo se va a expresar en tal o cual individuo, cómo lo va a afectar, evaluar, soportar y aceptar, no lo sabemos. El conocimiento de cómo se sufre una depresión, una esquizofrenia, un cáncer, una artritis, es personalísimo y de exclusivo dominio del médico si es capaz de comprender en su ser más secreto el mundo íntimo de cada persona, mundo que es obra de la totalidad de su existencia y no de la suma de parcelas de su naturaleza.

El hombre es a lo largo de su vida el desarrollo de una realidad integrada en la cual participan con igual denuedo, lo biológico, lo psíquico y lo cultural, sin primacías especiales, aun cuando en un momento dado resalte y se apodere del campo visible, más lo uno que lo otro.

Karl Popper esclarece lo anterior introduciendo una célebre división tripartita en el ser humano, en el cual sería preciso distinguir tres mundos en íntima interacción: "Primero está el mundo físico... es a lo que denominaré 'Mundo 1'. En segundo lugar está el mundo de los estados mentales, incluyendo entre ellos los estados de conciencia, las disposiciones psicológicas y los estados inconscientes; es lo que denominaré 'Mundo 2'. Pero hay también un *tercer* mundo, el mundo de los contenidos del pensamiento

y, ciertamente, de los productos de la mente humana, a esto lo designamos 'Mundo 3'<sup>1</sup>.

Hablando del "Mundo 3", dice Popper: "He descrito el Mundo 3 como algo que consta de los productos de la mente humana. Mas la mente humana reacciona, a su vez, frente a estos productos, hay una retroalimentación. La mente de un pintor, por ejemplo, o la de un ingeniero, está muy influida por los propios objetos sobre los que trabaja, así como por el trabajo de los demás, tanto predecesores como contemporáneos. Esta influencia es tanto consciente como inconsciente. Se ejerce sobre las expectativas, sobre las preferencias y sobre los programas. En la medida que somos el producto de otras mentes y de nuestra propia mente, nosotros podemos considerarnos elementos del Mundo 3"<sup>2</sup>.

Y más adelante agrega: "Lo que caracteriza al yo (frente a los procesos electroquímicos del cerebro, de los que depende en gran medida el yo, dependencia que dista de ser unilateral) es que todas nuestras experiencias están íntimamente relacionadas e integradas, no sólo con nuestras experiencias pasadas, sino también con nuestros cambiantes *programas de acción*, nuestras *expectativas* y nuestras *teorías*, con nuestros modelos del mundo físico y cultural, pasados, presentes y futuros, incluyendo los problemas que plantean a nuestras evaluaciones y programas de acción. Pero, todos ellos, parcialmente al menos, pertenecen al Mundo 3"<sup>3</sup>.

De hecho el investigador médico que explora una determinada parte del cuerpo humano ha sido llevado allí por el interés peculiar que le han despertado sus maestros, por el estado auspicioso de las actuales investigaciones, por las posibles de augurar para el porvenir próximo, por su importancia para combatir la enfermedad, por el resultado esperanzador que dan otras investigaciones sobre otros males en otras partes del cuerpo, por esa especie de íntima reverencia que nos suscita la ciencia y la tecnología. Pero esto mismo, si el médico quiere ser fiel a su rango de hombre, y no convertirse en autómatas al servicio de una tendencia vertiginosa propia de nuestra época, debiera obligarlo a tomar conciencia —tomar conciencia es propio de lo humano—, respecto a qué es la ciencia, cuál es el origen de su poder, en qué consiste la dinámica que la impulsa, cuál es la relación que guarda con otras productividades humanas, por qué ella apareció en determinadas épocas de la historia y por qué florece óptimamente en pueblos que tienen también una alta productividad en otras áreas de la cultura: filosofía, música, pintura, poesía, novela, sociología, política, etc. Sólo así atisbaría en qué zona de la cultura se encuentra, y qué es lo que en esa zona lo mueve a fascinarse con razón por el trozo

<sup>1</sup>Popper, K. y Eccles, J.C.: *El Yo y su Cerebro*. Trad. C. Solis Santos, 1a. Ed. Ed. Labor Universitaria. Barcelona, España, 1980. Pág. 43.

<sup>2</sup>Popper, K. y Eccles, J.C. Obra cit. Pág. 163.

<sup>3</sup>Popper, K. y Eccles, J.C. Obra cit. Pág. 165.

escogido, con lo cual forma parte del mismo empeño del físico, del poeta, del político, por desentrañar el momento que vive el hombre y ayudarlo a hacer con más desenvoltura su trance por la historia.

Para adquirir autoconciencia de dónde viene y hacia dónde va el fervor de un trabajo y no ser mera pieza gregaria de un grupo de individuos atados a una tarea, fuera de la cual su individualidad quedaría vacía, el médico necesita conocer disciplinas como la filosofía de la medicina, la filosofía de las ciencias, la historia de la medicina y la ética médica. Todas inciden en aventurarse a desentrañar cuál es el origen de la aspiración a conocer, a curar, a amar, y por qué ello se da de diversos modos a través de los tiempos. El médico debía saber que nosotros hemos avanzado mucho en el conocimiento y curación del cuerpo y de la psique, en relación con épocas pasadas, pero que ello está en íntima relación con la diversa concepción cultural que del hombre, la sociedad y el saber tenían los griegos, el Renacimiento, la Ilustración del siglo XVIII, y la concebida en los últimos cincuenta años. El cuerpo humano investigado por los griegos no es el de Harvey, el de Virchow, el de los descubridores del ácido desoxirribonucleico y el código genético, pero de ninguna manera es que Hipócrates o Aristóteles fuesen menos inteligentes o astutos que Watson y Crick, ni que Oscar Avery que fue quien estableció al ADN como molécula portadora de información genética.

A este cambio en la concepción del cuerpo y de la mente, origen importante del actual rumbo de la investigación médica, han contribuido radicalmente y para citar a algunos nombres al azar, novelistas como Proust, Joyce, Kafka y Virginia Wolf, todos los grandes poetas y músicos del siglo XX, pintores como Picasso, Braque, Matisse, con su dislocación total de los cuerpos y los espacios y, por cierto, al unísono, sin necesidad de ponerse de acuerdo, los grandes maestros de las ciencias físicas, biológicas y psicológicas. Un supuesto cambio copernicano que ocurriese de nuevo en estos momentos en la concepción del cuerpo, de la vida, de la realidad en general, llevaría por cierto también a cambiar de nuevo nuestra actual línea de orientación en la investigación científica.

Pues bien, entendemos por humanismo, no el mero ser versado en filosofía, literatura e historia, no el mero conocer a los autores clásicos, no ser entendido en las culturas de Grecia, Roma y épocas clásicas europeas, sino el darse cuenta desde qué profundidades viene el hecho de que el mundo en que vivimos sea como parece ser, que adora lo que adora, que aspire a lo que aspira, que conciba el destino del hombre tal como lo concibe, dentro de las numerosas variedades que ello admite. El humanismo busca dos cosas: conocer al hombre tal como lo perfila la propia época, contrastarlo con el conocimiento que tuvieron otras épocas, y conducir dicho humanismo hacia una humanización creciente del hombre, porque el hombre a diferencia de los animales es esencialmente inacabado, es un rudimento de especie, pero no una especie que nace ya concluida; el

destino de cada cultura es contribuir a construirlo, a acabarlo aunque sea a tientas y frente a cada hombre sólo podemos adivinar por conjeturas, lo que aspiraría a ser. Además, mientras en las otras especies el individuo es tanto mejor cuanto más se asemeja a otro que parece un ejemplar digno de dicha especie, el hombre, al revés, será tanto mejor cuanto más individual sea, cuanto menos sea copia de otro.

El que el hombre no se vuelva un simple representante de la especie sino que tenga inscrita en su ser la obligación de hacerse a sí mismo, de realizar un plan particular de existencia escogido libremente, que le dará con sus esperanzas, goces y sufrimientos una personalidad que recia, mediana o débil, será única y nunca más volverá a repetirse, es algo que desde el punto de vista biológico también está señalada en su código genético; eso hace que su existencia sea un tesoro sagrado e invaluable, y por lo tanto, que jamás podamos usarlo como simple medio para otro fin ajeno al de resguardar su ser pleno y el soberano manejo de sí mismo.

Ahora, una cosa es afirmar abstractamente esto, y otra cosa es vivirlo de verdad, de modo que al centrarnos en un paciente lo veamos como una totalidad sagrada, para salvar a la cual, la ciencia y la técnica nos obligan a ser hábiles conocedores de una de sus partes, pero refiriendo siempre esa parte a la totalidad, que es la verdaderamente enferma, la que siente amenazados sus proyectos de realización; debemos ser sabios respecto a una parte del cuerpo, pero médicos de todo ese cuerpo y esa alma. Somos especialistas en tal o cual cosa, pero siempre médicos de la persona.

Si se aspira a sentir a la persona en su esencia misma, no basta con el mero saber, es preciso amarla; sólo el amor nos hace sentir lo de valioso y único encerrado en cada ser. La ciencia coge lo general, lo común a un grupo de fenómenos, el amor coge lo individual mismo. La medicina es una ciencia penetrada de amor y para llegar a ese amor es necesario conocer en sus innumerables vicisitudes, las increíbles capacidades encerradas en cada hombre, lo maravilloso que es como creatura dentro del conjunto del universo. A ver esto nos ayuda el humanismo. Ninguna ciencia será capaz de mostrarnos las ultimidades de su naturaleza, como lo hace lo tragedia griega, el teatro de Shakespeare, Calderón y Molière, las novelas de Cervantes, Balzac, Stendhal, Flaubert, Dickens, Tolstoi o Dostoiewski; la grandeza y miseria del hombre nos la harán ver Platón, San Agustín, Santa Teresa, Pascal, Kierkegaard, Nietzsche o Heidegger. Así, es difícil imaginarse un especialista no humanista, no amante en total del hombre sano, del enfermo, del moribundo. Los griegos discurrieron ponerle a nuestra actividad el nombre de medicina, que significa: cuidar, pensar, meditar, porque suponían a sus cultores en constante meditación en torno a los grandes misterios que son la salud, la enfermedad y la muerte; Hipócrates insistió más que nadie en eso; dio a conocer su ideal en una frase siempre estremecedora: "el médico que es filósofo, es igual a Dios."

# IDEAS IMPERECEDERAS DE LA REFORMA UNIVERSITARIA

Dr. *Carlos Valenzuela*  
PROFESOR TITULAR

**L**OS ACONTECIMIENTOS UNIVERSITARIOS de 1968 dejaron huellas que han sido evaluadas como positivas o negativas. Quisiera resaltar, sin enjuiciar, ideas que en parte estaban en el ambiente universitario y que la Reforma desarrolló o fueron creaciones de ella, al menos en el ambiente nacional.

## LA UNIVERSIDAD COMO COMUNIDAD DE PERSONAS

Este concepto antiguo se afianzó profundamente durante el proceso de Reforma. Se recuperó la noción medieval de una comunidad de “maestros y discípulos”. Se valoró sustancialmente a las personas que constituyen este grupo unido por afinidades en la creación y trasmisión de cultura de trascendencia universal. Esta concepción había quedado oscurecida por la concepción administrativa, planillera, estatizante, politizada o por el distanciamiento del Profesor Catedrático del resto de los universitarios. La incorporación del personal no académico nunca fue debida a fundamentos filosóficos sino más bien a la coyuntura sociopolítica. Prueba de esto es la situación suscitada en la Facultad de Medicina cuando se trató de definir las características de los miembros de la comunidad universitaria; debían participar de alguna manera en las funciones de creación, docencia y extensión. Se propuso entonces incorporar a los pacientes que eran parte de la extensión por definición, colaboraban estrechamente en la docencia clínica y a menudo ingresaban en protocolos de investigación. Lo insólito de la situación obligó a detener las discusiones allí y a reconocer lo coyuntural del planteamiento; por lo demás, hay numerosas Universidades que no lo tienen.

## EL DEPARTAMENTO DISCIPLINARIO

La Cátedra era una estructura confusa. La excelencia académica en docencia, investigación y extensión del Catedrático, profesor titular, se asociaba indisolublemente con el poder económico, administrativo, contralor, evaluador y seleccionador de académicos. El Catedrático era dueño de los “haberes y de los hoyos de las caras” de los académicos jóvenes. Si bien

es cierto, que existían comisiones de evaluación, la inclusión como autor en un trabajo científico (eran escasos) o las tareas docentes dependían de la decisión del Catedrático, con lo que controlaba indirectamente su carrera académica.

La Reforma planteó una idea diferente. Separó la academia de la administración y de la economía e hizo independiente la evaluación académica de los Directores de Departamento y otras autoridades que reemplazaron administrativamente a los Catedráticos.

La idea fue mucho más amplia y fundada posiblemente en realidades biológicas. La Universidad poseía unidades de función, estructura, organización y de formación académica (origen). La Universidad es una parte del ser social de un Pueblo. Aquellas personas que crean y transmiten cultura de trascendencia universal en lo ético, estético o intelectual, se juntan en un trabajo colaborativo al servicio de la sociedad a la que se deben. Los quehaceres estéticos, intelectuales o éticos son variados en su contenido, forma y método o técnica. Estas variedades constituyen las disciplinas o artes. Ya las tres grandes actividades culturales tienen sus divisiones e integraciones. La ética comprende una vertiente metafísica, a la moral y una ética empírica, científica o psicológica; la intencionalidad estética comprende las artes; la intencionalidad intelectual a la filosofía y a las ciencias; las letras y humanidades comprenden intencionalidades en esas tres vertientes.

La dotación natural fundamental del que ingresa a la carrera académica es su creatividad crítica, autonomía intelectual y moral y fineza estética. La Universidad al formarlo como académico, solo, le provee de las herramientas de expresión de esa dotación, pule su desenvolvimiento y le da un nivel de exigencia universal.

No es posible realizar la actividad universitaria en forma aislada. Se necesita al grupo humano, para su formación, para el trabajo en equipo, por la universalidad cultural. Se aplicó el concepto de conjunto o masa crítica de académicos que pudiera realizar todas las funciones universitarias en una disciplina. El grupo debería ser capaz de realizar docencia de pre y postgrado, creación independiente de trascendencia universal, extensión universitaria y formación académica integral. El Departamento es entonces una comunidad de "pares" en la disciplina. Ésta a su vez está tipificada por la técnica que utiliza y los elementos de la matriz cultural ya incorporados históricamente.

#### NUEVA VISIÓN E INTEGRACIÓN DE LAS FUNCIONES UNIVERSITARIAS

Este fue un desarrollo tardío en la Reforma. Al principio se trabajó con investigación, docencia y extensión, que dejaban ausente a la actividad artística. La actividad incipiente del postgrado o postítulo también indicaba

una contradicción al no poderse diferenciar claramente en esa actividad hasta dónde llegaba la docencia y hasta dónde la investigación. Más tarde se haría evidente que en una dirección de tesis se integran la investigación y la docencia en un solo quehacer.

La solución se encontró al insistir en la creación y transmisión cultural de "alto vuelo" (trascendente). La investigación científica, la búsqueda filosófica, la composición artística, la innovación valórica o de principios tienen un común denominador que es la creación. Crea un científico cuando percibe un problema, genera una hipótesis, concibe un diseño experimental para probarla, integra el resultado en una teoría. Crea el artista cuando con diversos elementos cristaliza una composición estética. Crea el filósofo cuando encuentra la articulación de una concepción o visión de mundo o de una particularidad de él. Crea el historiador la secuencia más plausible o la explicación más probable del hecho. Crea el ético cuando concibe una nueva forma de valorar los elementos culturales o encuentra una concepción más rica de los principios.

La transmisión cultural es denominador común de la docencia y de la extensión, el interlocutor cambia. En la docencia es el alumno de pre y postgrado, el discípulo o el académico en formación; en la extensión es la comunidad toda, incluso la universitaria que no es alumno, discípulo o académico en formación. La asistencia médica realizada en programas universitarios es por definición extensión.

Con el tiempo quedó claro que no es posible realizar las funciones universitarias desintegradamente. El investigador puro, el Docente puro, el Extensor puro, existen pero no son Universidad. A menudo se piensa que la formación de profesionales o graduados académicos es una labor exclusivamente docente; no es así. El egresado es una de las formas más importantes de comunicación entre la Universidad y la sociedad; antiguamente se le consideraba como parte de la comunidad universitaria; es una verdadera extensión de la Universidad. El alumno o discípulo es también una riqueza muy versátil de interacciones con la sociedad. La publicación de un trabajo científico se cree más que a menudo como elemento puro de investigación científica; tampoco es así; la comunicación del resultado de un trabajo es una maravillosa interacción con la comunidad nacional y mundial; es una obra editorial; conlleva un flujo recíproco de informaciones. Ya se ha dicho que la dirección de una tesis es a la vez investigación, docencia y, agregamos ahora, extensión. En realidad no podría ser de otro modo en una comunidad donde la universalidad es fundamental. Preparar y hacer una clase es una oportunidad excepcional para clarificar los conceptos necesarios para la investigación que se realiza o la extensión que se prepara. Una investigación obliga a estar al día en la materia con la que se favorece la acción docente y extensional. Se empobrecen al separarlas o considerarlas por separado en la Universidad.

## LA DEDICACIÓN EXCLUSIVA

Este fue un elemento muy querido por la Facultad de Medicina. Tuvo un desarrollo previo por el Prof. Francisco Hoffmann y luego lo concretizó el Prof. Amador Neghme. "Sin Dedicación Exclusiva no hay Universidad" fue el lema de la Reforma al respecto. Nadie pretendió nunca que todos los académicos fueran de dedicación exclusiva, sino que existiera un grupo importante que garantizara que la creación tendría un nivel y peso en el ámbito universal. Esta dedicación exclusiva no es adscrita a una institución, ni siquiera a la misma Universidad; es decir, no se trata de una dedicación exclusiva administrativa o por fuente de ingreso. Muy por el contrario se trata del reconocimiento que un país hace a las personas creativas de cultura trascendente que quieren dedicarse por entero a esta labor y ven ésta como la única forma de expresar en forma satisfactoria su creatividad. Es una dedicación exclusiva mental. Un universitario con dedicación exclusiva podría recibir de múltiples partes ingresos económicos (premios, patentes, cursos extramurales, etc.), pero, si su quehacer es sólo éste, cumpliría con la dedicación exclusiva. Lo que le interesa al país es tener a su gente, más apta para la creación cultural de alto vuelo y que quiere dedicarse a ello, libre de toda otra preocupación. La mente dividida no puede producir en buena forma. No se ha entendido cabalmente esta concepción.

## EL COMPROMISO CON LA REALIDAD NACIONAL

Podría parecer superfluo, ya que una universidad se encuentra inmersa en su realidad social, o contradictorio con la trascendencia universal que se le exige. No es automático ni obligatorio que la formación de graduados o profesionales se adecue a las necesidades reales de esa sociedad. Tampoco lo es la adecuación del quehacer universitario a la solución de los problemas que necesitan creación cultural en ese país. No es contradictorio con la trascendencia universal, ya que en los problemas de un país, que necesitan para su solución de la creación universitaria, siempre hay un referente a los problemas universales de la humanidad y es ese referente, que el universitario capaz, debe saber extraer. Por otra parte, los problemas o elementos culturales universales deberían tener un eco en la comunidad universitaria local, pues ésta tiene como vocación la conexión cultural entre la sociedad local y la universal. Sólo el dominio que da el ejercicio de la creación (autoridad por autoría) puede garantizar la transferencia cultural en forma seria y rigurosa. Este compromiso es por lo tanto un deber moral doble; por una parte el "servicio" a la comunidad local y la trascendencia a la universal.

## ÉTICA MÉDICA EN MEDICINA

Dr. *Cristián Miranda Venegas*

PROF. ASIST. OBSTET. Y GINECOLOGÍA

HOSPITAL CLÍNICO J. J. AGUIRRE

**C**ORRÍAN LOS PRIMEROS DÍAS de marzo de 1970, cuando el grupo de alumnos de primer año de Medicina comenzábamos a orientarnos en este nuevo mundo de la Universidad. Recibíamos un cúmulo de información académica que nos transmitía conceptos que ni aún hoy están completamente claros sobre la nueva organización del quehacer universitario después de la reforma de 1968. En esta fascinante etapa, con una excitación propia de los que han logrado alcanzar un gran anhelo como es estudiar la carrera que tanto se quería, ordenábamos nuestro horario curricular de la mejor forma posible. En este escenario se nos presentó como algo propio del nuevo currículo, diseñado para obtener un médico con formación más humanista, la necesidad de inscribirse en una asignatura electiva, entre las cuales se nos presentaba Historia de la Medicina, Ética Médica, Antropología y otras.

Ética Médica. ¿De qué se tratará? ¿Cómo será? ¿Quién la enseñará? Eran preguntas que estaban en labios de todos los estudiantes, para quienes la historia de la medicina era algo que se entendía perfectamente y que atrajo a todos los que además de tener el interés médico compartido por todos, siempre habían tenido especial predilección por la historia. Pero Ética Médica... Realmente, para alumnos de primer año de Medicina resultaba algo que se percibía relacionado con Moral, con Valores, con ... Difícil, pero tenía la fascinación de lo desconocido en el detalle y de las cosas serias que atraen con gran fuerza a la juventud.

Supimos que el curso era dirigido por el Prof. Dr. Armando Roa, el cual era un prestigiado profesor de la Facultad, especializado en siquiatría, que periódicamente publicaba libros y crónicas sobre temas humanistas. Los inscritos asistimos al primer día de clases en la Clínica Siquiátrica Universitaria, lugar absolutamente desconocido e intrigante, y fuimos recibido por un equipo de médicos y sicólogos que nos trataron de explicar la idea del curso. Fuimos distribuidos en grupos pequeños por afinidades personales a objeto de realizar un trabajo práctico. Mi grupo motivado desde esos albores por la cirugía y la urgencia tomó el tema de la ética en la atención médica de urgencia. Portando una grabadora, que ahora me parece tomada de un museo, recorrimos el Servicio de Urgencia del Hospital Universitario José Joaquín Aguirre, el cual no conocíamos, así como parte del Departamento de Cirugía entrevistando médicos que día a día estaban enfrentados al paciente de urgencia. Contábamos con un cuestio-

nario con el que tratábamos, cuales agresivos periodistas, de establecer cuál era el patrón ético que guiaba las acciones médicas en la atención de urgencia. De partida, nos fue difícil establecer a quiénes entrevistar, ya que conocíamos a muy pocos docentes y la mayoría no eran clínicos. Fueron por esto elegidos quienes en ese momento aparecían para nosotros como los más a nuestro alcance: los docentes de anatomía normal, los cuales en su mayoría eran cirujanos de urgencia. La mayoría se mostraban sorprendidos por ver a estos “mechones” manejando un tema como la Ética Médica en los inicios de nuestra carrera, pero con esa maravillosa capacidad que desarrollan los docentes universitarios, de abrirse a lo nuevo que parece positivo, ninguno se negó a contestar nuestras preguntas. Para nosotros fue muy importante ver cómo se perfilaba más nítidamente la imagen prejuiciada que traíamos de lo que era un médico, cómo trabajaba, qué pensaba, qué valoraba en su equipo médico, en sus pacientes, cómo valoraba los recursos económicos disponibles para trabajar, para dar un servicio, para retribuirlo, etc. Fue algo que marcó a nuestro curso, así como todo el resto de asignaturas que siguieron a éste a lo largo de los cinco años siguientes: sicología, sicopatología, semiología siquiátrica y siquiatría clínica, que nos acercaron a una visión integral del paciente como hombre.

Fue tan fuerte la marca en nuestros compañeros de curso que cuando vinieron los grandes cambios en los años siguientes, en la medicina, la educación y el país en general, este grupo de ex mechones tuvo grandes dificultades para entender en el contexto médico términos como: mercado, autofinanciamiento, prestaciones, cobros, garantías, etc.

Lo más gratificante para nosotros, fue que a medida que crecíamos en nuestra formación comprobábamos con gran orgullo que nuestros docentes entrevistados vivían y trabajaban consecuentemente con lo que manifestaron en nuestra entrevista inicial, hecho que ha constituido para mí, una gran fuerza interior, que me indicó el rumbo a seguir, durante mi carrera docente en esta Facultad de Medicina de la Universidad de Chile.

Santiago, 30 junio de 1992

## CRÓNICAS



Frontis actual de la Escuela de Medicina.

## WALDA VERA HARO. CONSERVADOR DE INVENTARIO

*Walda Vera Haro.* Ingresó a la Escuela de Medicina en el mes de octubre del año 1960, para desempeñar un cargo en la Oficina de Presupuesto y Contabilidad, recibiendo las instrucciones de la Sra. Elba Salazar García con quien mantiene hasta la fecha una excelente relación de amistad.

El Decano de la Escuela en aquel entonces era el profesor Dr. Hernán Alessandri R. y el Director de la misma el Prof. Dr. Benjamín Viel Vicuña.

La estructura administrativa estaba compuesta por las oficinas del Decano, Director de la Escuela y Secretaría, Inspector General, Presupuesto y Contabilidad, Inventario, Personal, Partes y Archivo, Alumnos, Bienestar Alumnos, Publicaciones y Cátedras.

El cargo de Inspector General lo ocupaba la Sra. María Valenzuela Montero, hija del gran pintor chileno don Alberto Valenzuela Llanos. Como una mágica coincidencia, la Secretaria del Director era la Sra. Inés Lira Pinto de Tagle, nieta de otro prestigioso pintor chileno, don Pedro Lira.

A fines de 1961 la Universidad de Chile debió reordenar a su personal administrativo, creando una carrera funcionaria, establecida por la Contraloría General de la República. Ello significó rendir un examen, después del cual muchos funcionarios fueron trasladados o ascendidos a otras Escuelas como también se recibió personal de otras Escuelas. A Walda Vera le correspondió traslado a la Escuela de Arquitectura; sin embargo ella manifestó su anhelo de continuar en la Escuela de Medicina, para lo cual se solicitó la intervención del Sr. Secretario General de la Universidad de Chile, quien así lo aprobó.

Nos dice Walda Vera: “Tocar los aspectos humanos de aquella época, implica abrir compuertas a tantos rostros. Fue una época hermosa. Compartir con gente de excelente formación y mucha capacidad humana. Recordar por ejemplo al Prof. Benjamín Viel Vicuña, nieto de don Benjamín Vicuña Mackenna. Mi recuerdo para él es emocionado, como lo es también para Inesita Lira, su Secretaria de entonces”. Y agrega: “Hubo otras personas de quienes nos separamos a raíz del reordenamiento de los estamentos, tales como Marisol Puig C., María Eugenia Alarcón A., para quienes conservo un profundo cariño. Compartíamos una excelente relación de amistad con las funcionarias que fueron trasladadas o ingresaron a las Oficinas de Contabilidad, Inventario, Sección Publicaciones, tales como María Jesús Tobar, Edith Andrade A., Enriqueta Varnero P., Guiconda Peyrin S., Marta Ruz D., Mary Rivera, Isabel Silva B. y Luis Escobar”.

En el año 1964, deja el cargo de Conservador de Inventario don Sergio Páez Verdugo, actual Senador de la República, quien solicitó un permiso para trabajar en la campaña presidencial de don Eduardo Frei M. Al resultar éste electo Presidente, el Sr. Páez se fue a trabajar con él, renunciando definitivamente a su cargo, pasando así a ocupar el cargo Walda Vera.

La función le agradó desde un comienzo, considerando que reordenar, clasificar, incorporar bienes en la medida del crecimiento que comenzaba a hacerse vertiginoso era una labor interesante, así como resulta dolorosa la función de “Dar de Baja”. Los muebles especialmente tienen un valor sentimental, lleva en sí no sólo el aroma de su madera sino la presencia de quienes pasaron muchas jornadas afinando teorías, tomando decisiones y todo lo que acompaña al ser humano en su quehacer profesional y personal. A diferencia de los equipos que se quedan atrás en el progreso, los muebles se restauran en las diligentes manos de los funcionarios del Servicio de Talleres, constituyendo una de las misiones más gratas.

La Reforma Universitaria se llevó a cabo durante los años 1967 a 1968, siendo Decano el profesor Dr. Amador Neghme R. y director de la escuela el Dr. Jorge Román y su secretaria una gran amiga en el recuerdo de Walda Vera, Flor Castro M.

Aquella fue una época de gran inquietud, ya que el estudio se prolongó durante un tiempo y no se permitía el acceso a la Escuela y Decanato, por lo que el Prof. Renato Gazmuri O., Director de la Cátedra de Medicina, hospital del Salvador, facilitó tres piezas donde se instaló el Director y su Secretaria. El resto del personal debía realizar turnos para cumplir sus funciones, las que se realizaban con muchas incomodidades pero con gran humor y paciencia. La inquietud por los resultados de dicha Reforma también tocó la parte de inventarios, pues éstos fueron movilizados debido al traslado de docentes hacia las Facultades que se creaban llevándose éstos sus equipos y muebles. Debió entonces utilizarse las tarjetas IBM para reemplazar los registros de inventario manuscritos. En la actualidad el cambio es radical, pues todo está incorporado a los modernos registros de computación y microfichas.

La mirada se torna nostálgica pero alegre en el rostro de nuestra colaboradora cuando dice: “Toda la etapa vivida, con sus dificultades y cambios, se vivían como en familia, matizada por las diversas personalidades y temperamentos. Un gran sentido del humor y gran calidad humana remecen aquellas jornadas y rostros como el de Marián Attoni, Wilma Arévalo R., Lily M. Cawley, Humberto Quevedo, Beethoven García H., Boris Verdugo, Olguita Matthews, Gabriela Mozó, Héctor Wistuba L. y mi amiga de la infancia Ximena Viveros de la Cuadra, quien el año 1964 ingresó a la Oficina de Personal, ellos ocuparon siempre un lugar de privilegio en nuestro quehacer. En nuestro mejor y más cálido inventario”.

## MARTA VÉLIZ PACHECO. TECNÓLOGO MÉDICO

*Marta Véliz Pacheco*, Tecnólogo Médico. Jefe de Trabajos Prácticos del Departamento de Bioquímica de la Facultad de Medicina. Ingresó en el año 1956 al entonces Instituto de Química Fisiológica para trabajar en su Memoria con el Dr. Florencio Fuenzalida. Allí conoció a un equipo de médicos de prestigio internacional como fueron los Dres. José M. Calvo, Julio Cabello, Hernán Niemeyer, Mario Plaza de los Reyes y Alfredo Jandresic. Todos ellos encabezados por el Dr. Eduardo Cruz-Coke (padre del Dr. Ricardo Cruz-Coke, actual Jefe de Investigaciones de la Historia de la Medicina en nuestra Facultad). Era apasionante escuchar las clases magistrales del Dr. Cruz-Coke —recuerda Marta Véliz—, pues además de su honda cultura era una persona de gran espíritu de sacrificio, valores humanos que eran compartidos ampliamente por esas brillantes personalidades que lo acompañaban y a los que se sumaban sus alumnos ávidos de extender sus conocimientos a una cultura universal”.

En otro plano los recuerdos tocan a personas con quienes compartía cercanamente sus labores. Una de ellas Ruth Urbá, quien, coincidente con la llegada del Dr. Boris Rotman entregaron un aporte valioso al desarrollo de la Bioquímica en nuestro país. Más tarde la presencia de los Dres. Carlos Basilio y Alfonso Coronado, entregó nuevas energías para continuar la prestigiosa senda iniciada por tan selectos profesionales.

En el año 1961 llega de Estados Unidos el Dr. Jorge Allende, joven inquieto, investigador por excelencia. Estaba aún de novio y ante la perspectiva de iniciar un gran camino en esta Facultad, volvió en busca de su “gringa”, dama muy agradable que se incorporó rápidamente a las inquietudes del personal del Departamento. Los planes de investigación comenzaban a expandirse, lo que hizo necesaria la contratación de otra Tecnólogo Médico, resultando elegida María Matamala, la cual rápidamente se transformó en una brillante colaboradora de los Allende. Después de 20 años de trabajo ella sufrió los efectos de la restricción de los presupuestos; sin embargo se le debe un reconocimiento que en estas páginas pudiera ser considerado.

—*Marta Véliz comenzó en el edificio de Borgoño 1470. ¿Qué representa para Ud. esa casa?*

Fue un lugar grato —responde con nostalgia—, todo parece estar latente en la memoria, hasta el crujir de sus escalas de madera. Fue como vivir en familia allí, pero trabajando a la vez con gran entusiasmo y responsabilidad. Las fiestas nacionales culminaban en Quilicura o en algún otro buen dato proporcionado por el Dr. Silvio Bruzzone. No escapa al

recuerdo el mayordomo del edificio, famoso por la propiedad que ejercía allí. Él era Dn. Elías Camus. En el año 1972 —continúa recordando— se produce el traslado de este Instituto a los edificios nuevos de Independencia 1027, el que resultó muy impactante. A pesar de las comodidades que podía ofrecernos un edificio amplio y nuevo, éste nos pareció frío, inhóspito, nada de familiar. Así quedó atrás Borgoño 1470, transformado hacia un destino doloroso, impactante para todos los que allí nos formamos y convivimos en armonía.

—*¿Su larga experiencia junto a los alumnos le hace pensar que son diferentes aquellos del año 60 a los de hoy?*

Tengo la impresión que los jóvenes de hace 30 años eran más formales, incluso en su vestuario. Consideraban todo un privilegio no sólo el ser universitarios, sino su calidad de futuros médicos. Las fiestas de bienvenida a los mechones eran atractivas, alegres, de mucha imaginación. Todo estaba permitido bajo el alero del respeto a las personas. Creo que en eso se ha perdido mucho terreno, se ve en el temor con que los recién iniciados acuden a esa “bienvenida”.

De igual forma me agrada este contacto con los jóvenes postulantes a médico, satisfacer su curiosidad, encaminarlos, contactarlos e incluso preocuparme muchas veces de solucionar sus dificultades más personales. Mi deseo es continuar en esto mientras se mantenga este entusiasmo que, en la medida que pasan los años, pareciera adherirse con mayor fuerza en nuestra existencia.

## QUERIDA “ALMA MATER”

*María Rivera Soto*

SECCIÓN PUBLICACIONES

FACULTAD DE MEDICINA

Esta es la vida que me ha tocado vivir. ¡Treinta años como funcionaria de la Universidad de Chile! ¿Será posible? Treinta años en el mismo Servicio de la Facultad —la de Medicina—, en el mismo escritorio y casi en el mismo asiento. Treinta años haciendo el mismo recorrido desde mi hogar hasta la puerta de mi oficina. ¡Qué monótono, qué opaco, pero si esto no es vida, gritarán algunos! Sí, podría ser, pero ocurre que hay vidas y vidas.

Siempre fui muy receptiva a los cambios intangibles de todas las manifestaciones del pensamiento humanista, al que era muy afín, y tanto es así, que decirme por aquellos años que iba a ser parte del “Alma Mater” de mi tierra, fue para mí algo indescriptible. Ingresar a la Universidad como una de sus más modestas funcionarias me significó todo un privilegio. Pasé desde entonces a ser una observadora diminuta e inadvertida de un quehacer que tanto amaba... “la modelación paciente del espíritu humano a través de las artes, las ciencias, la filosofía, el derecho, y tantas otras manifestaciones del saber”. Como funcionaria he pasado por esta Casa —la Universidad— atisbando en sus rincones, urgando en ellos todo lo que nutriría su futuro desarrollo, y despidiendo todo aquello que fue y deja ya de ser para dormirse en las penumbras del recuerdo. He alertado mi oído para escuchar los múltiples crujidos de esta Casa que, aunque sólida, suele estremecerse cada cierto tiempo por crisis que como todo cuerpo viviente debe sufrir para manifestar que está vivo; porque la Universidad es un cuerpo vivo, con necesidades, con exigencias, con energías, que camina, se desarrolla, madura, se enferma —a veces grave—, para renacer de sus propias cenizas y lanzarse a la búsqueda de nuevas glorias que la sustenten.

Nada hay más estimulante que asentarse en un ambiente en que lo que se respira es creación, y la Universidad como fuente creadora es terreno propicio a la germinación de los más bellos pensamientos, los más nobles ideales, las investigaciones más asombrosas y las aventuras más increíbles, todo ello encaminado a enaltecer al hombre, a dignificarlo a través de los múltiples dones y capacidades con que fue creado. Cuando hablo de aventuras, es que pienso con emoción, y muy profunda, en esa verdadera gesta que nuestros inquietos estudiantes iniciaron por allá por los años cuarenta a cincuenta y que culminó con la creación de un revolucionario y avanzado Teatro Experimental, con un cuerpo de Ballet que fue orgullo en nuestra América y una Orquesta Sinfónica que no tardó

también en imponerse en nuestro continente. ¡Y cuál es la gracia de esto! dirán aquéllos que aún no nacían en esa década. La gracia estuvo en que todo nació y fue realizado por un puñado de estudiantes cuyos únicos medios eran sus sueños y su entusiasmo; comenzaron en modestas salas de clases y crearon el más extraordinario montaje artístico del que la Universidad tenga memoria. Cuando comenzaron ya a presentarse en el Teatro Municipal, los acompañaba un público enfervorizado y fascinado por este nuevo estilo de creación en nuestras artes y que en nuestro país era desconocido. Yo, muy jovencita observaba y aplaudía el esfuerzo y el ascenso vertiginoso de estos jóvenes que no se detenían ante nada. ¡Aquello era increíble! Fuente Ovejuna, La muerte de un Vendedor, Madre Coraje, el inolvidable conjunto de Ballet de Uthoff y la Sinfónica ofreciendo un Mesías en plena plaza Bulnes y en medio de un silencio sobrecogedor. Allí supe yo que tenía un espíritu, que poseía sensibilidad para vibrar con lo que otras sensibilidades creaban, y desde entonces me hice universitaria y amé todo lo que representaba esa fuerza fecunda de nuestra "alma madre". Por eso cuando, muy necesitada, muy urgida por los avatares de la vida, concursé tímidamente a un puesto en esta Universidad y lo obtuve, me sentí, lo repito, altamente privilegiada.

Son treinta años que he permanecido instalada en un rinconcito que ha sido mi atalaya. La providencia dispuso que yo ocupara ese lugar, preparado justo a mi medida. Fue un rinconcito adyacente a la entrada principal de la antigua Escuela de Medicina, muy sencillo, con un aire algo folclórico o bohemio y que ostentaba un pretencioso letrero en el que se leía SERVICIO DE PUBLICACIONES; y en verdad se hacían toda clase de publicaciones, no porque se contara con los medios para hacerlas, sino que se obtenían a fuerza de audacia, astucia y coraje. Todo era muy rústico y al mínimo. Yo, por mi parte, muy orgullosa desempeñaba mi papel de Ayudante en Corrección de Pruebas y debía leerle a la Correctora, en voz alta y durante siete horas, todo papel escrito o libro que por esas cosas de la vida caía por allí. Son muchas las anécdotas para el recuerdo, como la presencia de nuestra inefable Violeta Parra, con su guitarra y sus hijos, niños todavía, apareciendo de vez en cuando, y llenando de colorido el ambiente en improvisadas reuniones después de las horas de trabajo. Se dice también, aunque no me consta, que cierto día apareció por los talleres un joven señor que tímidamente solicitaba se le transcribiera o tipeara el manuscrito de una primera novela que él suponía podía interesar a alguien, la novela se llamaba... "Coronación", y el tímido joven, José Donoso... nada menos. Así de simpático era el quehacer en esos tiempos. Formamos durante muchos años, un grupo heterogéneo, distinto al resto, con las tendencias más diversas y los anhelos más increíbles, y aunque las personas han ido rotando al paso de los años, el bizarro matiz de esta Sección aún permanece. No daré nombres para no caer en el agravio de las omisiones, pero para los que se identifiquen en este relato sabrán que su función fue

importante y más aún lo fue el aporte espiritual que allí dejaron. Vaya para unos mi cariño, para otros mi respeto y para ninguno mi olvido.

En estos años, mucho he leído, mucho he aprendido, mucho he conocido, y todo desde mi escritorio; de un escritorio en una Facultad; en una Facultad de una Universidad; de una Universidad inserta en el patrimonio de lo mejor y más noble de la Humanidad.

## BERNARDO REY BANDA. AYUDANTE DE SALA

*Bernardo Rey Banda.* Ingresó en el año 1949 al anexo Escuela de Medicina de Borgoño 1470. Nos entrega sus recuerdos con sencillez y emoción:

“Mi trabajo consistía principalmente en atender la Sala de Clases con sus respectivos elementos didácticos. Trabajé con profesores muy distinguidos entre los que recuerdo con especial emoción al Dr. Walter Fernández, Hernán Niemeyer, Julio Cabello y Eduardo Cruz-Coke.

“Posteriormente conocí a los integrantes de la Cátedra de Parasitología, profesores Amador Neghme, Jacobo Faiguenbaum y Tulio Pizzi. Creo que con el Prof. Pizzi tuve la oportunidad de sentirme acogido con un mayor respaldo humano, de gran apoyo y comprensión. A este equipo se integró más tarde la Dra. María Díaz Alcayaga, de quien guardo también hermosos recuerdos. ‘Aunque mis recuerdos no son muy ordenados, salta a mi memoria la Cátedra de Física Médica que estaba a cargo del Dr. Gustavo Méndez Ochoa, en colaboración con el Dr. Livio Paolinelli. Allí surgió el primer alumno de Medicina que se desempeñó como Ayudante Alumno. Su nombre, Dr. Renato Navarro. Esto ocurrió en el año 1953’.

“Otra jornada de gran revuelo y mucho aprendizaje la constituyó la epidemia de viruela. Allí, el local de Borgoño 1470 se transformó en una especie de ‘cuartel general’ desde donde salían todos los médicos autorizados con su respectivo personal a realizar campañas de vacunación masiva. Todos ellos recibieron la acogida del Casino de la Laurita para almorzar a precios módicos y reponerse de las prolongadas jornadas de trabajo: alumnos, funcionarios, militares, hicieron ‘crecer la olla’ rápidamente.

“Para mí la época más emocionante, sin embargo, fue la de la Reforma, pues constituía toda una novedad. Palabras nuevas en el lenguaje tradicional, luchas, discusiones y, como consecuencia, la transformación de las Cátedras en Departamentos.

“Creo ser un hombre agradecido de todos quienes me brindaron su amistad y me enseñaron a hacer mejor mi trabajo. En esto quiero destacar a Dn. René Roi, quien me adiestró en las ‘máquinas pasapeliculas’ de entonces, aparte de toda esa experiencia fantástica que él tenía de marino y luego en el arte de la fotografía, para lo cual era excepcional y aún se conservan en algunos departamentos hermosas fotos captadas por él.

“Es cierto que a veces siento que muchos compañeros se olvidan de los años difíciles que nos tocó vivir, desempeñándonos con entusiasmo a pesar de los elementos mucho más escasos y rudimentarios con que contábamos. Por otra parte, la satisfacción de haber conocido a tantos alumnos

que muestran el afecto de su recuerdo, algunos de ellos grandes personalidades, más tarde, en el ámbito de la Medicina.

“Creo haberme desempeñado siempre del mejor modo, ahí en la Sala de Clases y sus trabajos prácticos, junto al joven que se inicia con gran entusiasmo y deseos de saberlo todo en el menor tiempo. Y por cierto una gran alegría después de verlos ya realizados como profesionales.

“Actualmente trabajo en el Departamento de Medicina Experimental de nuestra Facultad y me siento orgulloso de vivir este aniversario tan brillante para la Universidad y de haber sido elegido para el libro ‘Huella y Presencia’”.

## SERVICIO DE MANTENCIÓN (TALLERES)

Iván Saldías y Mario Hernández

*Breve historial.* Año 1950. El Sr. René Roi, funcionario en ese entonces de la Cátedra de Microbiología, con sentido futurista, propone al Dr. Hugo Vaccaro, Director de la Escuela de Medicina, la creación de un Taller de Mantención, como un servicio altamente necesario para atender en especial problemas de Gasfitería, Electricidad y Carpintería. Luego del incendio que afectó a la Escuela en el año 1948, ésta sería separada en dos edificios: la Escuela propiamente tal ocuparía el edificio del ex hospital San Vicente de Paul, y el anexo de la Escuela se ubicaría en Borgoño 1470, Centro de Control Bacteriológico.

Fundamentada esta necesidad en el quehacer de los laboratorios de investigación y docencia ante la comunidad de académicos, el Dr. Vaccaro decide delegar precisamente en el Sr. René Roi la formación del "Taller".

Hasta el año 1952 estuvo integrado por maestros contratados a honorarios; mas, debido a la responsabilidad de los trabajos y equipos, se opta por contratar personal de planta en gasfitería, electricidad y carpintería. Además se provee de un vehículo para atender con mayor efectividad el traslado de maestros y materiales entre ambos edificios.

En cuarenta y dos años de existencia han pasado muchos maestros y jefes. De esa década del 50 sobreviven dos: don Iván Saldías, quien atiende los sistemas de gasfitería y ocupa el cargo de Jefe, y don Mario Hernández, contratado en el año 1957 como electromecánico. Ambos se encuentran jubilados y recontratados.

Según sus propias palabras ambos coinciden en hacer un recuerdo emocionado de Dn. René Roi, como el gran amigo y compañero, guía de superación y gran precursor del "espíritu universitario" que hoy "se encuentra en extinción", reconocen. Y agregan: "Don René era un artista de la fotografía, con premios internacionales en ambos continentes, su sabiduría y cultura fueron un ejemplo. Era un hombre navegado, pues entre otras cosas fue Capitán de navío. A través de su arte entregó un gran apoyo al quehacer de la investigación y docencia. Fue formador en el arte de la fotografía médica, en particular, de muchos académicos". Y agregan:

"Resulta grato para nosotros recordar en este Sesquicentenario a nuestros Jefes, ex Decanos y Profesores que tuvieron una preocupación especial por el Servicio de Mantención. Sin un orden cronológico, sólo con nuestro

Prof. Hugo Vaccaro, Dr. Julio Cabello, Dr. Alfonso Coronado, Dra. Elvira Mardones, Dr. Hernán Niemeyer, los ex Decanos Dres. Alfredo Jadresic y Elías Cumsille y los Sres. Gonzalo Montefinale y Elías Camus. Ellos nos motivaron para perfeccionarnos, acrecentar y comunicar el quehacer enmarcado en el espíritu universitario. Esta frase que tanto llegamos a querer —espíritu universitario— pertenece al profesor Walter Fernández, profesor de la Cátedra de Histología y Embriología.

Esta crónica culmina con la honestidad y franqueza que ambos aprendieron: “Nuestras experiencias, cuanto aquí hemos vivido, aprendido y valorado en un medio universitario y científico, involucra un reconocimiento a nuestra Escuela y la satisfacción de haberla servido es nuestra mayor recompensa. Es grato para dos funcionarios de este Servicio saber que nuestra palabra será considerada con ocasión de los 150 años de nuestra Universidad”.

## TRES CABALLEROS MUY ANTIGUOS

TELMO MATAMALA CONTRERAS. Ingresó a la Escuela de Medicina el año 1955, un día martes 5 de julio —nos dice— fecha que jamás ha olvidado, como Técnico Mecánico.

Como ya tenía otros años acumulados, jubiló en el año 1972 como Artesano Grado 4. Se reincorporó en el año 1980. Aprendió su trabajo en el Laboratorio de Fisiología, bajo la tutela del Dr. Hoffman, en cuanto al uso y manejo de maquinarias. En la actualidad se siente acreedor del título de experto en construcción de aparatos para Investigación y Docencia.

Telmo Matamala es una persona alegre, de buen trato. Añora aquellos tiempos en que la convivencia entre los funcionarios de los diversos estamentos era muy grata, se celebraban todos los acontecimientos, con mucha camaradería.

Sus cualidades amistosas lo llevaron en reiteradas oportunidades a ser dirigente gremial, en la APEUCH. Se dieron buenas batallas en beneficio de la carrera funcionaria y del bienestar de sus afiliados.

En todas estas actividades se recibía un apoyo muy paternalista de los médicos, lo que le hace pensar que ha vivido una etapa de privilegio en esta Facultad y que le permitieron conocer a gente por la que guarda un recuerdo de mucha gratitud. Ellos son el Dr. Alfredo Jadresic, hoy en el Ministerio de Salud y los Dres. Samuel Middleton y el Dr. Francisco Hoffmann, fundador del Instituto de Fisiología.

Confiesa que su deseo es continuar desempeñándose en esta Casa universitaria, sin embargo está afectado de la vista y es posible que en el año 1993 deje de trabajar definitivamente.

BERNARDO QUEZADA BRAVO. Aun cuando su llegada a la Escuela de Medicina, específicamente al Instituto de Fisiología ocurrió en el año 1946, pasó a la Planta del Personal en el año 1948, con el cargo de Auxiliar. El Director de la Escuela de ese tiempo era el Sr. Sergio Miqueli y del Instituto el Dr. Francisco Hoffmann.

Según sus compañeros lo recuerdan como el niño que, vestido de Boy Scout, comenzó a colaborar en el Instituto y con esa cordialidad que le caracteriza se fue acostumbrando e hizo méritos hasta ingresar a la planta y continuar por ya más de 40 años bajo este alero universitario. Hoy jubilado, pero recontratado, colabora con el Dr. Ziepper en proyectos de investigación.

“Mis recuerdos son tantos, y pareciera que mi vida personal y la de mi Escuela o Facultad como se llama ahora, fueran una sola. Momentos de alegría y tristeza. Sólo que hay que aprender a enfrentar las cosas con el mejor ánimo y tratar de dejar los problemas al lado de afuera de la puerta para no desatender nuestras responsabilidades”.

—Se dice de Ud. que es muy considerado por su manera de tratar especialmente a las damas...

“Bueno, algo de cierto hay en ello. Las damas son un tesoro que hay que saber cuidar. Ellas lo adornan todo y por tanto hay que tratarlas como si fueran flores...”.

“En otro aspecto, el recuerdo más doloroso y vivo que conservo es el incendio de la Escuela en el año 1948. Y con mayor razón en estos días en que se ha incendiado la Facultad de Química y Farmacia. En aquella ocasión hicimos esfuerzos arriesgados por salvar algo del material de nuestro Laboratorio. Fue un hecho que nos marcó profundamente y por largo tiempo”.

ERASMO MADRID CASTRO. Nació en 1923. Ingresó a la Escuela de Medicina en 1940. Se considera por tanto, el funcionario más antiguo y se ha desempeñado siempre en trabajos prácticos y experimentos con animales, en el Departamento de Fisiología.

Sus recuerdos están matizados de anécdotas y también de momentos tristes, como la muerte de su compañero y funcionario de la Escuela Dn. Juan Cortés Espinoza. En otro aspecto lleva como un honor el haber trabajado con el Dr. Torres que venía desde Inglaterra y era colaborador de uno de los inventores de la penicilina, el Dr. Fleming. Recuerda a grandes investigadores como fue la Dra. Daysi Benítez, radicada hoy en México y el Dr. Humberto Viveros con quien se formó en sus primeros años.

Colabora con el Dr. Carlos de Filippi desde hace ya más de 12 años. Es precisamente allí, donde hace algunos días se le ha rendido un homenaje a su larga y fiel trayectoria. “Estoy ya despidiéndome de esta Casa —nos dice, emocionado— y deseo hacerlo con alegría, recordando una anécdota que ocurrió hace ya más de veinte años, cuando la Dra. Pinto experimentaba con unos monos traídos de Estados Unidos y a los que ella operaba del cerebro. Estos monitos eran muy inteligentes y simpáticos, pero a su vez muy agresivos. Una vez se las ingeniaron para abrir la jaula y escapar. Vinieron los bomberos y carabineros a tratar de rescatarlos antes de que ocasionaran algún daño. Lo terrible fue que uno de ellos se entró a las habitaciones de las monjitas y ellas salieron escapando entre los chillidos del mono que las perseguía... Es bueno conservar la alegría, lo alivia a uno de sus males y estos recuerdos forman parte de cuanto se ha vivido en

esta Escuela. Ahora jubilo definitivamente, mi salud ya no me está acompañando mucho”.

Lo vemos alejarse con su boina en las manos, apretando contra el pecho otros recuerdos y mucha gratitud hacia las autoridades que en este año le honrarán con la medalla Andrés Bello.

## DON RENÉ ROI: ARTISTA Y SEÑOR DE LA FOTOGRAFÍA

Le visitamos en su lecho de enfermo. La diabetes que le aqueja ha debilitado su visión y provocado llagas en sus pies, lo que le impide caminar. “Podría ser peor, nos dice. Estuve a punto de que me amputaran ambos pies y, sin embargo, algo así como un milagro, me salvó. Ya estaban marcados los lugares desde donde me amputarían y, de pronto, unas gotas de sangre fresca comenzaron a aflorar como el rocío en la piel. La enfermera —samaritana mediadora— corrió a dar la noticia a los cirujanos que ya preparaban los equipos. Me pareció que nacía de nuevo, aun cuando el precio sea estar aquí, dependiendo de esta mujer maravillosa que me ha acompañado toda una vida: Lina, mi esposa, una chiquilla linda que la vida me regaló hace ya más de 40 años”.

Mientras la conversación se va tornando más animada y los recuerdos vuelan como cartas de naipe, revisamos el material que guarda cuidadosamente no sólo en cajas clasificadas por temas, fechas, etc., sino prodigiosamente en su memoria. Hasta el más mínimo detalle está allí desafiando las técnicas más avanzadas de archivo. De vez en cuando reclama: “¡Si pudiera ver! A veces me parece que morí desde que no puedo disfrutar de la imagen”. Sus pupilas celestes se humedecen mientras urge en el techo de su dormitorio la luz ausente. “Tengo fotografiado el Hospital J.J. Aguirre desde que colocaron la primera piedra, casi día a día. Es impresionante la secuencia. El día que quieran pueden exponerla...”.

Nos adentramos en el Currículum de Aceptaciones, Premios y Menciones. Los premios suman más de una veintena, entre medallas de oro, plata, menciones honrosas, títulos y cargos a nivel nacional e internacional. En el año 1986 recibe el título de Artista Fiap (AFIAP), Federation Internationale de l'Art Photographique, Berna, Suiza, máxima distinción internacional. Sus trabajos han sido expuestos largamente en el país bajo el auspicio de diversas Universidades e Instituciones Públicas y Privadas.

Y más allá de nuestras fronteras ha expuesto en importantes ciudades europeas: Berna, Suiza; Atenas, Grecia; Cegrad, Hungría, también en Yugoslavia, Alemania, entre otros.

Su relación con la Facultad de Medicina se extiende desde 1950, cuando ingresa al Laboratorio de Fotografía para la Investigación Científica del Instituto de Microbiología e Inmunología del profesor Dr. Hugo Vaccaro C., cargo que desempeña hasta 1970. Más tarde se desempeña en el Convenio Chile-California, Departamento Relacionador de Bibliotecas, a cargo del Departamento de Microfilm. En 1968 trabaja en el Departamento de Parasitología y entre 1973 a 1975 pasa a formar parte de la Unidad de

Parasitología que comprendía Virología, Bacterología y Parasitología a partir de la reforma universitaria, trabajando además con cargo Grant en el Depto. de Neurofisiología del profesor Samuel Middleton, como profesor de Técnicas Fotográficas Especiales. Desde 1975 a 1979 es nombrado Director del Depto. Audiovisual de la Facultad de Medicina. Se acoge a jubilación con 30 años de labor ininterrumpida en esta casa universitaria.

En su vida hay acontecimientos gravitantes, satisfacciones y dolores; experiencias, amigos que extraña, de quienes fue colaborador infatigable y acucioso. Su huella está impresa en grandes fotografías murales, como aquella de un río que pareciera descolgarse desde la pared del departamento de Fisiología.

Sin duda su enfermedad es una limitante para cultivar la amistad. Cada persona gira alrededor de sus preocupaciones. A él le gustaría compartir con aquellos profesionales con los que colaboró entusiastamente. La amistad es una medicina que no se compra y es tan necesaria.

Salgo de allí cuando los visillos de la tarde se cierran ocultando el último fulgor del día. La brisa fría y fragante de la noche envuelve una sensación de nostalgia, abre el anhelo más legítimo de convocar a todos esos nombres que él menciona con afecto y reconocimiento, invitarlos a visitar a este amigo, este artista de la belleza, aquella que hoy no puede ver sino con los ojos del sentimiento. Busco en la inmensidad del cosmos una respuesta. Estoy en la calle Talaveras de la Reina, cercana a su hogar. Un lucero palpitante pareciera emular aquella lágrima varonil que rodó por su rostro cuando me despedí prometiéndole escribir algún día otros aspectos de su vida tan interesante y los vínculos que se abrieron hacia la Medicina a través del arte de la Fotografía.

## CASINO DE LA LAURITA

Los años se han acumulado desbordando recuerdos. También aquí, en este lugar en que ha ocurrido de todo, y donde cada acontecimiento de la vida estudiantil o académica, llegaba a comentarse entre los muros del Casino de la Laurita.

Desde 1922 Laurita Quiroz Galdames comienza a tomar contacto con los estudiantes de Medicina a través de sus padres que instalan —en lo que hoy es el hospital Roberto del Río— un horno de barro para cocinar pan amasado y empanadas.

Así el casino de Laurita se fue adhiriendo a las actividades de la Escuela, sobreviviendo a sus reformas, cambios de lugar, costumbres, a la vez que crecía también la familia universitaria y se hacía más indispensable y más familiar. Citas, discusiones clínicas, actualidad política, anuncios de matrimonio, la partida inesperada de algunos, todo lo que concierne al ser humano, gira allí al compás de un tiempo que no se detiene.

En cada ocasión que alguien se acerca a ella a saludarla o entregarle algún mensaje, se levantará la llama de sus emociones y rememorará tantas y tan variadas jornadas transcurridas. Nombres inolvidables: Ramón Valdivieso, Joaquín Luco, Jorge Mardones Restat, Eduardo Cruz-Coke, Héctor Croxatto, Guillermo Brinck, Lucas Sierra, Sótero del Río, Alejandro Garretón, entre tantos... También bajo el alero de su Casino se vivieron inolvidables jornadas de Teatro encabezadas por los Dres. Marco Antonio de la Parra y Oscar González Campos con sus obras en estreno absoluto. Abuelos, padres, hijos en una misma familia vuelcan en su memoria hojas de calendario pletóricas de anécdotas, desde la transformación del lenguaje a las de las vestimentas, vale decir, desde el sombrero alón al blue jeans. Todo lo acepta y comenta con agrado y simpatía.

Hace algunos días la vimos atendiendo solícita al Dr. Claudio Costa, quien debía practicarse algunos exámenes médicos y el frío de la espera aconsejaba una buena taza de café con leche. Ambos disfrutaban alegremente sus recuerdos.

“Escribiremos algún día la historia completa de su Casino”, señaló el Dr. Costa.

“Sería bueno, pues ya estoy cediendo mi lugar porque la salud me está afectando, pero no me iré de aquí por ningún motivo. No puedo vivir sin este Casino que ha sido, a pesar de todo, lo mejor de mi vida. Es incomparable el cariño, el recuerdo de tantos alumnos, algunos casi tan antiguos como yo. Pero las chicas (sobrinas)

lo harán bien. Esperamos que la remodelación que avanza por estos patios no toque aún mis queridas paredes, porque la de los recuerdos no caerá tan fácilmente. Se irá conmigo”.

Sin duda, Laurita, una página de este libro es muy poco para quien lleva tantas jornadas bajo este alero y cuya presencia es evocada por alumnos y funcionarios de más de seis décadas. En cada uno de ellos se enciende más de una página que vive atesorada en esa resolana del afecto que te ilumina la mirada.

## GUILLERMO BRINCK: LA MUERTE DE UN VENCEDOR

Dr. Óscar González Campos

Cuando esta publicación se encontraba en proceso de edición, acaeció el fallecimiento del profesor Dr. *Guillermo Brinck*. Es posible que podamos simbolizar en él, un reconocimiento a tantos médicos que han traspasado el umbral de la vida, dejando su huella imborrable en los pasadizos del recuerdo.

Guillermo Brinck nunca tuvo una biografía formal. Nació en Valparaíso en 1898, estudió leyes durante tres años, Derecho Romano, Civil, Procesal, trabajó como procurador de un abogado, “pero alejado de los problemas realmente humanos”. Revisando unos expedientes descubre de pronto que su vocación no está ahí.

Decide estudiar Medicina “porque es una profesión humanista, porque se contacta directamente con personas, porque uno trata siempre con problemas vitales y no con circunstancias”.

Se recibió de médico y lo demás es conocido: llegó a ser una de las figuras más grandes de la medicina chilena y el más grande de su especialidad. Escribir datos biográficos es abreviar exageradamente el tiempo. Particularmente en el caso de Guillermo Brinck, en que la anécdota histórica es de importancia secundaria. Lo importante está ahí, en su huella de vencedor del olvido, tan profunda y marcada que dejó para todos nosotros. Tal vez no es exacta esta cronología, pero lo es en nuestra memoria que mide de otra forma las épocas, las horas y lo efímero.

Cuando lo conocí él ya estaba jubilado, pero continuaba yendo al hospital “fundamentalmente para recorrer sus pasillos e ir al casino, el lugar donde más se aprende”.

Conversador original, sensible, extravagante, observador y culto, hay pocos adjetivos para todas sus características. Esto justificaba plenamente la excentricidad de sus maneras y de sus comentarios.

Hablaba de “ese Heráclito que nunca se bañaba en el mismo río”, del extraordinario libro de Lermontov “Un héroe de nuestro tiempo”, que era su preferido; de caminar descubriendo el mundo, fue así como encontró ese ceibo, el árbol más grande que está al final de la calle Constitución en el Barrio Bellavista; de la fidelidad de las mujeres, “hay más mujeres fieles de las que se cree, pero menos de las que se dice...”.

De la docencia. De su deseo de enseñarle al portero del museo que lo mejor que podría hacer es entrar, de su incapacidad para creerle al mecánico de su automóvil, o de entenderse con el cajero del banco. De los alumnos: “hacer que en una clase todos los alumnos entiendan lo que el profesor quiere decir... es tan sorprendente como que la misma música sugiera ideas semejantes en cerebros diferentes”.

Su don de análisis descarnado, personalísimo, su ironía, sus afectuosas irrupciones en la vida de los demás, su caprichosa esplendidez, conquistaban cada vez una amistad inolvidable.

De esos primeros encuentros me quedó su refinada observación de las cosas, la certeza de sus juicios, su porte noble y su cabello cano, su modo de caminar y de pararse siempre muy derecho y como sorprendido, y sobre todo la certidumbre de una irrealidad, en esta amistad tan dispar.

Pero el hombre puede soportar una gran cantidad de irrealidad. A partir de ese momento, decidí acompañarlo en sus vagabundeos como un esmirriado Sancho Panza.

Se iba y volvía a pie, desde su casa en Almirante Barroso hasta el hospital. "Me encantan los barrios bulliciosos, donde la gente escribe en las paredes, donde los vecinos se hablan de una ventana a otra, donde hay peleas de perros".

Un día íbamos por Independencia hablando "de la mole de libros que se tuvo que echar sobre los hombros Balzac para describir la Comedia Humana". De pronto se detuvo y me hizo observar una pareja muy humilde que caminaba frente a nosotros. El hombre con paso muy decidido iba dos o tres metros más adelante que su mujer, ella con un niño en brazos, le seguía zigzagante con un aspecto tan cansado que parecía adormecida. "Observe, me dijo, el problema no reside en la pobreza, ni en la falta de limpieza... Ese hombre y esa mujer se conocieron cierto día. Sin duda el hombre sonrió a la mujer. Y sin duda le llevó flores después del trabajo. Tímido y torpe, quizás temía ser rechazado. Pero la mujer por coquetería natural, segura de sí misma, se complacía en inquietarlo. Y ese hombre que hoy no es más que una máquina de golpear cemento o clavos, sentía así en su corazón una deliciosa angustia. El misterio consiste en cómo ese amor se convirtió en eso que se ve ahí. Ese hombre rudimentario tuvo alguna vez en su alma los mismos sentimientos que el más intelectual de los hombres. Pero ahora todo eso ha desaparecido. El drama no es tanto esa suciedad o esa falta de educación que salta a la vista, el drama es que en cada una de esas parejas hay un sentimiento asesinado...".

Era difícil sustraerse al encanto de Guillermo Brinck, a su capacidad de escudriñar los momentos únicos de la vida y describirlos con todo su innegable contenido.

Era un humanista, muy respetuoso pero tremendamente crítico, celoso de sus ideas, pero muy generoso con su conocimiento, que lo entregaba siempre tan originalmente. A veces alguien le robaba una idea.

"No se preocupen, a un buen mago no le importa si le roban un conejo, porque sigue sacando conejos del sombrero...".

El cerebro es un todo, no se puede parcelar en funciones. Este concepto lo hacía prevalecer siempre. "La memoria es una cualidad, no una entidad, un modo de organizarse de la actividad nerviosa. La memoria no tiene

sitio en el cerebro, pues ella es una cualidad de los actos. El cerebro no es un archivo; hace cada vez de nuevo lo que se le exige...”.

Lo opuesto era su cargo de jefatura, como jefe administrativo era la negación de la administración. “Es complicado ser dueña de pensión...”. Solía decir. No iba con su carácter. Él siempre pensaba que debía haber una manera más lógica de resolver esos problemas. “La burocracia es un misterio con normas muy precisas”.

Era un hombre sin antesalas, muy llano y sencillo, lo que no significaba que no tuviera formalidad. Decía siempre lo que sentía, directamente y sin preámbulos. Abominaba de los aduladores. “Para un hombre es más difícil defenderse de la adulación que de la injuria”.

Pero tenía clara conciencia de su condición. “He sido lo mejor que he podido y siempre me he preguntado cosas. El saber ha de tener hermosura. El profesor ha de tener satisfacción de su trabajo. Orgullo de lo que dijo. Al alumno hay que mostrarle un mundo que él desconoce... Hay que dejarle una huella...”.

Bruscamente un día me habló de su esposa, Mariá Mizón. “Era muy bella y muy cuidada. De no haber sido por su mirada de ojos claros que se fijaban en los míos, habría pensado que era demasiado seria... Una mujer elegante y de muy buenas maneras. Sabía siempre qué hacer con las manos y no se desconcertaban ni disimulaba cuando se le escapaba una aceituna del plato...”.

Se casaron cuando ella tenía veintitrés años y se fueron a vivir a Almirante Barroso, “en esa calle corrida al olvido o al recuerdo, que es lo mismo; sólo se recuerda lo que está olvidado”. “Era una casa con mucha primavera...”.

Estaba hecha al estilo siglo diecinueve tardío. “No hay que olvidar que la arquitectura siempre aspira a la condición histórica, pero no perdura, porque los ‘constructores’ la demuelen”. Allí instaló su consulta, en la que según sus hijos todavía pequeños en esa época, ‘se demoraba mucho y cobraba poco’. Así aprendieron que siempre hay intereses mucho más vastos que cualquier especialidad.

Una tarde, mientras hablábamos de la influencia sobre el arte de la locura de Van Gogh, se revolvió un poco dentro de sí mismo y me invitó a que fuéramos inmediatamente a ver sus cuadros. Ya había ganado varias medallas en exposiciones. “Pero no me gusta exponer para no exponerme”. Dijo mientras buscaba un óleo escondido debajo de otros.

Lo sacó y buscando la luz lo acomodó delante de mí. Era un cuadro lluvioso en un mundo ajeno, de muchos azules y grises diluidos. Había soledad y un movimiento majestuoso y lento en la pincelada, que impregnaba misteriosamente, como la fosforescencia de un secreto.

“Uno ama lo que se le parece. Y yo lo pinto”. —Dijo pensativo—. “Pero la pintura empobrece al hombre para otros empeños, cuando uno se dedica a pintar cierra la boca y se hace poco interesante. La gente huye

de los creadores. Uno se hace consideraciones sobre lo que ve, lo vuelve a mirar, le vuelve a extrañar el motivo. Pasa lo mismo con cualquier dominio que usted tenga y que lleva a una creación. Cuando usted que escribe, quiere expresar un sentimiento, no encuentra la palabra. La idea se anticipa, ronda a la palabra, pero el recuerdo de esa palabra se resiste... Todo esto es sorprendente y cautivador. La gente que no comprende esto, se aleja”.

En uno de nuestros encuentros finales le pregunté si todavía seguía sacando conejos del sombrero. Me contestó acomodando sus anteojos con el índice en un gesto muy típico suyo, como para ver más claramente en mi rostro el impacto de su ingenio: “No, ya no. Ahora estoy empeñado en transformar el conejo en un sombrero...”.

Poco después murió. Cuando lo leí en el diario, me pareció una noticia irreal, absurda. Esa vida magnífica, se esfumó calladamente la noche de ese domingo 26 de julio de 1992, tornándose irreal, como el sueño que siempre fue. El destino irónico de la vida, se hacía otra vez evidente en un hombre genial.

Ahora, cuando quiero describir lo que siento evocando aquella época, la misma resistencia de las palabras que él me describió, reaparece ahora en mi propia lucha con el tiempo; y me doy cuenta que detrás de ese velo de la memoria, la nitidez de esos días está intacta y alcanza en mi recuerdo una intensidad poética incomparable.

## NOTAS CURRICULARES

## Jorge E. Allende

*Nació* el 11 de noviembre de 1934 en Cartago, Costa Rica (hijo de Diplomático chileno); *Casado* con Dra. Catherine Connelly, 4 hijos.

*Títulos Universitarios:* Bachelor in Sciences en Química, Louisiana State University, 1957 Ph.D. en Bioquímica, Yale University, 1961.

*Perfeccionamiento:* Estadía postdoctoral con los Dres. Fritz Lipmann y Daniel Nathans, premios Nobel de Medicina-Universidad Rockefeller, 1961-1962.

*Beca Guggenheim:* En laboratorio de Dr. Marshall Nirenberg (Premio Nobel de Medicina), 1966-1967.

En laboratorio de Dr. Gordon Sato, 1973-1974.

*Cargo Actual:* Profesor Titular de Bioquímica, Facultad de Medicina Universidad de Chile.

*Academias:* Actual Presidente de la Academia Chilena de Ciencias.

Miembro Extranjero del Institute of Medicine of the National Academy of Sciences of the USA.

Miembro Fundador de la Academia de Ciencias de América Latina.

Miembro de la Academia de Ciencias del Tercer Mundo.

Miembro Honorario de la Academia Chilena de Medicina.

*Organizaciones Internacionales:*

Coordinador de la Red Latinoamericana de Ciencias Biológicas.

Vicepresidente del Comité de Acción en Biotecnología de UNESCO.

Consultor del Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología de la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial.

Miembro del Comité Asesor de UNESCO para el Proyecto del Genoma Humano.

*A nivel nacional:*

Presidente del Comité Nacional de Biotecnología

Miembro de la Comisión Presidencial de Educación Superior

Miembro del Consejo Nacional de Ciencia de FONDECYT, 1984-1985.

*Trabajo de Investigación:* Ha publicado alrededor de 100 comunicaciones en revistas internacionales sobre sus investigaciones en los campos de: mecanismo de la biosíntesis de proteínas, código genético, ingeniería genética y lixiviación bacteriana del cobre.

## Dr. Claudio Costa Casaretto

Nació en Iquique en 1914. Se tituló de Médico Cirujano en la Universidad de Chile el año 1940.

En sus primeros años se desempeñó como médico especialista en Car-

diología. Recorrió el país formando parte del equipo móvil de medicina preventiva, montado en un camión provisto de rayos X, electrocardiógrafo y un laboratorio clínico rudimentario. Posteriormente se desempeñó en el servicio de Medicina del hospital San Juan de Dios, hospital Clínico San Vicente de Paul y en la Cátedra de Introducción al Estudio de la Medicina del Prof. Oscar Avendaño. En 1955 fue comisionado para trabajar en el Centro de Investigaciones de Historia de la Medicina en la Universidad de Chile. Socio fundador de la Sociedad Chilena de Historia de la Medicina, dedicación ésta que le apasionó aun antes de titularse. En estudios históricos ha entregado sus mejores esfuerzos y en la actualidad continúa trabajando fervorosamente para diversas publicaciones nacionales.

### Dr. Ricardo Cruz-Coke Madrid

Nació en Santiago en 1925. Estudios en Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. Vicepresidente del Centro de Estudiantes y consejero de la FECH (1945-1949). Director de la "Revista Claridad" (1948). Fundador y consejero de la Editorial Universitaria S.A. (1948). Titulado de médico-cirujano en 1950. Estudios de postgrado en Francia (1954 y 1957), en España (1957 y 1959), en Inglaterra (1960) y Estados Unidos (1965 y 1969), en Medicina Interna y Genética Médica. Director de proyectos de investigación biomédicos del International Biological Programme de ICSP en Isla de Pascua (1963) y Arica (1965 y 1968). Fundador del Centro de Computación de Medicina (1970) y del Servicio de Genética del hospital J.J. Aguirre (1980). Profesor Titular de Medicina en 1975. Director Académico y Estudiantil de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile (1986). Miembro de Número de la Academia Chilena de Medicina (1985). Editor asociado de la "Revista Médica de Chile" (1959). Editor asociado de la Revista Internacional "Clinical Genetics" (1970) y consejero del Comité de Congresos Internacionales de Genética Humana (1971-1981). Miembro honorario de la Sociedad Peruana de Genética Médica (1989) y de la Sociedad Mexicana de Genética Humana (1976). Presidente de la Sociedad de Genética de Chile (1972) y de la Asociación Latinoamericana de Genética (1981). Presidente del V Congreso Latinoamericano de Genética, Viña del Mar (1981). Autor de 9 libros, entre ellos "Geografía electoral de Chile" (1952); "El hombre y su planeta" (1961); "Color Blindness an evolutionary approach" (1970) y "Problemas genéticos del Humanismo" (1983). Ha escrito 16 capítulos de libros nacionales e internacionales sobre Genética, Sociología, Ética, Alcoholismo e Hipertensión. Ha publicado un total de 300 trabajos en revistas en idioma inglés (80); francés (6) y español (214). Ha recibido las distinciones nacionales; Premio Corvalán

Melgarejo (1964); Premio Sociedad Médica (1973); Premio Academia de Medicina (1977); Diploma de Maestro de la Genética (1989). Presidente del Programa Latinoamericano del Genoma Humano (1990-1992). Miembro de HUGO (Human Genome Organization).

## Luis Hervé Lelievre

Nacido en Santiago, el 18 de julio de 1909.

Estudios de Medicina en la Escuela de Medicina de la U. de Chile (1925-1931).

Médico-Cirujano en diciembre de 1931.

Toda su carrera docente-asistencial está relacionada con la U. de Chile. Ayudante y Jefe de Clínica de la Cátedra de Patología Médica y de Medicina del Prof. Alejandro Garretón Silva, en el Servicio de Medicina del hospital San Fco. de Borja (1932-1952). Profesor Extraordinario de Patología Médica (1942) y luego de Medicina (1945) en ese hospital. Trasladado, siguiendo a su Jefe, al Servicio y Cátedra de Medicina del hospital J.J. Aguirre (1952-1964). Jefe del Departamento de Cardiología de ese hospital Universitario (1957-1964). Enviado por el Decano de Medicina, en 1964, como profesor contratado de Medicina, al hospital Barros Luco-Trudeau, para organizar con otros profesores, la docencia médica en el Área Sur de Santiago. Jefe del Servicio de Medicina de ese hospital (1968-1976). Miembro del Congreso Universitario para reestructurar la Universidad (1969-1972). Profesor Titular de Medicina (1971). Miembro del Departamento Universitario de Clínicas (1971-1981) y de Medicina Sur desde 1981.

Nombrado primer Decano de la Facultad de Medicina-Sur de la Vicerrectoría Santiago-Sur de la Universidad de Chile. Renuncia en 1976. Se acoge a jubilación en la Universidad y en el Servicio Nacional de Salud, pero continúa efectuando docencia, clases y pasos clínicos, a los alumnos de Medicina-Sur hasta 1991. Profesor Emérito en 1977. Miembro de la Comisión de Ética, Historia y Cultura, de la Facultad única de Medicina desde 1981 hasta la fecha. Miembro del Consejo de Facultad (1986-1991).

Fue Médico-Cardiólogo de la Comisión de Medicina Preventiva del Servicio Médico Nacional de Empleados de Santiago, 1943-1964.

Desde 1932 ha realizado labores docentes y asistenciales en la enseñanza de pregrado según los programas establecidos, haciendo numerosas clases y dirigiendo el trabajo hospitalario de médicos y alumnos. Ha efectuado una intensa tarea investigadora clínica, especialmente en electrocardiografía y en cardiología, durante 40 años. En los primeros veinte años

dirigió alrededor de 50 tesis efectuadas por los Internos para obtener su título de Médico. Ha colaborado en la Escuela de Graduados de la Facultad de Medicina, creada en 1954, efectuando cursos y conferencias en Santiago y provincias, desde Antofagasta hasta Valdivia. Ha hecho alrededor de 150 presentaciones científicas, algunos en estos cursos, y la mayoría en sesiones de las Sociedades Chilenas de Medicina, de Cardiología, de Angiología, o en Congresos Médicos nacionales o en centros extranjeros. En estos trabajos ha sido ayudado por numerosos colaboradores. Junto con los trabajos de investigación, ha presentado comunicaciones sobre Historia, Ética, Enseñanza Médica y Medicina Social.

Ha publicado alrededor de 80 trabajos, la mayoría en la "Revista Médica de Chile", y 12 en revistas extranjeras. En 1935 publicó una monografía "Electrocardiografía práctica", la primera sobre este tema en Chile, que debió reeditarse en 1942. Sirvió de tesis para optar al grado de Profesor Extraordinario. Uno de sus trabajos sobre Digital en el Electrocardiograma, publicado en 1953, en la "Revista Médica de Chile", mereció el premio "Laboratorio Chile" de la Sociedad Médica de Santiago.

Ha desempeñado algunos cargos honoríficos: Presidente de las Sociedades Chilenas de Cardiología, 1950-1952, de Angiología, 1955 y de la Sociedad Médica de Santiago, 1970-1971, la que lo nombró en 1985 Maestro de la Medicina. Pertenece desde 1975 a la Academia Chilena de Medicina, siendo miembro de número desde 1983.

Ha pertenecido al Directorio del Instituto Chileno-Francés de Cultura (1948-1990), favoreciendo la venida de misiones médicas francesas al país, y al perfeccionamiento de algunos médicos chilenos en universidades y centros médicos franceses.

Es miembro correspondiente u honorario de seis Sociedades Médicas Chilenas y de seis Sociedades Extranjeras. Ha recibido tres condecoraciones de los gobiernos belga, francés y chileno.

## Dr. Camilo Larraín

El Dr. Camilo Larraín Aguirre es Profesor Titular de Medicina de la Universidad de Chile. Nació en Santiago el 20 de julio de 1918, sus padres fueron Ernesto Larraín Luengo, abogado, Ministro de la Corte Marcial y Carmela Aguirre Espoz. Hizo sus estudios en el "Colegio de los Sagrados Corazones" (Padres Franceses) en Santiago, en las Escuelas de Medicina de la Universidad Católica (dos años) y posteriormente de la Universidad de Chile. Recibió su título de médico en 1943. Ayudante de la Cátedra de Medicina del hospital San Borja desde diciembre de 1943, y de la Cátedra D de Medicina del hospital Clínico de la Universidad de Chile desde 1953

en adelante. Becado por la Fundación Kellogg y por el American College of Physicians realizó estudios de medicina interna y hematología en USA en los años 1953-1955. En 1966 obtuvo su título de Profesor Extraordinario de Medicina de la Universidad de Chile después de rendir los exámenes correspondientes, y desde 1972 a la fecha es Profesor Titular de Medicina en el hospital Clínico de la Universidad de Chile. Ha publicado 86 trabajos científicos en las revistas "Médica de Chile", "Blood y Sangre" y un libro "Las Diátesis Hemorrágicas" (Ediciones de la Universidad de Chile, 1967). Ha sido Presidente de la Sociedad Chilena de Hematología en 1963-1966 y en tal carácter organizó y presidió el Primer Congreso Chileno de Hematología (1964), Vicepresidente de la rama interamericana de la Sociedad Internacional de Hematología entre 1966 y 1972, Presidente de la Sociedad Médica de Santiago (Sociedad Chilena de Medicina Interna) en los años 1972 y 1973, Director del Departamento de Medicina del hospital Clínico de la Universidad de Chile entre 1973 y 1975, Fellow del American College of Physicians desde 1982. Ha recibido los siguientes premios y distinciones: Premio Sociedad Médica de Santiago (1960) por el trabajo "La Esplenoportografía percutánea"; Premio Labomed por el trabajo "La esplenectomía en las anemias aplásticas e hipoplásticas (1962). Premio Corvalán Melgarejo por el trabajo "El problema médico y social de la Hemofilia en Chile" (1973); Premio Norgine por el trabajo "Leucemia Mieloide Crónica tratada con Busulfán" (1985)\*.

Ha recibido el título de Maestro de la Hematología otorgado por la Sociedad Chilena de Hematología en 1988, es miembro honorario de la Academia de Medicina del Instituto de Chile (1990), y ha recibido un "Laureate Award" otorgado por el "American College of Physicians (1992). Desempeña su trabajo en la Sección Hematología del Departamento de Medicina del Hospital Clínico de la Universidad de Chile.

### Jaime Pérez Olea

Nacido el 24 de junio, 1921. Casado con Pilar Alvaríño Martín. Tres hijos: Jaime, Mónica y Mariela.

Estudios secundarios en el Liceo de Aplicación. Estudios universitarios en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile (delegado al Centro de Estudiantes desde el 3º al 6º año). En 1948 se graduó de médico con distinción unánime.

\*Estos premios son otorgados por la Sociedad Médica de Santiago.

Especialista en Cardiología, Instituto N. de Cardiología de México (1955-57). Research Fellow en la división de Investigación de la Cleveland Clinic, Cleveland, Ohio, bajo las tutoría de los Drs. Irvine Page, Harriet P. Dustan y Merlin Bumpus, en procedimientos de purificación y acción biológica de la renina. Realizó estudios sobre "Educación Médica" y "Dirección y Administración de Escuelas de Medicina" en las Universidades de Western Reserve, Cleveland (1962) y de Buffalo, N.Y. (1963).

Formó parte del equipo docente de las Cátedras de Semiología y de Medicina del Prof. Domingo Urrutia. Profesor Extraordinario de la última asignatura en 1968. Fue epidemiólogo del Servicio Nacional de Salud; Director del Depto. de Educación Médica; Jefe del Departamento de Medicina del hospital San José; Director del Centro de Cardiología del Hospital Clínico J.J. Aguirre. En 1984 fue designado Director Académico de la Facultad de Medicina, cargo que resignó voluntariamente dos años después.

Ha sido Presidente de la Sociedad Chilena de Cardiología, Vicepresidente de la Sociedad Interamericana de Cardiología (institución que lo propuso en la terna para Presidente de la Sociedad y Federación Internacional de Cardiología en 1986); y Vicepresidente de la IV Reunión Interamericana de Hipertensión, entidad en la que es actualmente delegado por Chile. Miembro del Consejo de la Fundación de Cardiología de Chile. Profesor invitado para dictar conferencias en Lima (1975 y 1981), Caracas (1976 y 1985), Puerto Alegre, (1984 y 1986), Montevideo (1985), Cleveland Clinic, Cleveland, Ohio (1981), Quito (1984) y Buenos Aires (1986).

Autor de más de un centenar de trabajos científicos, un quinto de los cuales han sido publicados en el extranjero, principalmente en los Estados Unidos. Fellow del American College of Physicians, del American College of Cardiology y de la American Heart Association (Foreign Consultant), así como de una veintena de sociedades chilenas, latinoamericanas y norteamericanas. Editor o editor asociado y autor de capítulos o artículos en libros y revistas chilenas, europeas y norteamericanas. Consultor en Educación Médica para el Continente, PAHO/OMS (1968-72). Consultor del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en Ciencias de la Salud, para reorganizar el área Químico-Biológica en la Universidad de la República del Uruguay (1978).

En la actualidad es Profesor Titular de Medicina, Profesor Titular de Farmacología Cardiovascular de la Universidad de Chile y Director del Museo Nacional de Medicina. Desde 1985 es Académico de Número de la Academia Chilena de Medicina del Instituto de Chile, en la que se desempeña como Secretario. Actual Tesorero y Miembro del Consejo del Instituto de Chile. Presidente de la Comisión de Cardiología (CONAGEM).

## Dr. Tulio Pizzi

Nace en Santiago el 9 de octubre de 1919.

Estudios en el Instituto Nacional.

Ingresa a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile el año 1936. Ayudante de la Cátedra de Anatomía del Dr. Gustavo Jirón y posteriormente de la Cátedra de Parasitología (Dr. Amador Neghme). Título de Médico Cirujano el año 1944. Médico del Servicio del Dr. Hernán Alessandri hasta el año 1950. Miembro del Departamento de Parasitología de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Chile (1948-1957).

Estudios de postgrado y trabajos de investigación en inmunología en la Universidad de Chicago (1950-1952).

Título de Profesor Extraordinario de Parasitología de la Universidad de Chile el año 1957. Beca Guiggenheim para trabajos de investigación en inmunología en la Universidad de Chicago (1957-1960). Designado Miembro del Panel de Expertos en Inmunología de la Organización Mundial de la Salud el año 1963. Designado Secretario de la Facultad de Medicina 1966-1967. Profesor Titular y Director de la Cátedra de Patología General y Oncología (1968). Socio fundador de la Sociedad de Inmunología de Chile. Profesor y Director del Departamento de Medicina Experimental de la Facultad de Medicina en varios períodos. Decano de la Facultad de Medicina Santiago Norte de la Universidad de Chile (1976-1979). Designado Miembro de Número de la Academia de Medicina el año 1986.

Más de 120 publicaciones en revistas nacionales y extranjeras y autor de un libro sobre "Inmunología de la Enfermedad de Chagas".

Actualmente es Profesor Titular de Patología General de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile.

## Prof. Dr. Armando Roa

### CARGOS DESEMPEÑADOS

- Profesor Titular de Psiquiatría. Facultad de Medicina. Universidad de Chile.
- Director del Centro de Estudios Bioéticos y Humanísticos de la Facultad de Medicina. Universidad de Chile.
- Presidente de la Comisión de Ética, Cultura e Historia de la Facultad de Medicina. Universidad de Chile.
- Presidente de la Academia Chilena de Medicina.
- Presidente de la Asociación Latinoamericana de Academias Nacionales de Medicina.

- Presidente de la Corporación de Graduados y Profesionales de la Universidad de Chile.
- Director de la Revista de Psiquiatría Clínica.
- Integrante del Comité Directivo del Museo Nacional de Historia de la Medicina.

#### SOCIEDADES CIENTÍFICAS A QUE PERTENECE

- Miembro de la Sociedad Médica de Chile.
- Miembro de la Sociedad Chilena de Neurología, Psiquiatría y Neurocirugía. (Presidente y Secretario en varios períodos).
- Miembro Asociado Extranjero de la Société Médico-Psychologique de París (Francia).
- Miembro Honorario de la Academia de Medicina del Perú.
- Miembro Honorario de la Academia Nacional de Medicina de Venezuela.
- Miembro Honorario de la Academia Nacional de Medicina del Paraguay.
- Miembro fundador de la Sociedad Chilena de Filosofía.

#### DISTINCIONES

- Premio “Medalla Juvenal Hernández Jaque” 1989.
- Comentado por The Lancet a propósito de su artículo *La Revolución Francesa y el nacimiento de la psiquiatría*, el cual fue solicitado para su publicación. Vol. 338, N° 8765: 503-504, 1991.

#### INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

Su vasta actividad en investigación, evidenciada en sus numerosas publicaciones, lo han convertido en el creador de una escuela original de pensamiento dentro de la psiquiatría, la escuela clínico-fenomenológica a la que le ha otorgado un sello propio. En esta escuela se ha formado una generación de especialistas chilenos y de otros países latinoamericanos. Algunas obras —producto de su trabajo como investigador—, son en la actualidad textos oficiales de estudio en universidades nacionales y extranjeras.

#### PUBLICACIONES

##### *Libros*

Autor de 21 libros entre los que destacan:

- *Psiquiatría*. Ed. A. Bello, 2ª ed. 1981, Santiago.
- *Formas del pensar psiquiátrico*. Ed. Universitaria, 2ª ed. 1981. Santiago.

- *La Marihuana*. Ed. Universitaria, 2ª ed. 1981. Santiago.
- *Miguel Ángel: el alma y el cuerpo*. Ed. Aconcagua, 2ª ed. 1977. Santiago.
- *El mundo del adolescente*. Ed. Universitaria, 2ª ed. 1983. Santiago.
- *Nueva visión de las enfermedades mentales*. Ed. Universitaria, 1984. Santiago.
- *La extraña figura antropológica del hombre de hoy*. Ed. Universitaria, 1991. Santiago.

#### *Capítulos de libros*

- *La bioética en la medicina del año 2000*. En "La Medicina hacia el año 2000", editado por A. Roa, Ed. Universitaria, 1988. Santiago, pp. 154-174.
- *El enfermo terminal y la muerte*. En "Series Clínicas de la Sociedad Médica de Santiago", 8: 277-285, 1989. Santiago.

#### *Artículos*

Autor de más de 160 artículos publicados en revistas nacionales y extranjeras.

## Carlos Alberto Valenzuela Yuraidini

Fecha de nacimiento: 30-4-1946.

*Títulos y Grados*: Médico-Cirujano (1971); Doctor en Ciencias (1977). Ambos de la Universidad de Chile. Pedagogo en Catequesis (Religión y Moral Católica), Pontificia Universidad Católica de Chile (1964).

*Becas y Especializaciones*: Beca de Formación Académica y Especialidad en Genética (1971-1974), Facultad de Medicina, Universidad de Chile. Beca del Gobierno Francés y Estadía de Postdoctorado en el Centro de Biología Prenatal (CEBIOP INSERM, París, Francia), 8-1977 al 9-1978.

*Evaluación Académica*: Profesor Asociado (desde 1980).

*Departamento*: de Biología Celular y Genética. Facultad de Medicina. Universidad de Chile.

#### *Actividades Docentes*

##### Pregrado

1. Docencia directa: desde 1971 clases, trabajos prácticos, seminarios, demostraciones a los alumnos de primero, segundo o tercer año de las carreras de las Facultades de Medicina, Odontología, Ciencias Químicas y Farmacéuticas y Ciencias. Director de 12 Tesis.

2. Administración Docente: Coordinador o Jefe de trabajos Prácticos de cursos de Biología Celular y Genética en las carreras de Medicina, Odontología, Tecnología Médica, Enfermería, Obstetricia. Miembro de la Comisión de Docencia del Departamento de Biología Celular y Genética y de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile.

#### Postgrado

1. Docencia directa: clases, seminarios, demostraciones en cursos de Magister y Doctorado de la Facultad de Ciencias y Medicina de la Universidad de Chile y de la Universidad de Antioquía (Medellín, Colombia). Dirección de tres Tesis de Magister.
2. Administración Docente: Director o Coordinador de cinco cursos para el Magister y Doctorado de las Facultades de Ciencias y Medicina de la Universidad de Chile y de la Universidad de Antioquía. Presidente del Comité de Genética del Programa de Postgrado de la Facultad de Ciencias y Presidente del Subcomité de Genética del Programa de Magister de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile.

#### *Actividades de Investigación Científica*

Tesis: 2 Libros: 2 libros como coautor. Capítulos de libro: 5 capítulos en libros nacionales e internacionales. Trabajos publicados: 100 publicaciones en revistas nacionales (Rev Med Chile, Rev Chil Pediatr Rev Chil Obst Ginec, Rev Chil Otorrinol, Trilogía, Cuad Med Soc, Pediatría, entre las más importantes) y 21 publicación en revistas internacionales (Am J Hum Genet, Am J Phys Anthropol, Nature, Ann Hum Biol, Am Nat, Hum Genet, Brazil J Genet, J Rheumatol, entre las más importantes). Proyectos de Investigación: participación como Investigador responsable o como Coinvestigador en 10 proyectos de la Universidad de Chile, FONDECYT e internacionales. Conferencias: 18 conferencias dadas en audiencias nacionales e internacionales (Francia, Colombia e India). Mesas redondas, Simposio, Talleres: 14 participaciones en medios nacionales e internacionales. Comunicaciones libres paneles: 52 presentaciones como autor principal o coautor.

#### *Actividades de Extensión*

Asesorías estadísticas y genéticas a numerosas instituciones de la Facultad de Medicina, de la Universidad de Chile y otras nacionales e internacionales. Asistencia Médica en Policlínico pediátrico (4 horas semanales por 16 años). Confección de Curvas de Crecimiento y Desarrollo del niño chileno de 0 a 20 años. Publicaciones de Extensión: 11 (Creces, El Mercurio, La Época). Pertenencia a Sociedades Científicas: Biología de Chile, de Genética de Chile, Latinoamericana de Genética, Chilena de Ciencias Fisiológicas, Iberoamericana de Neuroquímica, Indian Society of Human Genetics. Consultor y revisor de proyectos y artículos científicos de varias universidades, revistas e instituciones chilenas.

*Sociedades Científicas*

- Soc. de Biología de Chile (Secretario, Miembro del Directorio).
- Soc. de Genética de Chile (Presidente, Secretario y Miembro del Directorio).
- Soc. Chilena de Ciencias Fisiológicas (Socio).
- Soc. Iberoamericana de Neuroquímica. The Indian Society of Human Genetic.

## ÍNDICE

Sobre el Pasado y Presente de la Facultad de Medicina. Dr. <i>Alejandro Goic G.</i>	11
Rastros y Rostros de los Premios Nacionales de Ciencia en la Facultad de Medicina. Dr. <i>Eduardo Rosselot J.</i>	15
La Alfombra Mágica de la Ciencia. Dr. <i>Jorge E. Allende</i>	23
Te llevo dentro de mí, queridísima Escuela. Dr. <i>Claudio Costa Casaretto</i>	27
Aspectos Culturales y Sociales de la Medicina en el siglo XVIII. Prof. Dr. <i>Ricardo Cruz-Coke</i>	39
Recuerdos de la Vida Académica de Medicina. Dr. <i>Luis Hervé Lelievre</i>	47
Recuerdos de la Cátedra de Medicina del profesor Alejandro Garratón. Dr. <i>Camilo Larraín Aguirre</i>	61
Presencia de la Mujer en los Estudios Superiores en la Universidad de Chile. Dra. <i>Cristina Palma Prado</i> y Prof. Sra. <i>Emma Salas Neumann</i>	71
Medicina de Ayer y de Hoy. Crónica y Testimonio. Dr. <i>Jaime Pérez Olea</i>	89
Una Mirada al Pasado. Recuerdos Personales. Dr. <i>Tulio Pizzi</i>	103
La Humanización de la Medicina. Tarea de Nuestra Facultad. Prof. Dr. <i>Armando Roa</i>	121
Ideas Imperecederas de la Reforma Universitaria. Dr. <i>Carlos Valenzuela</i>	131
Ética Médica en Medicina. Dr. <i>Cristián Miranda Venegas</i>	135
 <i>Crónicas</i>	
Walda Vera Haro. Conservador de Inventario	139
Marta Véliz Pacheco. Tecnólogo Médico	141
Querida "Alma Mater". María Rivera Soto. Serv. Publicaciones	143
Bernardo Rey. Ayudante de Sala	146
Iván Saldías y Mario Hernández. Servicio de Mantención (Talleres)	148
Tres Caballeros muy Antiguos	150
Don René Roi: Artista y señor de la fotografía	153
Casino de la Laurita.	155
Guillermo Brinck: La muerte de un vencedor. Dr. <i>O. González Campos</i>	157
 <i>Notas curriculares</i>	 163

Dejamos testimonio de nuestro  
reconocimiento al  
BANCO DEL ESTADO DE CHILE y  
*Fundación "ARTURO McCLURE"*  
por el generoso auspicio otorgado a la  
edición *Huella y Presencia*  
Ello ha permitido entregar este aporte  
humanista centrado en la Facultad de  
Medicina a las actividades  
del Sesquicentenario de  
la UNIVERSIDAD DE CHILE

Fe de errata

---

Pág. 106, dice Azúa

Debe decir: Urzúa

*Fundación*  
ROBERTO McCLURE VALDÉS



---

**BANCO DEL ESTADO DE CHILE**

*Progreso Para Todos*

Informe sobre el límite de garantía estatal a los depósitos